SIMONE TROISI Y CRISTIANA PACCINI

Nacemos para no morir nunca

La historia
Chiara Crobella Petrillo

PALABRA HOY

SIMONE TROISI Y CRISTIANA PACCINI

Nacemos
para no morir nunca

La historia
Chiara Crobella Petrillo

PALABRA HOY

SIMONE TROISI Y CRISTIANA PACCINI

Nacemos para no morir nunca

La historia Chiara Crobella Petrillo

PALABRA HOY



Título Original: *SIAMO NATI E NON MORIREMA MAI PIÙ - Storia di Chiara Corbella Petrillo*

A Enrico, al pequeño Francesco y a todos los hijos de Chiara.

Presentación «Lo que hemos visto»

«Ya que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han cumplido entre nosotros…», así empieza el evangelio de san Lucas, de la misma manera que Simone y Cristiana podrían haber comenzado su biografía de Chiara Corbella Petrillo.

El deseo de conocer a Chiara comenzó a tomar fuerza en su funeral, cuando al final de la homilía se dijo: «si queréis saber alguna otra cosa, venid a preguntar». Han sido miles los que han respondido a la invitación y, durante todo el año, nos han pedido testimonios, entrevistas e información sobre Chiara.

De pronto ha surgido la necesidad de escuchar hablar de ella y de lo ocurrido, sucesos que asombran, asustan y conmueven. Muchos los han contado: en artículos de periódicos nacionales, capítulos de libros, discusiones en blogs…

Por desgracia, como ocurre a menudo en estos casos, el deseo de comprender, unido a la escasez de noticias, han dado lugar a interpretaciones y aportaciones particulares que no tienen nada que ver con la realidad de los hechos.

Considerando todo esto y la imposibilidad de Enrico de hacer frente a las preguntas que le llegaban de todas partes, nació el proyecto de este libro. Un instrumento para difundir y hacer conocer su historia como ha sucedido realmente.

Después de vencer la natural resistencia de los que hemos compartido los acontecimientos con Chiara, junto a una multitud de creyentes y de desconocidos, pensamos pedir a Simone y Cristiana, «después de haber investigado todo con exactitud desde los orígenes, escribírtelo de forma ordenada» (*Lc* 1, 3).

Las páginas que vas a leer no reflejan solamente el punto de vista de dos autores sobre lo que ha ocurrido, sino que la «exactitud» con que Simone ha recogido los recuerdos de sus padres y amigos, que han vivido de cerca los acontecimientos, hace de este libro el testimonio de fe de una parte de la Iglesia que habla de la vida eterna y actualiza las palabras de san Juan cuando escribe: «nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto» (*Jn* 3, 11).

Padre Vito D’Amato

Prefacio Para no olvidar

Ahora estoy en tu habitación, tu última habitación. Solo has dormido aquí una noche y ahora es tu habitación. Es aquí donde se han abierto las puertas y Él en persona ha venido a buscarte. Es la habitación donde vuestros ojos enamorados se han encontrado finalmente. Estoy aquí en este lugar santo y estoy haciendo un poco de memoria.

Ha pasado solo un año desde aquella última y única Misa celebrada en esta habitación. Tanto amor dado y recibido me conmueve, y de nuevo me doy cuenta de que sigo enamorado de ti y de Él. Quizá esto es demasiado fácil porque ¡he recibido tanto! He comido «miel de la peña», la mejor carbonara, diría yo. Y aquí nos dijo, en el evangelio de aquella última Misa: «vosotros sois la sal de la tierra, la luz del mundo». Este era y es su mandato: «id por el mundo a anunciar el Evangelio».

Hay personas que te aman de manera extraordinaria. Te sienten cercana a sus sufrimientos, te rezan como si ya fueses una santa reconocida. Aunque no tengo dudas de que lo seas, me gustaría mostrarles la verdadera dimensión de las cosas. Tu felicidad es la huella de Dios. Es como si dijera: «Por aquí he pasado yo. Esta es mi señal».

Nuestro amor continúa generando hijos (me lo ha hecho notar el padre Vito). Tenemos tantos que no consigo acordarme de sus nombres. No son hijos de la carne, pero son hijos. Espero que Francesco me perdone porque he descartado su regalo, tu carta para su cumpleaños. En parte, la he escrito yo, pensando que también debo dársela a ellos, los hijos más lejanos. Espero no haberme equivocado. He pensado que esto no quitaría tu amor a Francy, que es tu hijo según la carne.

Hay gente que preferiría que tú no hubieses existido, porque no es fácil dejarse escrutar por Dios a través de ti: de tus ojos, de tu venda, de tu sonrisa, de tu belleza, que es Él. Por eso es necesario este libro. Sí, un libro sobre ti, ¡todavía estamos asombrados! Un libro no para explicar la verdad, que se explica perfectamente por sí sola, ni mucho menos para hacer publicidad (como muchos querrían). No hay verdad en el que te quiere vender cualquier cosa, pero tú sí la puedes decir, porque has dado todo lo que podías: la vida.

Era necesario que murieses para que los ciegos vean, para que

beban los sedientos, para que los soberbios se dispersen en los pensamientos de su corazón y para que su pueblo sepa que la esclavitud ha terminado y el rey viene en su gloria.

Este libro es simplemente un testimonio, para el que lo reciba abiertamente, porque Dios es bueno y se puede morir feliz. Sobre todo me sirve a mí, para no olvidar. He recibido la gracia de ver lo que muchos profetas y reyes habrían querido ver y no vieron. Sería culpable si callara. Debo hablar. Yo desde aquí y tú ahora desde allí, unidos en un amor nuevo para nosotros, diferente, pero no menos fuerte.

He pensado en Simone y Cristiana para escribir este libro: ¿quién mejor que ellos, amigos con los que hemos compartido nuestra intimidad, caminando siempre juntos, hablando la misma lengua, testigos directos de esta historia? He pensado en ellos y creo haber acertado. Me habría gustado escribirlo yo mismo, pero en uno de esos momentos de profunda sinceridad me he dicho: «¿Y cuándo? ¡Todavía no sabes en qué cajón tienes los calcetines y en cuál los calzoncillos!». Mejor ellos. He compartido esta idea con el padre Vito, a quien le ha parecido estupenda.

Por eso los he elegido: rezan y tienen buen corazón. Siempre han estado ahí, cuando, siendo novios, los conocimos en Asís. Nosotros fuimos a su boda y ellos, a la nuestra, un mes después. Estaban en la puerta rezando por nosotros cuando nació Maria y después en su «funeral»; siempre han estado ahí, en el bautizo de Francesco y durante tu enfermedad. ¿Quién mejor que ellos podía escribir este libro?

Simone –que es editorialista– tenía todas las papeletas para difundir tu relato con eficacia; Cristiana es la amiga con la que más has compartido la fe. Ella conoce algunos de tus secretos… de esas conversaciones entre dos mujeres extraordinarias. Cuánta belleza y providencia.

Y así ha sido. Para ellos ha sido arduo, han rezado juntos todas las mañanas antes de empezar a trabajar, han escuchado horas y horas de testimonios de los amigos más cercanos. Han transcrito y ensamblado todo con cuidado y han terminado de escribir un libro que habla de ti, de nosotros y sobre todo de Dios, de cómo nos ama. Solo es un primer libro, sé que se escribirán muchos otros, en diferentes lenguas.

Me han dicho frases densas como tomos de teología. Quizá

cuando me las decían te dabas cuenta… Creo que sí. Las he apuntado diligentemente para no olvidarlas.

Sí, para no olvidar.

Enrico Petrillo

Introducción Una profunda amistad

«Me llamo Chiara, tengo 25 años, me casé hace poco más de un año con Enrico. Esta tarde, si lo consigo, os contaré la historia de nuestra hija, Maria Grazia Letizia, que nació el 10 de junio de este año». Es el 19 de noviembre de 2009. Chiara cuenta su historia en la iglesia de Santa Francesca Romana en el Ardeatino, en Roma. Esa tarde sus palabras hieren a muchos. Es una historia ejemplar contada de un modo sencillo, con total naturalidad. No hay manera de malinterpretarla, así como sus palabras: «Dios se mete dentro de nosotros».

Chiara y Enrico decidieron llevar adelante el embarazo de una niña anencéfala. La niña nació, fue bautizada y murió apenas media hora más tarde. Ahora, cinco meses después de un funeral en el que Chiara tocó el violín y Enrico cantó, estaban ahí para contar la misteriosa alegría que les había acompañado.

Al cabo de tres años, muchos de los que conocieron a Chiara a través de ese testimonio asistieron a su funeral. Sentirse parte de él era algo especial. En esa ocasión, el padre Vito, director espiritual de los Petrillo, invitó a los asistentes a preguntarse sobre esta familia que acogió a otro niño sabiendo que igualmente moriría después de nacer. Después recibieron con paz y fe la enfermedad de Chiara, a la vez que su tercer embarazo.

Quien quisiera conocer la historia de Chiara y Enrico habría encontrado, entre parientes y amigos –dispuestos a contar cómo fueron las cosas–, testimonios de esta vida extraordinaria. Nosotros estamos entre esos testigos que, increíblemente, hemos seguido cada paso.

Este libro ha nacido gracias a las preguntas de los que se han acercado a Chiara, aunque solo haya sido por haber oído hablar de ella. Por gracia de Dios hemos recorrido con ellos este camino, de asombrosa belleza, como un arco iris después de una tormenta. Y con varios aguaceros.

¿Quién es Chiara? ¿Por qué ha despertado ese interés? ¿Qué ha hecho? A primera vista, la suya es la historia dramática de una madre que muere de cáncer dejando solos a su marido y a su hijo. Quizá una historia parecida a muchas otras. Pero en esta hay algo que no se repite. Todo se ha vivido desde la alegría y se ha convertido en vida para los otros.

Como un niño que sigue el aroma de un pastel recién salido del horno, muchos han seguido el rastro de este matrimonio que reconoce su alegría en medio del sufrimiento, que sonríe afrontando las pruebas más duras, y descubre una felicidad a la que todos estamos llamados. Un aroma que embriaga, que perturba, que te invade, aunque al principio, asustado, intentas ahuyentarlo.

¿Qué o quién ha llevado a Chiara a morir así? Sabemos quién la ha amado con un amor exclusivo, más fuerte que cualquier tempestad. Hemos hecho memoria de todos los momentos compartidos con Dios. Esta historia contiene un anuncio sólido y creíble que ocurrió hace dos mil años y continúa sucediendo todos los días desde entonces. «A quienes lo han acogido les ha dado el poder de ser hijos de Dios».

Una persona que muere como ha vivido. Chiara ha muerto de una manera increíble, sonriendo a la misma muerte. Mucho más que serena: feliz. Estar a su lado ha significado ver vivir y morir a una hija de Dios.

Hay una foto de Chiara y Enrico en la que se alejan de espaldas, abrazados. La hicimos el 4 de abril de 2012, apenas una hora después del veredicto de los médicos. Estábamos sobre uno de los puentes que miran a la isla tiberina y al Fatebenefratelli, el hospital romano que Chiara y Enrico dejaban por enésima vez de la misma manera, abrazados. Como siempre, sin saberlo, llegamos al hospital en el momento oportuno.

Mientras caminábamos detrás de ellos, llevando a Francesco en el portabebés, Chiara y Enrico se giraron y haciendo un gesto con la mano fingieron disparar a Francesco con una pistola mientras decían: «bum, bum». Francesco, que se reía y balanceaba, cumpliría un año dos meses después. Los acompañamos al coche, aparcado en el *Lungotevere*, y nos abrazamos. Chiara tampoco perdió esa oportunidad de amar.

En Asís nació entre nosotros una amistad sencilla y profunda. Ya nos conocíamos, pero a la sombra de Porziuncola nos unieron lazos de fraternidad. Caminamos juntos. Nos casamos con pocas semanas de diferencia y desde entonces nuestra amistad se hizo más profunda. Hablábamos de todo: desde lo más cotidiano, como la carne de pollo, la naranja o las plantas del jardín, a otras más grandes, como el Cielo o la muerte. Hemos compartido la cotidianidad de los recién casados, hemos conocido a sus primeros dos hijos, sus alegrías y esfuerzos como padres. Cuando llegó la enfermedad, poco después de saber que Francesco venía en camino, vimos con nuestros propios ojos que la

vida vence a la muerte. Pasábamos días enteros hablando, haciéndonos grandes preguntas, esperando juntos. Caminábamos en cordada, dispuestos a tirar cuando uno de los otros se cansara.

Fuimos espectadores y protagonistas de todos los acontecimientos de su historia. Muchas veces nos hemos preguntado el porqué de la partida de Chiara. Quizá solo lo descubramos al morir, cuando el amor nos explique todo.

Al lado de ellos resultaba fácil creer en la vida eterna: Parecía que la tocabas, te dabas cuenta de que, de alguna manera, ya estabas inmerso en ella. Uno de los regalos más grandes que nos han hecho ha sido mostrarnos que solo tenemos el hoy. Y el presente puede ser mucho más feliz de lo que nos atrevemos a imaginar. Las cosas ordinarias pueden ser extraordinarias. Han aprendido de modo admirable a dejar espacio a la gracia, que está deseando mostrar las maravillas de que es capaz.

Sería un engaño pensar que lo que ha ocurrido es un privilegio reservado a los Petrillo, pensar que son «especiales». Dios es Padre de todos en la misma medida. Muchas veces, mirándoles, hemos pensado que, si Dios ayuda de esta manera, también nosotros podemos llevar nuestra cruz.

Su matrimonio ha sido el comienzo de todo, el sacramento en que crecía la gracia. Delante de nosotros se transformaban en un altar. Los hemos visto ir asumiendo poco a poco cada suceso: Maria Grazia Letizia y Davide Giovanni, el pequeño Francesco, sus proyectos como joven pareja. Y sobre todo, la parte más dura: su amor. No recordamos un día de desesperación. Por el contario, su alegría iba en aumento. Reconocían cada cosa como un don, y eran plenamente conscientes de que esta tierra no es nuestra patria definitiva ni estamos en el punto de llegada. Mientras tanto, nosotros también íbamos cambiando: «lo que me parecía amargo se convirtió en dulzura para el alma y el cuerpo»[1].

El cuerpo está hecho para amar. Este es su propósito. Y a través del cuerpo el dolor y la frustración llegan a nuestros días y a nuestra historia. Pero la buena noticia es que a través de otro Cuerpo también llegan el consuelo y la salvación. Chiara y Enrico lo han demostrado con su historia. Han vivido su matrimonio como un camino de santidad, como una verdadera vocación.

Si por milagro se entiende una curación física, entonces este libro no habla de milagros. No hay ninguna curación. El milagro que

contamos es otro: una alegría desarmante, sencilla y directa. Un tesoro por descubrir. La alegría perfecta de Francisco de Asís (una alegría misteriosa, como diría Enrico) que transforma el mal en bien, que te amplía el corazón y el horizonte.

Saberse amado es el fundamento de nuestra existencia. Solo llenos de esta locura de amor total puede crecer nuestro amor. Nuestro camino es gradual, signo de una ternura infinita por parte de Dios. Él usó una pedagogía con nuestros amigos, un camino de maduración en el amor. Acompañar a Maria Grazia en su nacimiento al Cielo era solo el primero de «los pequeños pasos posibles» de que hablaba Chiara.

«Los pequeños pasos posibles», dice Enrico, «son todos aquellos de nuestra historia. El hecho de acompañar a un hijo a la eternidad, luego, a otro; después, esperar el tercer hijo sano; descubrir que Chiara tiene un tumor y que hay que esperar…».

Después, los tratamientos, las terapias. Y sin embargo, a pesar de todo esto, sus rostros siempre han estado serenos. Con una sonrisa verdadera. Desde fuera, todas estas pruebas asustan. Se nos ocurre pensar que nosotros nunca podremos afrontar nada parecido. Pero en cada paso nos acompaña la gracia necesaria.

Chiara se enfadaba cuando le atribuíamos unas dotes o valentía especiales que le permitían afrontar semejante reto. A menudo nos decía que por carácter era miedosa. Contaba sonriendo que en el colegio nunca salía voluntaria para que le preguntaran la lección, por miedo, aunque se la supiera. Afirmaba que, si ella podía, cualquiera era capaz. El esfuerzo está en fiarse, en creer que Dios es bueno y que en sus planes solo hay maravillas.

«La mirada», escribió Juan Pablo II, «explica lo que hay en el corazón», es «una manifestación de la vida interior»[2]. Quien se ha cruzado con la mirada de Chiara sabe que tenía razón, que la esperanza era realmente posible para todos. También por este motivo se estaba bien a su lado.

Chiara no solo sabía escuchar, sino que tenía en gran consideración las opiniones y los consejos de los demás. Un rasgo que la caracterizaba especialmente era el espíritu de servicio, darse en las cosas pequeñas, lo que le permitía darse también en lo más grande.

Chiara aceptó libremente su pobreza, su dependencia. Ser alguien que pertenece a otro. Saber que es de Cristo, que depende de él, permitía a Chiara ser lo que era, renunciar a entender, bendiciendo a

Dios, que estaba a su lado. Darse es la única posibilidad verdadera. Y es lo que en realidad ha hecho Chiara. Ha abrazado de verdad su cruz «porque (Dios) es el Bien supremo que da valor a todo lo que existe», es «la plenitud de la alegría que no se desvanece ni siquiera bañada por las lágrimas»[3].

Quizá la historia de Chiara estaba llamada a esto, a mostrar la belleza del matrimonio que con sus exigencias, sus dones y sus esfuerzos es realmente un camino de santidad. De hecho, los esposos revelan al mundo cómo Dios ama.

«No nos consideramos valientes», dijo Chiara una vez, «porque en realidad lo único que hemos hecho ha sido decir "sí" paso a paso». Esta frase es un tesoro. Contiene todo lo que es necesario saber.

La oración y la fraternidad han sido, por lo tanto, fundamentales, porque decían que sin oración no podrían haber hecho nada. Y porque tantas personas de todo el mundo, no solo lo más cercanos, han rezado por ellos. Se han ido uniendo nuevos compañeros de viaje. Cada uno ha llegado en el momento adecuado, cada uno ha sido una señal de la providencia que ha estado presente en toda esta maravilla. Los ha sostenido, y, en las fases más duras, estaba aquella pequeña llama en la oscuridad. Junto al nuestro, están sus testimonios, los de familiares, amigos y médicos que han recorrido todo o parte de este camino.

Estos años hemos visto cómo la historia de Chiara se ha difundido de manera insospechada. Ha entrado en las casas, los hospitales, en tantas vidas. Para contar sus efectos haría falta un libro entero. Sin embargo, poco después de su muerte, la atención ha aumentado de pronto, dejándonos sorprendidos y agradecidos.

«Toda esta luz», dice Enrico, «se ha difundido sin que yo haga nada. Me ha llamado el cardenal Vallini, me dijo que vendría al funeral de Chiara… Nos hemos maravillado de tanto amor que nos ha envuelto».

Resumiendo: ¿por qué un libro? Porque muchos quieren conocer a Chiara. Entender qué ha hecho para vivir (y morir) así. Muchos solo saben que es una joven que murió después de rechazar los tratamientos para que su hijo pudiera nacer, pero hay mucho más. Detrás hay un matrimonio que ha vivido la plenitud y la alegría. Un amor tan verdadero que les ha conducido juntos a la cruz. Lo que hemos visto os lo contamos.

La belleza salvará al mundo, escribió Dostoievski. Sí, ¿pero qué

belleza? La de un rostro feliz en medio del sufrimiento. La del rostro de Jesús. Una belleza que también Chiara ha mostrado.

Nota sobre el título

Nacemos para no morir nunca. Esta frase se relaciona con Chiara, aunque Chiara nunca la pronunció; sin embargo, es perfecta para ella. La ha dicho Enrico. Es una frase que tiene el sentido de un responsable de la comunidad de «El Resucitado», enfermo terminal de cáncer de huesos. Enrico tenía quince años y se quedó muy impactado. La ha repetido muchas veces, y sabemos que le hubiera gustado escribirla en una camiseta, porque le parecía que tenía que comunicárselo a todos.

El 12 de junio de 2012, un día antes de la muerte de Chiara, les regalamos a Enrico, Chiara y Francesco tres camisetas, con esta frase y el dibujo de un girasol que nace.

Chiara nos pidió que escribiéramos un cuento para Francesco, para explicar su historia y la de sus hermanos. El cuento terminaba con la misma frase: nacemos para no morir nunca.

Las últimas horas junto a ella, y poco después, cuando el cuento se metió en la cámara ardiente al lado de su cuerpo y de su foto, todos la leyeron y estuvieron de acuerdo. Tanto que, cuando Enrico preparó el recordatorio de Chiara para su funeral, eligió automáticamente la misma frase. Esa frase estaba grabada en el alma de Chiara y en el corazón de todos los que la han conocido en persona, o gracias a aquella imagen.

[1] A.A.VV., 2004, *Fonti Francescane,* Padua, Editrice Francescane, n. 110, p. 99.

[2] Audiencia General del 10 de septiembre de 1980, cit. en Semen Yves, 2011, *La spiritualitá conjugale secondo Giovanni Paolo II,* Cinisello Balsamo, Turín, Edizioni San Paolo, pp. 67-68.

[3] Canopi, Anna Maria, 2013, *La riflessione. Solo l'umile incontra Dio*, «Credere. La giogia della fede», n. 3, p. 45.

Capítulo 1 «Puede que no haya entendido nada»

Esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, y cierra y nadie puede abrir. Ap 3, 7 *Amar a una persona significa: aceptar no entender todo de ella, estar dispuesto a cambiar y por lo tanto a sufrir, renunciar a algo por ella.* De los apuntes de Chiara

Chiara y Enrico se conocieron en Medjugorje el verano de 2002. Él fue de peregrinación con su grupo de oración de la Renovación Carismática. Ella estaba de vacaciones en Croacia con algunas compañeras del instituto. Como su hermana Elisa estaba también en Medjugorje, se acercó a verla.

Chiara nació en Roma el 9 de enero de 1984. Chiara y Elisa, dos años mayor que ella, eran casi de la misma edad y estaban muy unidas. Crecieron juntas y las dos junto con su madre Maria Anselma pertenecían a una comunidad de la Renovación (llamada «Corazón de Jesús»). Desde pequeñas rezaban juntas por lo menos quince minutos todos los días.

Chiara destaca en dibujo y música (primero estudia piano y después, violín). Por carácter, es muy decidida en sus elecciones. Pero es tranquila, no rebelde, su carácter tiende a expresarse en el servicio a los demás.

Maria Anselma y Elisa recuerdan cómo Chiara, siendo niña, cuando estaban sentados a la mesa, al ser la más pequeña le servían primero a ella, que le pasaba su plato lleno a su hermana Elisa para que pudiera comer ella antes.

Gracias al trabajo de su padre, Roberto, que ocupa importantes cargos en el sector turístico, la familia tiene la posibilidad de viajar mucho. Son años tranquilos, que transcurren sin sobresaltos. Aquellas vacaciones con sus amigas iban a ser unas como tantas. «Fue un encuentro fortuito», dirá después Chiara, «quería hacer una peregrinación y no esperaba volver con novio».

Tampoco Enrico lo tenía previsto, en esa peregrinación estaba su novia. Pero algo fue mal y lo dejaron ese mismo día.

Durante una comida en el alojamiento, Enrico levanta la mirada y ve llegar a Chiara hacia él, hacia el único asiento libre. Se siente atraído por su belleza y piensa que no necesitará mucho para enamorarse de ella. Por su parte, Chiara, mirando a Enrico e

imaginándose que no estaría allí solo, piensa: «… este chico es para mí». «Fue una intuición», dice Enrico. «Y la tuvimos los dos. Fue un largo camino, no nos dimos el primer beso hasta después de cinco meses. Ella había dicho que no a muchos pretendientes. Esperaba, sabía que llegaría el que sería para ella». De hecho, Chiara, hasta ahora, no había salido con ningún chico. Enrico tiene veintitrés años y ella, dieciocho. Era el 2 de agosto.

De vuelta a Roma quedaron, se conocieron, decidieron empezar a salir. Su noviazgo durará seis años. Es una relación muy normal, con riñas, rupturas y reconciliaciones, igual que muchas otras.

Los esposos son capaces de darse totalmente si primero han aprendido a darse del todo, a abrir su corazón, a dejar entrar al otro en la propia vida y a afrontar juntos las dificultades. Se trata de un esfuerzo que hay que hacer hasta el final del noviazgo. No es fácil. Chiara tiene miedo de mostrarse tal y como es, teme que decir «no» le haga perder a Enrico. En cambio él tiene miedo de perder a la persona que ama. Un temor causado por la muerte de su padre.

«Desde pequeño siempre he tenido un gran miedo a la muerte», cuenta Enrico. «Mi padre murió de un infarto cuando yo tenía veintitrés años. Es la muerte más difícil que he afrontado y he necesitado varios años para superarlo, porque debía aceptar el hecho de que las personas que quiero mueren de un día para otro. Esto me impedía amarla totalmente».

El noviazgo no funciona. Hay rupturas dolorosas. La primera en 2006, después de una temporada particularmente difícil en que discuten con mucha frecuencia. «Cuando nos dejamos», cuenta Chiara, «le dije a Dios: “hiciste que lo conociera en Medjugorje y ahora me lo quitas… Vuelvo a Medjugorje y me explicas por qué”».

La posibilidad de perder con Enrico su propia vocación es para ella un enorme sufrimiento, una verdadera prueba. Echaba de menos a Enrico, pero no conseguían estar juntos serenamente. Dos días después de la ruptura partió, a la primera oportunidad. Toda la confusión y la amargura que la acompañó durante el viaje se esfumó tan pronto como subió al Podbrdo, el monte de las apariciones.

«Cuando llegué al monte sentí mucha paz, como si me dijeran: “tienes que estar serena”. Pero yo continuaba preguntándome: “Sí, ¿pero eso qué quiere decir? ¿Debo volver con él? ¿Debo llamarlo?”». En realidad, continuaba buscando dentro de mí los recursos que ya no tenía: «ya había jugado todas mis cartas y no había funcionado. Seguía

buscando una solución humana pero el Señor me decía: “Espera y fíate”».

Cuando Chiara regresa, llama a Enrico, pero la conversación se transforma en otra discusión y al final de la llamada toma la firme decisión de olvidarlo. Se le presenta la ocasión de viajar a Australia con su padre y su hermana: «Y pensé: “muy bien, en Australia conseguiré olvidar a Enrico y serenarme”».

Cuando vuelve de Australia Chiara enciende el ordenador y lee los mensajes. Enrico, que no sabía nada del viaje, ve que está en línea y le escribe. Se fue para olvidarlo y ahora está ahí de nuevo. Le pide directamente las pesas del gimnasio que se había dejado en su casa. Pero no era una excusa. Enrico no sabe por lo que está pasando Chiara y, sobre todo, todavía no sabe hasta qué punto sus propios miedos le están impidiendo ser feliz. Amar a aquella chica simplemente era difícil para él y de alguna manera se sentía aliviado. Ahora está bien y sereno, tanto que, cuando la ve llegar con la caja que tenía sus cosas, le dice: «no esperaba que vinieras tú en persona a traérmelas». No es la misma, y Enrico se asombra. La actitud de Chiara ha cambiado porque ha empezado a fiarse y a esperar. «Quizá el Señor», recordará después Chiara, «ya me estaba preparando para lo que me pediría después».

Después de ese encuentro vuelven a quedar y vuelven a estar juntos.

Chiara decide ir a Asís el 8 de diciembre a un curso que organizan los hermanos de la Porziuncola, y al final de esos días pide al padre Vito que sea su director espiritual. Enrico, que a su vuelta la ve cambiada, decide hacer lo mismo. Y unas semanas después llega a Asís. «Allí entendí que la vida solo valía la pena si estaba dispuesto a amar de verdad. Decidí tener un director espiritual y comenzar un verdadero camino». Y así también el padre Vito entra en la vida de Enrico.

Después de algunos meses, vuelven a tener problemas. En la primavera de 2007 Chiara y Enrico rompen de nuevo. «La última vez que nos dejamos, Enrico fue a hablar con el padre Vito y un día más tarde fui yo. Él me preguntó: “¿pero por qué eres tan terca? Yo le dije: ¡no lo sé!”».

Chiara intuía toda la grandeza del matrimonio. Si perdía a Enrico, sentía que perdía la posibilidad de ser feliz, de hacer lo correcto. Tenía razón. Pero también era verdad que antes tenía que pasar por otra

fase.

Chiara debía aceptar la posibilidad de haber entendido mal. Primero debía experimentar el amor que Dios tenía por ella.

«Entonces (el padre Vito) me dijo algo que me cambió la vida: “cuando Dios abre una puerta nadie la cierra, cuando Dios la cierra nadie la abre”» (*Ap* 3, 7).

Enrico, por su parte, tenía muy claro este punto: «si reconoces que solo en Dios puedes amar, debes amar a Dios más que a tu mujer o a tu marido. Si buscas el consuelo en una persona cercana, te estás equivocando porque el consuelo te lo debe dar Dios y después, si Él quiere, te lo dará a través de alguien». Enrico había vuelto a Dios porque era Él quien lo había llevado a Chiara. Su relación no iba a ninguna parte.

Chiara no podía devolver la alegría a su relación: no podía convertir el agua en vino como en las bodas de Caná. Pero podía llenar las vasijas, obedecer a las palabras de Jesús: abrir la puerta, descubrir que podía dejar de esconderse y mostrarse sin miedo.

El versículo del Apocalipsis quería decir precisamente eso: «si es para ti, quédate tranquila, nadie te lo quitará».

«En aquel momento dije: “está bien, puede que no haya entendido nada”. Vito continuó diciéndome: “¿Tú quieres a la persona que Dios ha pensado para ti? ¿Crees que existe un hombre que ha sido pensado solo para ti?”. Respondí: “Sí, lo creo”. Y él me dijo: “¡Entonces deja que Dios te lo haga ver!”.

Entonces abandoné todos mis proyectos del tipo “ahora hago esto… Ahora lo reconquisto así… Lo convenzo de este modo… Me sentí libre y dije: “de acuerdo, puede que no haya entendido nada, puede que no sea Enrico… pero me parecía haber entendido que fuera él”. Durante los cuarenta minutos que estuvimos hablando no paraba de llorar. Vito me daba pañuelos y yo le decía: “No, no, pero estoy bien”, y seguía llorando».

También el matrimonio requiere una vocación: no se trata solamente de inclinaciones naturales. Necesita la respuesta a una llamada de Dios. ¿Pero a qué llama Dios? ¿Qué nos pide que hagamos? El matrimonio nos puede llevar a la santidad. Pero es necesario amar totalmente.

Es la lógica de la cruz: darse sin pedir nada a cambio, llegando al

don total de sí mismo. El amor es exigente. Si no se responde a esta llamada, no se trata de vocación, sino de un simple acompañarse hasta la muerte.

El matrimonio no es una vocación de segunda categoría, es una verdadera llamada a la santidad en la que una persona se juega su felicidad. Pero este camino se debe comenzar antes del matrimonio, durante el noviazgo.

Si hicieran falta pruebas, bastaría decir que para Chiara el noviazgo fue la prueba más grande que dice haber vivido. Lo repitió varias veces. Incluso los últimos días de su vida. No lo fueron sus dos primeros embarazos ni su enfermedad, sino el sufrimiento de pensar que su vida no estaba unida a la de Enrico. Sin aquella prueba todo habría sido distinto. Haberla atravesado es lo que les ha permitido hacer lo que han hecho después. «Si te sientes amado», dijo Enrico, «si has experimentado el amor de Dios, todo lo puedes. Todo lo puedo hacer porque el amor no nos ha decepcionado, nos ha sorprendido».

Después de algún tiempo, al final el deseo de Chiara se realiza. Enrico la llama para hablar y también para descargar su rabia por una relación que parece no poder ir de otro modo. En cambio, Chiara, en ese encuentro, por primer vez, llora. Y no puede parar. «En ese momento lo que más impresionó a Enrico fue que me vio como era; hasta entonces siempre había pretendido mostrarme mejor de lo que era en realidad. En cambio, en aquel momento, Enrico vio que ya no tenía necesidad de inventar excusas para intentar a toda costa que lo nuestro funcionara. Estaba delante de él sin ninguna defensa, solo pensaba: "a ver qué pasa"».

Chiara pasó de la convicción de tener derecho a Enrico a comprender que era un don para ella; para llegar ahí, antes es necesario estar dispuesta a perderlo. Dice el padre Vito: «Chiara entendió durante el noviazgo que, si Enrico no era la persona que Dios había pensado para ella, debía dejarlo marchar, por el bien de los dos». Una enseñanza que le será útil en cada etapa de su vida.

Viéndola así, Enrico propone a Chiara hacer un viaje juntos. Piensa en un último intento para hacer funcionar su relación. Piensa en «algo» que hacer. En cambio, Chiara piensa en «alguien» que pueda implicarse en su historia. Piensa en la Marcha Franciscana, una de las iniciativas de los franciscanos de Asís. Una peregrinación de diez días a pie que llega a Porziuncola el día del Perdón en Asís. Siempre acude mucha gente; y no queda demasiado tiempo para llamar. Enrico dice que solo aceptará si consiguen reservar pronto. Solo cuesta cien euros,

algo bastante asequible, incluso para alguien como él, a quien no le sobra el dinero. Chiara lo consigue al primer intento. Al otro lado del teléfono responde precisamente el padre Vito: «¡Qué bien que llaméis para reservar! Acabáis de ocupar los dos últimos puestos que quedaban».

Se van a finales de julio. Es una verdadera marcha, con etapas de veinte kilómetros al día. A lo largo del camino caen todas las defensas, físicas y mentales. Los jóvenes que participan todos los años comparten el deseo de descubrir lo que hay de bueno, bello y auténtico, escondido en su historia. Para Enrico y Chiara, doloridos pero felices, es un camino que cura sus heridas. Solo tienen el cansancio del camino y una mochila que te obliga a dejar lo superfluo, lo que te impide avanzar.

Enrico y Chiara tienen que dejar muchas cosas. El padre Vito está cerca de ellos durante la Marcha. Les dice que recen para que el Señor cure las heridas que se han hecho mutuamente. Y su oración es escuchada. «El sexto día de camino, sobre el mediodía estábamos caminando juntos, Enrico y yo», cuenta Chiara. «Él me miró y me dijo: "¿Nos casamos?"». Yo también lo miré y le respondí: «"Sí, Enri, vale…". Y pensé: "¡Pero si nos dejamos una semana antes de este viaje!". Él insistió: "No, hablo en serio: ¿nos casamos?". Y yo: "¡Enri! Sí… vale… de acuerdo". Y pensé: "Este ha cogido una insolación"».

Pero Enrico no bromea. Se aleja un poco del camino, coge un girasol y vuelve. «Hablo en serio: ¿nos casamos?». Chiara lo mira. «Respondí: "De acuerdo" (y pensé: "Si se acuerda mañana por la mañana"). ¡Se acordaba! Porque empezó a decírselo a los de alrededor…».

Enrico y Chiara habían estado juntos, se habían peleado y se habían dejado. Unas cuantas veces. Si los mirabas, no se notaba nada especial. Por el contrario, estaban un poco cansados, apagados y enfadados. Pero, llegados a cierto punto, decidieron hacer las cosas en serio. Y decidieron decir sí. Todo se debió a un cambio de perspectiva, a la acogida de una palabra vieja y nueva: «Lo único extraordinario es ser hijos de Dios. Solo debemos elegir: podemos creer en un Padre que nos ama o continuar pensando que la vida es casualidad».

Ver a Chiara llorar le había soltado algo por dentro. Su corazón se había abierto. Herido por la vida y por su relación con Chiara, hasta aquel momento la culpaba de las cosas malas que le habían pasado. Se sentía con el derecho de tratarla mal, de reivindicar algo de ella. Chiara –dice el padre Vito– fue su crucifijo de San Damián, frente al

cual el joven Francisco se da cuenta de que la víctima es otra. Es la persona que está enfrente, que lo ama mientras él con rabia arremete contra ella.

«Nosotros que nos creemos víctimas», dice Vito, «nos convertimos solo delante de Él, de su amor». Nos transformamos cuando vemos que alguien muere delante de nosotros mientras lo matamos. Nos damos cuenta de que, si no amas, hieres.

Los últimos meses antes de la boda «todo fue suave como la seda», dijo después Chiara.

Precisamente en esos meses de preparación antes del matrimonio fue cuando conocimos a Chiara y Enrico en Porziuncola, en la primavera de 2008. Nos acabábamos de mudar a Asís.

Enseguida hubo entre nosotros una gran empatía. Les contamos nuestra experiencia y el camino que nos había llevado allí. Chiara y Enrico nos preguntaban por qué habíamos dejado a nuestros padres y nos habíamos ido tan lejos. Nos dijeron que querían casarse, que estaban esperando a que Chiara se licenciara.

Durante la Pascua de 2008 vieron que era el momento de poner fecha.

Esa tarde nos despedimos con la promesa de volver a vernos. Nos ofrecimos a ayudarles a organizar la boda. Nosotros todavía no habíamos decidido la fecha de la nuestra. Lo que me sorprendía era que teníamos una confianza increíble, con ellos podíamos compartir nuestra vida, algo muy excepcional, que solo nos ha ocurrido con algunos amigos muy íntimos.

Nos entendíamos perfectamente, nos molestaban y nos atraían las mismas cosas. Habíamos comprendido que nuestra felicidad estaba en aquella llamada al matrimonio y que nos la queríamos tomar en serio. O todo o nada.

Durante los siguientes meses nos llamamos y nos vimos varias veces. Para comunicar la noticia de la boda a sus padres, Chiara nos había «robado» la idea de invitarlos a cenar fuera. Fue muy bien.

Todos teníamos un poco de miedo por la casa y el trabajo, pero nos animábamos mutuamente y Chiara estaba de verdad dispuesta a fiarse.

A finales de mayo les dimos la noticia de que nos casaríamos el

15 de agosto. Se sorprendieron de nuestra decisión, pero Chiara escribió a Cristiana que nuestra locura le daba valor para decidirse.

Al final se decidieron: se casarían el 21 de septiembre.

Capítulo 2 Vivir y dejarse amar

El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe; y quien me recibe, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado. Mc 9, 37

Después de poco más de un mes de matrimonio, a la vuelta del viaje de novios, Chiara y Enrico descubren que esperan un hijo. Acogen la noticia con alegría aunque con un poco de miedo. Ella se acaba de matricular en la especialidad de Ciencias Políticas y el único que trabaja de los dos –como fisioterapeuta con enfermos terminales de cáncer– es Enrico. «Nos preguntábamos si seríamos capaces de salir adelante, de hacer frente a todos los gastos que nos íbamos a encontrar…, pero, como Dios nos había ayudado en el matrimonio, estábamos seguros de que también ahora nos ayudaría».

Chiara no tenía un médico propio. Cuando llegó el momento de ir a las primeras revisiones, se acordó de que, mientras buscaban casa, ella y Enrico habían conocido a un matrimonio que les enseñó la que tenían en venta. La mujer, Daniela, era ginecóloga, y Chiara enseguida había congeniado con ella. «Fue instantáneo. En cuanto entramos en su casa nos sentimos acogidos, vimos las fotos de su misión en Perú y esto nos impresionó». También Massimiliano, el marido de Daniela, estaba impresionado con aquellos dos jóvenes. Cuando se iban a despedir, sintió el impulso de regalarles algo que les pudiera servir. Sabiendo que se iban a casar, les dejó la tarjeta de visita de su mujer y les dijo: «Es ginecóloga, especialista en obstetricia, os la doy por si en el futuro os hace falta». Así, nada más quedarse embarazada, Chiara acudió a Daniela.

Nos encontramos con Chiara y Enrico cuando vinieron de Roma a Asís para dejar a su hijo aún no nacido en manos de María, en la pequeña iglesia de Porziuncola. Querían implicar pronto a la Virgen en esta historia.

Sentados en un bar cerca de la Basílica de Santa María de los Ángeles, bromeábamos sobre el hecho de que debían haber esperado algunos meses más, justo el tiempo de darse cuenta de que se habían casado. Estaban muy contentos, pero había algo en Chiara que preocupaba un poco. Esperaba un hijo pero estaba muy seria y pensativa. Le preguntamos si era por el embarazo inesperado, que le había llegado de pronto. Pero ella decía que, cuanto más tiempo pasaba, más extraña se sentía: «Es como si este hijo no fuese mío, como si no fuese para mí…».

Su seriedad nos dejó de piedra, tanto que aquella noche no conseguíamos pensar en otra cosa. En los días sucesivos, esa frase nos volvía constantemente a la cabeza, como una invitación a rezar por ellos.

En la primera visita todo fue bien. Y durante la segunda, después de Navidad, aquella intuición de Chiara encuentra una explicación. Chiara está en el ambulatorio con su madre, Enrico no está.

Nada más casarse, Enrico había empezado a tener un dolor en el diente. Como no se le iba, se hizo pruebas. La ortopantomografía mostraba claramente un agujero en el hueso de la mandíbula. Al ver la radiografía, Enrico, blanco por el susto, solo consiguió decir: «¿Puedo llamar a mi mujer?». No estaba claro si podía ser un tumor. Chiara estaba preocupada: aquella misma mañana había descubierto que esperaba un hijo. Saber que estaba embarazada y tener que afrontar al mismo tiempo el miedo de una posible enfermedad de su marido había sido un duro golpe.

En realidad se trataba de un quiste radicular que había que extraer. Enrico había continuado tomando analgésicos hasta el día de la intervención, que tenía lugar justo en esos momentos, poco antes de la segunda visita de Chiara al ginecólogo. La revisión marchaba bien, Daniela dijo a Chiara que se trata casi seguro de una niña y que estaba en la decimocuarta semana de gestación. Mientras veían a la pequeña moverse en la pantalla, de pronto, Daniela cambió de expresión. Su rostro sereno se entristeció. Chiara se dio cuenta, entendió que debía de haber algo que no iba bien, pero no preguntó. Solo dijo: «¿Esto es la cabeza?», casi ayudando a Daniela a hacer el diagnóstico. Después se quedó quieta, en silencio, esperando a que fuera Daniela la que hablara. Daniela le explicó: «Escucha, Chiara, por desgracia hay una grave malformación que no se podrá curar. De momento no puedo decirte nada más porque necesitaría hacer ahora mismo una ecografía que muestre con más precisión de qué se trata exactamente y si hay otros órganos afectados». El diagnóstico es anencefalia. La niña no tiene la caja del cráneo. Es un caso en que la ley permite el aborto «terapéutico».

Juan Pablo II escribió que el cuerpo «ha sido creado para transmitir en la realidad visible del mundo el misterio oculto de la eternidad en Dios, y ser así signo»[4]. El cuerpo dice que estamos hechos para el don, para dar y recibir amor. En aquel pequeño cuerpo que se mueve en el vientre de Chiara se encuentra toda la urgencia y la nobleza de esta misión.

Daniela pregunta a Chiara si su marido la está esperando fuera. Pero ella, muy serena, responde que no. Impresionada por su entereza, la médica recuerda que Chiara no duda ni un solo instante si tener o no a la niña.

Cuando sale, Chiara llora en los brazos de su madre, que está en la sala de espera.

En aquel momento, en su cabeza escucha un coro de personas que dicen lo mismo: *Claro que tendrás un hijo sano, eso por supuesto*. Pero el pensamiento que le ronda en la cabeza con más fuerza es otro: «Sabía que Dios siempre tiene algo diferente para nosotros, no todo es como pensamos, por lo tanto, en aquel momento, mi única preocupación era: "Ahora, ¿cómo se lo digo a mi marido?"». Durante el noviazgo eligieron vivir el evangelio, recibieron la gracia de encontrarse con Dios y quieren vivir cerca de Él. Pero ahora llega lo concreto, cuando hay que decir sí a algo que hace sufrir.

A las pocas horas, mientras Enrico se recupera, Chiara se hace una revisión más a fondo, como había sugerido Daniela. Esta ecografía es tridimensional y a color. La imagen de Maria Grazia Letizia se ve muy nítida. Se mueve, se chupa el dedo y da patadas. Y su problema se percibe perfectamente: la pequeña no tiene la caja craneal. El médico de turno le dice a Chiara que, si hubiera visto antes una ecografía, todavía se podría haber hecho algo. «¿Para prevenir la enfermedad?». «No, para abortar». Para ella, que acaba de ver a su hija moverse, es un golpe bajo. «Era claro y evidente que Maria no podría sobrevivir después de nacer. Pero era igual de evidente que estaba viva y estaba haciendo todo lo posible por crecer. Yo no me sentía inclinada a ir en contra de ella, sino a apoyarla como pudiera y no anteponerme a su vida».

Chiara vuelve a casa sola, porque Enrico está todavía en el hospital. Hablan por teléfono, pero sus preguntas son vagas porque todavía está bajo los efectos de la anestesia. Su marido quiere saber si es niño o niña y para Chiara es un alivio que no pregunte nada más. Se inventa que la máquina de las ecografías está rota y tendrá que repetir la prueba.

Esa noche no consigue dormir. Es un momento difícil. Se pregunta por qué Dios ha permitido eso en su vida y en la de Enrico: ellos siempre han buscado su voluntad. Se reprocha haber sido descuidada, haber estado poco atenta. Se culpa de lo que ha ocurrido. Llevará el embarazo adelante, sobre esto no tiene ninguna duda, pero el médico de la última ecografía la ha mirado como si estuviese loca

cuando se lo ha dicho. Eso le ha dolido.

Por la mañana no para de llorar. Se da cuenta de que no puede llevar sola este sufrimiento. Y, sin embargo, parece que es precisamente lo que Dios le pide. Entre las preguntas que se agolpan en su mente, la que más la tienta hacia la desesperación es esta: ¿Por qué Dios no le ha hecho descubrir esa enfermedad junto a su marido? «¿Por qué me pides que sea yo quien se lo diga?», le pregunta a Dios. Chiara sufre por su hija, pero ya ha tomado una decisión, sabe qué hacer. «La decisión de llevar adelante el embarazo para mí estaba clara, pero todavía no tenía la certeza de que mi marido pensase igual…».

Finalmente, le grita a Dios. En aquel momento tan difícil, Chiara se encuentra con una imagen de la Virgen… y todo cambia: encuentra la paz. «De condenada a un destino sin esperanza», escribe, «me llené de alegría al darme cuenta de que el Señor veía este sufrimiento». ¿Qué sucedió?

A Chiara le asustaba el hecho de que Enrico y ella llevaran pocos meses casados, y no sabía cómo podría reaccionar ante la noticia de que su hija estaba enferma y moriría después de nacer. Tenía miedo de descubrir qué había en el corazón de su marido; tenía miedo de que pudiera dejar de amarla. Pensó: «¿Esta cruz la llevará también él conmigo o tendré que llevarla sola?».

Mirando aquella imagen se queda asombrada. Se identifica con la Virgen María, con su situación. Un embarazo especial, un hijo que moriría bajo su mirada, y el peso de anunciarlo a José, que todavía no sabe nada. A las dos, a ella y a María, Dios les había pedido lo mismo. Las dos temen ser repudiadas. Chiara reflexiona. Poco a poco su horizonte se transforma. «No podía pretender entender todo y rápidamente; el Señor tenía unos planes que yo no acertaba a comprender».

Pensando cómo contarle lo de su hija, decide escribir una carta a Enrico. Querría decirle a voz en grito lo que tiene en el corazón; si no lo consigue, la carta lo hará por ella. En esa carta, refiriéndose a aquel momento de consuelo, Chiara escribe: «Al final, mi obstinado corazón ha cedido». Lo poco que había comprendido se lo entrega a su marido con total transparencia. Ella y Enrico tenían tantos deseos de ser padres de familia. Habían expresado el deseo de hacerse cargo de niños maltratados a los que nadie amaba. «Y el señor nos ha respondido», escribe Chiara, «nos ha encomendado una tarea verdaderamente noble: hacernos cargo de una criatura maravillosa,

que muchos han desechado, odiado y arrojado al cubo de la basura de un hospital».

Como en el episodio de la curación del hijo del funcionario, dolida por la vida de su hija, Chiara había pedido a Jesús que interviniera antes de conocer sus planes; antes de saber lo que Él quería hacer y cómo quería mostrarle su amor. Pero Jesús le enseña que simplemente debe fiarse, dejarse guiar, como María, aprender a considerar a Dios como una persona, no como a alguien a su servicio. Para Chiara, acoger a Maria Grazia Letizia es aprender la verdadera humildad.

En el pasado, Chiara temía mostrarse tal como era. Lo hizo por primera vez delante de Enrico cuando, llorando, había renunciado a llevar su relación adelante a toda costa. Esta actitud, la de dejar todo en manos de Dios, la había conducido al matrimonio. Ahora se trataba de dar un paso hacia adelante, de llegar hasta el final. Este embarazo, al que ni por un momento había pensado renunciar, la hace más vulnerable que nunca. Al igual que su hija, ella es una criatura que solo pide ser amada.

La intervención de Enrico acaba con éxito. Cuando va a recogerlo al hospital, Chiara está tensa. Querría llorar, pero no puede. Más tarde en el coche, su marido, que no sabe nada, se pone nervioso y le echa en cara lo mal que está conduciendo. Cuando llegan a casa, Chiara le dice que tiene algo que decirle. «¿María no está bien?», pregunta de pronto Enrico. «No te preocupes, tenga lo que tenga la tendremos». «No, no la podemos tener», responde Chiara, «porque no es compatible con la vida…». Esta niña no es para ellos. Los dos se abrazan y lloran juntos.

«Nunca había pensado en esta posibilidad. Había contado con que quizá tuviera que acoger a un niño enfermo», cuenta Enrico, «pero no con acompañar a un niño al Cielo. En aquel momento descubrimos por primera vez hasta qué punto estábamos en la misma frecuencia de onda. Los dos sabíamos qué hacer en esta situación. Fue muy bonito».

Cuando Enrico habla, Chiara escucha las palabras que tanto había deseado escuchar: «No te preocupes. Es nuestra hija. La acompañaremos hasta donde podamos». Tampoco él piensa ni un solo instante en rechazar este don. Para Chiara no es solo un momento inolvidable. Es «el primer milagro».

Maria Grazia Letizia es un auténtico regalo de Dios. Ha sido Él quien la ha mandado para decir a Chiara que su marido la quiere de

verdad y que junto a él puede decir su «Aquí estoy» todos los días. Y descubrir, como Abraham en el Monte Moria, lo mucho que aman a Dios y cuánto les ama Él a través de su providencia ordinaria.

Un noviazgo en la guerra ha conducido a un matrimonio en la paz. Dios le ha devuelto otra vez a Enrico. Y a los dos, ahora más unidos que nunca, les enseña cómo acompañar a Maria Grazia Letizia hasta el momento de dejarla marchar.

La esperanza que nace durante el noviazgo no se ha visto defraudada; la promesa se está realizando y la confianza de Chiara en Dios, a pesar de las dudas y precisamente al afrontarlas, ha dado fruto. «Pensé: "este hombre me ama de verdad y ama el fruto de nuestro amor tanto como yo lo amo". Desde ese momento recibimos la gracia de estar todavía más unidos».

«Maria Grazia Letizia nos ha hecho abrir el corazón», cuenta Enrico. «Abres la puerta y entra la gracia, el amor verdadero, el sentido de la vida, la eternidad. Maria ha hecho esto». Dios pide dar un paso cada vez. Con cada una de sus visitas todo se va haciendo más claro. Y, mientras se descubre que realmente Dios ha pasado, uno se hace más capaz de amar. En ese momento, aunque han hablado, Chiara da a Enrico su carta.

Cuando vuelven a la consulta, por primera vez juntos, se encuentran con el apoyo de Daniela. Si como médico no les puede aconsejar llevar adelante el embarazo, como madre les puede ofrecer toda su ayuda. «Nos dio tanto ánimo», cuenta Chiara, «porque entendimos que no solo teníamos delante a una especialista, sino a una madre que se haría cargo junto a nosotros de todos los sufrimientos que nos estábamos encontrando». Que no fueron pocos.

Para muchos médicos, el aborto, en este caso, es una opción indiscutible. Por desgracia también lo es para muchos que se llaman católicos. Son pocos los cristianos que apoyan a Chiara y Enrico. El hecho de que Maria Grazia Letizia crezca sin cerebelo hace dudar que la suya sea una vida auténtica; además, hay quien duda que interrumpir este embarazo sea un aborto, como si la niña no existiera. Y esto fue, para Chiara y Enrico, el dolor más grande: el juicio de las personas que tenían alrededor, los consejos de personas que hasta ese momento habían estado cerca de ellos.

Algunos «cristianos» les angustian con argumentos retorcidos. Lo que más les hace sufrir es la acusación de no ser buenos padres. Les achacan superficialidad sobre el diagnóstico, las investigaciones y los

posibles tratamientos. Algunos tienen la osadía de decir que la malformación se deberá a algún bloqueo psicológico de Chiara; otros incluso hablan de maldición y piden que se rece más por ellos para que se vean librados de ella.

De estas personas vienen las mayores tentaciones y el sufrimiento más grande. Entre los que frecuentan la parroquia hay incluso quien sostiene que la Iglesia no se pronuncia, que tácitamente aprueba este tipo de aborto. Es inútil decirles que no es así. «Cuando ellos dos se dirigen a la Iglesia», dice el padre Vito, «descubren que Maria Grazia Letizia es una niña como todas las demás, incluso todavía más valiosa».

Con su decisión de seguir adelante con el embarazo, Chiara y Enrico defienden una idea sobre la vida que muchos encuentran incómoda. Pero es la de la Iglesia, ni más ni menos. La idea de una vida que es valiosa en sí misma, prescindiendo de la inteligencia, de la capacidad de razonar o de la belleza. Una idea que rompe todos los criterios del mundo que sugieren si una persona debería o no salir de casa, levantar o no la mano para hablar, levantarse por la mañana o quedarse en la cama.

Y también una idea según la cual una nueva vida no viene a robarnos nada, sino a enriquecernos con su presencia. El padre Vito dice que el demonio confunde, nos mete en la cabeza la convicción de que «los hijos son enemigos. Un hijo te quita la vida, te priva de algunos aspectos existenciales, de oportunidades laborales, de soluciones afectivas: "…¡Dios mío! El cuarto hijo, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo pagaremos la hipoteca?"». Una mujer que aborta es una mujer engañada. Ningún hijo le robará la vida, privándola de oportunidades profesionales y de realización. En la base de la decisión de abortar hay una mentira más fuerte y tanto más eficaz cuanto más escondida está: la mentira de la alternativa.

La situación que Chiara y Enrico están viviendo puede parecer una opción con varias alternativas posibles. Pero esta es una historia que revela que no hay alternativas. Maria Grazia Letizia no es compatible con la vida tal y como la entendemos nosotros aquí.

«Al final, ¿Chiara qué podía hacer?», dice el padre Vito. «Es una chica de veinticuatro años que está embarazada y deja crecer a su hijo. No tiene cerebelo, ¿y ella qué puede hacer? Dejarlo crecer. ¿Cuál es la alternativa que nosotros nos sacamos de la manga? Que, si tú a ese hijo lo matas, ya no existe, pero no es verdad. No es una verdadera alternativa. Es una mentira. ¿Dónde está la mentira? Que, si tú te

deshaces de tu hijo, después serás feliz. Pero no es verdad, ese hijo existe y existirá siempre. Si te compras una casa con el dinero que te has ahorrado matando a tu hijo, esa casa estará maldita».

Lo que hay que hacer no tiene una posible alternativa y causa mucho más sufrimiento intentar escapar de lo que ha ocurrido.

En Chiara y Enrico esta verdad brilla de modo sencillo. Es una luz en sus rostros que atrae y consuela. Es exactamente como el evangelio, que no se puede guardar para uno mismo, se debe compartir y difundir.

Estábamos en Roma cuando nos llegó su mensaje al móvil: no decía exactamente cuál era el problema, pero no les llamamos enseguida para preguntarles, imaginamos que no tendrían ganas de hablar. Les escribimos que quedaríamos lo antes posible y que mientras tanto rezábamos por ellos. Chiara lo agradeció. No le gustaba hablar por teléfono y en esos momentos estaban recibiendo una avalancha de llamadas que hacía todo más difícil.

Aquella tarde nos vimos en la plaza de la iglesia de San Pablo de las Tres Fuentes. Chiara llevaba un sombrero y su embarazo ya era evidente; Enrico todavía estaba hinchado por la operación y tenía los ojos llorosos. Nos metimos en el coche y lloramos juntos. Chiara estaba muy orgullosa de Enrico, de que ni por un instante hubiera pensado en rechazar a su hija.

No perdían ocasión de decirse el uno al otro cuánto se amaban y apreciaban. Daba la impresión de que las lágrimas de Chiara no eran tanto por Maria como por la emoción y la felicidad de tener al lado a Enrico.

Desde aquel momento nos sentimos inmersos en esa historia, empezamos a formar parte de ella de manera radical. Les dijimos que estaríamos allí, con nuestra oración y nuestra presencia física y que estábamos de acuerdo con ellos: amar de este modo era la única verdadera posibilidad. Después fuimos a Misa al santuario de María de la Revelación y cenamos juntos. Nos contaron con alegría su viaje de novios y su deseo de adoptar a un niño de color. Chiara nos preguntó si no queríamos también nosotros uno. Desde entonces nos sorprendió su paz, aquella misteriosa alegría de la que tanto hablaremos. Mientras estábamos juntos, el teléfono sonaba constantemente. Enrico se enfadaba porque para consolarlo le decían frases hechas como: «¡Qué mala suerte! ¿Por qué precisamente a vosotros?». Se sentían ofendidos porque estaban orgullosos de Maria Grazia Letizia tal y

como era. No había ningún error al crearla. No pensaban que debiera ser diferente. Era perfecta para la eternidad.

Comienza a difundirse la noticia de que es una niña especial con unos padres especiales. Cuando a Chiara le preguntan si es niño o niña, no se viene abajo, y responde, sonriendo, que es una niña. Alguno añade que qué pena que sea niña, pero que lo importante es que esté sana. Y Chiara permanece tranquila. Sin embargo, a veces, se harta de este modo de decir. En una ocasión, le responde a una cajera, dejándola sin palabras: «¿Y si no lo estuviera?».

«Estamos poco acostumbrados a asociar el sufrimiento con dos personas felices», explica Chiara. «Nosotros éramos verdaderamente felices, estábamos serenos. Nadie nos podía leer en la cara la situación que estábamos afrontando. Dios hablaba a través de nuestro comportamiento y nuestro rostro más que por nuestras palabras».

Los primeros meses de matrimonio transcurren con serenidad. La alegría se multiplica. Cuanto más acogen este don con todo lo que conlleva, más claramente se ve la mano de Dios. Chiara intenta hacer los exámenes de la universidad (prepara uno sobre la eugenesia y habla de Maria Grazia Letizia al profesor, que no se lo toma a bien).

A pesar de este embarazo fuera de lo común viven su matrimonio con naturalidad. Cristiana y Chiara se llaman por teléfono y mantienen largas conversaciones de «amas de casa». Los días volaban sin conseguir rezar mucho; en general parecía poco compatible.

La típica pregunta a la que no conseguían responder era: «¿Pero cómo hacen nuestras madres y suegras para tener los manteles sin manchas?». La llegada de los manteles chinos antimanchas cambió su vida.

Un día, Cristiana encontró en una revista católica un artículo titulado *El Himno de la Cocina,* donde se lee que el matrimonio santifica cada cosa que se hace por amor del otro, y que esto es más importante que mil oraciones. «Friego el suelo dando gracias por… Hago la cama pidiendo por…» y cosas del estilo. Se lo mandó inmediatamente a Chiara, a quien le gustó mucho. Desde ese día ocuparse de la casa se convirtió en oración. Este tipo de oración sí funcionaba.

Chiara también contaba las pequeñas discusiones y riñas con Enrico, los esfuerzos para que padres y suegros no se metieran en lo que no les incumbía, el deseo de una casa propia… En resumen, la

cotidianidad de cualquier matrimonio.

Lo más impresionante en Chiara era su docilidad. Si le dabas un consejo, lo pensaba, lo hablaba con Enrico e intentaba llevarlo a la práctica, contando no solo con sus fuerzas, sino con la ayuda de Dios.

Chiara, que era muy reservada, tenía un vientre muy abultado por la abundancia del líquido amniótico. Le costaba tener que estar contando continuamente la historia de la niña. Algunas veces quería pasar desapercibida, pero no era posible. Maria quería hacerse notar. «Tenía una barriga», dice Chiara, «que me "obligaba" a hablar de la grandeza de Dios».

Aparte de algún que otro pensamiento que se le viene a la cabeza de vez en cuando, Chiara está estupendamente. No tiene ninguna dificultad para dormir y casi no se da cuenta del peso de una tarea que otros se cansan solo de pensarlo. Para ella es un embarazo estupendo. Habla de Maria con plena conciencia de la situación, sin dramatismos. La niña es muy animada: «Cada patadita de Maria era un regalo», cuenta Chiara, «se ha hecho notar tanto… como si quisiera recordarnos que estaba ahí para nosotros». Acariciándose la barriga reza con la niña por las personas que ella y Enrico saben que lo necesitan. Los padres hacen todo lo que pueden para hacer que Maria se sienta amada.

Su serenidad es la de una familia como todas las demás, quizá mayor. Chiara no siente envidia cuando se encuentra con otras madres que, al contrario que ella, verán crecer a sus hijos. La ayuda, dice Chiara, viene de la familia y los amigos unidos a nosotros por la oración. La oración es su mayor fuerza.

Mientras llega el momento del parto surgen algunas cuestiones. Hay mucho líquido: casi seis litros (en un embarazo normal hay solo uno). Si las membranas se rompieran bruscamente, podrían provocar una hemorragia, una atonía uterina y otra serie de complicaciones médicas. Entre otras, el riesgo de disnea para Chiara, de no poder respirar a causa de la presión del líquido, es mucho mayor de lo normal.

Daniela asume el caso de los Petrillo en el Fatebenefratelli. La decisión de llevar adelante el embarazo requiere que algún médico asuma la responsabilidad del parto. Al principio el apoyo fluctúa, se lo dan y se lo quitan basándose solo en el historial. Pero después los médicos conocen en persona a Enrico y Chiara. El encuentro es decisivo.

Su rostro refleja una paz que deja a todos asombrados. También a los médicos. Mirar a los ojos de alguien a quien el sufrimiento no le separa de Dios, hace efecto. Conocer a alguien cuya esperanza está en Dios añade algo a la propia vida. Chiara y Enrico no están allí para pedir a los médicos una explicación de lo que ha sucedido. Están allí para dar testimonio de que no hay alternativa a su elección, que no puede existir una vida mejor recorriendo otro camino. Y, cuando sonríen, todo parce sencillo. Uno de los médicos que poco antes estaba particularmente decidido a negar su apoyo, cuando los tiene delante de sí, se queda sin palabras. Piensa que Chiara tiene la edad de su hijo y cambia de idea.

Enrico y Chiara deben elegir junto a los médicos la fecha del parto. No es fácil. «Los médicos aconsejaron hacer una cesárea en la semana trigésimo quinta», cuenta Chiara, «porque las posibilidades de que el parto fuera natural eran muy pocas».

No solo falta más de un mes para que acabara el período de gestación, sino que Maria Grazia no tenía aún la pituitaria, esa parte del cerebelo que puede estimular los dolores del parto; y, sin la caja craneal, no se puede abrir camino en el canal del parto.

Chiara desea un parto natural, pero Daniela le hace entender que en sus circunstancias, tratándose además de un primer embarazo, lo único que se puede intentar es un parto inducido. A pesar de esto, Chiara continúa esperando. Querría poder afrontar el esfuerzo del parto, para cumplir plenamente su papel de madre.

Todas las madres generan hijos que no les pertenecen. Eso quiere decir ser padres. Pero Chiara es más consciente. Su misión y la de Enrico es acompañar a esta niña al Cielo, y ella quiere disponerse de la mejor forma posible para lo que ocurra, porque todo se realiza según Sus planes. Así es como ha obedecido cuando ha descubierto que Maria Grazia Letizia no estaba sana, es decir, que esta niña solo pedía ser amada. De la misma manera quiere obedecer a la realidad y aceptar el parto que Dios haya previsto.

La primera semana de junio Chiara va al último reconocimiento. El ginecólogo le dice que no se puede hacer otra cosa, que es necesario hacer nacer a Maria Grazia Letizia. La fecha acordada es el 10 de junio, el miércoles de la semana siguiente.

Aquel día, en la liturgia de las horas, hay un versículo que les habla de modo especial: «Pide la opinión de personas sabias y no desprecies ningún buen consejo» (*Tb* 4, 18). Se fían del médico.

«Aquella semana de preparación fue dura», dijo Chiara, «porque sabíamos que había llegado el momento que estábamos esperando desde hacía ocho meses. Rezábamos juntos porque no nos sentíamos preparados para afrontar todo esto, y, sin embargo, Dios nos había llevado con serenidad hasta el octavo mes».

Chiara y Enrico deseaban ser dóciles. No sugirieron a Dios qué hacer, le pidieron que les preparara, que pudieran desear lo que Él quería. Por eso les disgustaba haber elegido el día del nacimiento. Es una decisión que crea una intensa agitación interior, porque saben que para Maria Grazia Letizia esa fecha coincide con su nacimiento al Cielo. Es el día que conocerán a su hija y se despedirán de ella. Están tristes y abatidos. ¿De verdad les corresponde a ellos tomar semejante decisión?

Algunos días después, al estar tan hinchada, Chiara no puede participar en la Misa del domingo. Esto le disgusta y así se lo dice al Señor. Poco después suena el teléfono. Es el padre Vito: «¡Chiara! Acabo de regresar de Nueva York y estoy en Roma. ¿Puedo celebrar la Misa en tu casa?».

La víspera del parto hablamos por teléfono. Al día siguiente iríamos al hospital, pero teníamos miedo de ser inoportunos. También el padre Vito, que quería estar allí, tenía esa duda. Después decidimos ir los tres juntos desde Asís –arriesgándonos a molestar–, para que supieran que estábamos ahí.

El 10 de junio, día previsto para la intervención, Chiara llega con contracciones, a las que no ha dado mucha importancia la noche anterior. Pensó que eran simples dolores, no verdaderas contracciones. Pero no es así. El médico le pregunta si durante la semana ha tenido dolores. Responde que sí. Mira sorprendido a Daniela: Chiara ya está a seis centímetros de dilatación y el parto está mucho más próximo de lo que piensa. Daniela, que está al lado de Enrico, se da cuenta de que Dios está haciendo de las suyas.

Enrico nos ponía al corriente mientras íbamos de camino. Nos dijo que los médicos estaban de acuerdo en que no había necesidad de inducir el parto, que iban a asistir un parto natural.

Esta noticia nos dio mucha paz, porque significaba que Dios había elegido aquel día para Maria Grazia Letizia. Cuando llegamos al hospital todavía no había nacido. Fuera esperaban algunos parientes y amigos.

Cuando se rompe el saco amniótico, el vientre de Chiara se desinfla en pocos minutos. Le han dicho a Daniela que probablemente el padre Vito estará fuera, preparado para bautizar a la niña. Daniela lo encuentra en la sala de espera. Después de una rápida presentación le da una camisa azul y lo invita a seguirla.

El parto se desarrolla con una facilidad pasmosa. Todo lo que se temía que podía haber ocurrido no ocurrió.

Nace Maria Grazia Letizia. Los médicos se la llevan rápidamente. Algunos, que creen que ya está muerta, no quieren que sus padres la vean. Daniela se opone y consigue llevarla a la habitación.

Cuando Enrico toma a su hija en brazos siente que todavía late su corazón. La lleva hasta Chiara. Habían pedido al Señor que el parto fuera natural y que Maria Grazia Letizia naciese viva, para poder bautizarla. Enrico entra y dice que todavía está viva. El padre Vito la bautiza. Para Chiara es un momento inolvidable. «Su bautizo fue el regalo más grande que Dios nos pudo hacer», dijo. «Miraba a Enrico con nuestra hija en brazos: orgulloso de ella. Estaba segura de que no habría podido tener un padre mejor».

Se hicieron muchas fotos. Enrico llevó a la niña fuera para darla a conocer a los abuelos, parientes y amigos. Todos estábamos emocionados.

«En las familias, cuando los niños llegan, a veces te son confiados durante unos pocos meses o años, pero esto no significa que los quieras menos. Al contrario, tienes el deber de cuidarlos con más amor todavía, para dejar en ellos el recuerdo del amor que Dios ha querido darles a través de nuestros gestos. Debemos, por lo tanto, hacer honor a una tarea tan grande». Eso escribió Chiara en la carta que escribió a Enrico para anunciarle la llegada de su hija. Poco después de cuarenta minutos de su nacimiento en la tierra, Maria Grazia nació al Cielo.

Chiara y Enrico estaban verdaderamente felices. Se habían preparado para lo peor, no para tanta belleza. «El momento en que la vi no lo olvidaré jamás: he entendido que estábamos unidos para siempre. No pensé que estaría un poco con nosotros. Ha sido una media hora inolvidable.

Si hubiera abortado, no creo que pudiera recordar ese día como un día de fiesta, un día en que me hubiera liberado de algo. Habría sido un momento que hubiera intentado olvidar, un momento de gran sufrimiento.

El día del nacimiento de Maria lo podré recordar, en cambio, como uno de los más bonitos de mi vida y podré contar a mis hijos que el Señor ha querido darles una hermana especial que reza por ellos en el Cielo.

Lo que quiero decir a las madres que han perdido a sus hijos es esto: hemos sido madres, hemos tenido este don.

No importa el tiempo: un mes, dos meses, pocas horas… lo que cuenta es que hemos recibido este don… y no es algo que se pueda olvidar».

Es difícil describir la confusión del personal médico: algunos están alterados, otros se quedan mudos ante el misterio, hay quien piensa que han demostrado estar locos desde el principio hasta el final. Pero todas las decisiones que los otros no comparten, Enrico y Chiara las han llevado juntos. Y esto les ha unido de manera especial. Para ellos no hay alternativas, este es el único camino que Dios les pide que recorran. Solo tienen que fiarse y experimentar la gracia. «El Señor intercedió por nosotros para que no perdiésemos la fe», cuenta Enrico. Y así fue. Como le ocurrió a san Pedro. Más tarde, Enrico lleva a Maria a la cámara mortuoria.

Saludamos a Chiara y la vimos muy bien. Casi como si no hubiese dado a luz, fresca como una rosa. Con algunas lágrimas de emoción. Estaba llena de paz.

Chiara compartía habitación en el hospital con otra madre que había perdido a su tercer hijo en el noveno mes por desplazamiento de la placenta. Estaba callada, no decía una palabra. Chiara se había enterado de su situación y había pedido que rezaran por ella. Esa noche le habló. El día que salió del hospital, esa mujer dio las gracias al médico, no tanto por la asistencia como por haberla puesto en la habitación «con esa chica que me ha ayudado a aceptar la muerte de mi hijo».

Dos días después, el 12 de junio, fue el funeral de Maria Grazia Letizia. Quien se imagine a Chiara y Enrico destrozados, sentados en uno de los primeros bancos, se equivoca. Están a un lado, donde está el coro. Él toca la guitarra y ella el violín, y cantan vestidos de blanco. Es impresionante verlos.

Durante la oración de los fieles Chiara se levanta y va al ambón. Agradece las oraciones que les han sostenido y acompañado; habla de su asombro ante tanto amor y todas las gracias que han venido de su

pequeña hija; reza por todos los presentes, para que el Señor les recompense ya en esta tierra con el céntuplo.

Es un ambiente festivo y sereno. No hay mucha gente en la iglesia. Muchos no han venido porque no saben qué decir. Han perdido una ocasión única de ver que el Cielo puede existir en la tierra. Los que participan en la celebración viven un momento de eternidad, una experiencia muy impactante, casi como una prueba de la existencia del paraíso. Todos están emocionados. Enrico y Chiara sonríen entre lágrimas, junto a sus familiares.

El padre Vito está de nuevo presente. Habla de la zarza ardiente, de un amor que quema pero que no se consume. Chiara y Enrico han dejado aparte sus planes para hacer espacio a Dios porque «un regalo de Dios no se toca». No existimos para el trabajo, la casa, la salud y la reputación. Existimos para amar. Maria Grazia Letizia ya está preparada. Ya ha vivido todo lo necesario.

Al final de la celebración, los padres se acercan al pequeño ataúd blanco en el centro de la nave, delante del altar. Lo levantan y con una gran paz lo acompañan fuera mientras todos lloran de emoción. Todo es tan bonito que nos lleva a desear esas dificultades, para poder experimentar el mismo consuelo. Es absurdo pensarlo, pero es lo que ocurrió. Podemos llamarla una santa envidia. Enrico ha preparado un recordatorio, en el que una imagen de la Virgen con el Niño viene acompañada por un mensaje que su historia nos ha hecho familiar, pero que en esos momentos es como si lo escucháramos por primera vez: «Hemos nacido para la eternidad, para no morir nunca».

Te hemos tenido en brazos

aunque solo por media hora.

No pensábamos que veríamos tu nariz,

igual que la mía

ni tus manos y piececillos.

No hemos tenido tiempo de decirte muchas cosas.

Sabes que te amamos,

pero quizá no sabes que has nacido para la eternidad

y que yo no soy tu padre ni ella es tu madre.

Quien te ha deseado es el Padre,

sé que es un poco complicado, pero pronto lo entenderás.

La vida es maravillosa,

también por eso te hemos buscado.

Es maravilloso que ahora tú lo puedas entender,

no importa cuánto tiempo pasemos juntos,

a nosotros nos importa lo que serás.

Hay tantas cosas superfluas

que lo más importante es

hacer lo necesario para conocer al Padre

y prepararnos para este encuentro.

Tú has nacido preparada,

no puedo decirte lo orgullosos que estamos de ti.

Te hemos acompañado hasta donde hemos podido,

ahora conocerás al Padre

Maria Grazia y Letizia[5] de nuestra vida.

Papá Enrico y mamá Chiara

Son cosas que parecen increíbles, porque una situación de este estilo nos la imaginamos llena de angustia. «Con Maria Grazia Letizia», dice Chiara, «tuvimos una experiencia de eternidad única». Con ella, Chiara y Enrico han dejado de tener miedo a la muerte.

Chiara comprende que esta criatura les ha sido confiada por Dios. De pronto vive esta situación como un privilegio, una tarea para la que no se siente digna. Cuando ella y Enrico descubren la enfermedad, también se dan cuenta de que eso que han intuido el uno en el otro es verdad, confirma su amor, les une. Llevar juntos la cruz la hace más ligera.

Gracias a esta hija silenciosa, aprenden que la muerte no es tan

mala como parece. La niña ha pasado de sus brazos a los del Padre, y saben reconocer la belleza de esto. Se maravillan de lo que el funeral les ha permitido vivir. Cada vez que lo piensan se sorprenden de ver cómo la gracia les ha acompañado durante todo el proceso.

Cuando llegan al cementerio del Verano, delante de la tumba de la pequeña cantan *Cuando soy débil entonces soy fuerte, porque Tú eres mi fortaleza*.

Dos días después del funeral, Enrico y Chiara nos llamaron para preguntar si podían venir a nuestra casa de Asís para descansar. Esto ocurría con frecuencia.

Esos días hablamos mucho de cómo fueron Maria Grazia Letizia y el Señor, y no los médicos, los que escogieron el 10 como día del parto. Ellos mismos se asombraban de su felicidad.

Mientras tocábamos y cantábamos Chiara estaba en el sofá. Las medicinas que tomó después del parto le provocaban dolores, pero decía que estaba bien, aunque muchos temían que pudiera tener depresión *post partum*.

Enrico escribió una canción para esta niña –a la que Dios les pidió que acompañaran hasta donde pudieran–. La escribió cuando todavía no sabían nada de la malformación. Al releerla le impresionó la melancolía que refleja. Es bonita, pero parece contener algo más. Para ellos es una canción profética.

Se titula *Cuánto amor:*

Tú que eres mi único amor

Me llevas lejos de la mano

Y apartas de mí la tristeza

Tú me amas.

Me gustaría nacer de lo alto de tu espíritu

No sé cómo puede ser

Pero vivir juntos cada instante que me queda

Sería como no morir nunca.

Las flores que nacen me hablan de ti.

Tú que eres mi único amor

Me amarás con un amor cada vez más grande

Dime a mí, creado por ti, cuánto amor

Cuánto amor cuánto amor

Este amor es para ti.

¿Es imposible recorrer el mismo camino que Enrico y Chiara? No, si se conoce el secreto: decir sí cada día, acoger la prueba de cada día. Fiarse cuando Dios te dice «No temas».

«Lo que hemos descubierto es que Dios no nos ha decepcionado nunca». Enrico, recordando la enseñanza de san Francisco, según la cual lo contario del amor no es el odio, sino la posesión, dice: «Nuestra oración ha sido la de no poseer la vida de Maria, sino acompañarla hasta donde podíamos. Estoy muy orgulloso de mi hija porque ha nacido preparada. ¿Cuál es el sentido de nuestra vida sino encontrarnos con Cristo antes o después? Me pregunto cuál es la desgracia, porque ella ya está allí…».

[4] Semen Yves, 2011*, La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II,* Desdée De Brouwer.

[5] *Letizia* significa «alegría».

Capítulo 3 Ninguna imperfección

Antes de formarte en el seno materno, te conocí, antes de que salieras de las entrañas, te consagré, te constituí en profeta de las naciones. Jr 1, 5

El 19 de noviembre de 2009, cinco meses después del parto, Enrico y Chiara intervinieron en una iniciativa llamada *En el mundo pero no del mundo* con una serie de encuentros. El título es perfecto porque Chiara y Enrico no comparten con el mundo de sus amigos y parientes la obstinación de no querer entender qué ha significado el nacimiento de Maria Grazia Letizia, por qué Dios ha permitido su enfermedad. Ellos simplemente la han acogido, aceptándola como era, sin preguntas ni reivindicaciones. Solo ha habido gratitud. Pero la batalla continúa a su alrededor. Les aconsejan hacerse exámenes para asegurarse de que no se repita el problema. Tienen mucha presión.

La Asociación Ciencia y Vida organiza el acto en la parroquia de Santa Francesca Romana en el Ardeatino. En el cartel se puede leer:

El don de la vida

Introduce y modera: Gianluigi De Palo

Concluye: don Fabio Rosini

Intervienen:

Giuseppe Noia

Daniela Salernitano

Chiara y Enrico Petrillo

La idea ha partido de Gianluigi De Palo, pensando que su historia es un milagro que hay que contar. Entre su familia y los Petrillo nació la amistad durante el embarazo de Maria.

Es la primera vez que los Petrillo cuentan su historia en público, y es una pequeña sorpresa. Aquella tarde Chiara demuestra aplomo y seguridad delante de los que se han reunido para escucharla, como si estuviera acostumbrada a estas intervenciones. Cuenta la historia de Maria Grazia Letizia de manera lineal, desde la primera revisión médica hasta el parto, con espontaneidad, sin que sobre una palabra.

Al final, su marido añade: «Sin Dios todo se convierte en casualidad pero con Él se puede ver el sufrimiento como una

invitación a bailar, y, aunque haya sufrimiento, se encuentra la paz y alegría». Lo que debía ser una intervención más dentro de un ciclo de actos se transformó en un acto de fe, en la expresión serena de la fe cotidiana en un Dios que no abandona y que cumple sus promesas.

Todos los presentes se quedan impresionados. Algunas de las frases de Chiara se les quedan grabadas, sobre todo una: «Dios imprime la verdad dentro de cada uno de nosotros y no es posible malinterpretarla». Marcos cuenta en su evangelio que Jesús reprocha a sus apóstoles que echen a algunos niños que se reunieron a su alrededor. Hace dos mil años los niños no contaban nada desde un punto de vista social. También hoy un niño puede contar muy poco. Y frente a una nueva vida que llega muchos hacen como los discípulos: se alarman por la agitación que provocan y piensan que es mejor rechazarlos.

Abortar es rechazar un don. La eternidad de Dios quiere irrumpir en la cotidianidad del tiempo a través de aquel hijo, que es una palabra escrita por Él. Algunas enseñanzas de Jesús se refieren a los niños: los padres que acogen a un niño acogen a Dios. Pero acogiendo a Maria Grazia Letizia los Petrillo han hecho algo más; han hecho como la Virgen que –en palabras de Chiara– ha acogido como un don «un hijo que no era para ella, al que vería morir en la cruz». Chiara y Enrico dijeron sí a una misión que haría mucho bien a muchos otros aparte de ellos.

Las palabras de ese testimonio, pronunciado con voz suave pero decidida, demuestran tener gran poder para provocar un deseo de conversión en muchos de los presentes. Incluso llegan a otros padres en la misma situación. No se puede hacer como si no se hubiera escuchado.

Enrico concluye su intervención recordando que Chiara, cuando volvió a casa después del nacimiento de Maria Grazia, le dijo: «¿Sabes que lo volvería a hacer?». Enrico no puede olvidarlo por una simple razón: «Yo también lo volvería a hacer».

La tarde del encuentro, Chiara ya está esperando a Davide Giovanni.

Después de un primer caso de anencefalia es muy probable que se repita la patología. Durante el verano, Chiara se hace las revisiones ordinarias, pero la atención también se centra en los factores que pueden haber causado la malformación. Si se da un segundo caso, los médicos le dicen que una mayor dosis de ácido fólico ayudará a

reducir los riesgos.

Apenas ha transcurrido el tiempo para que Chiara se recupere del embarazo. Tanto a ella como a Enrico les parece que esperar para tener otro hijo sería como ceder a una mentira o rechazar una gracia. Se preguntan: «¿Por qué esperar? ¿Para llorar y estar de luto?».

Han experimentado una gran alegría, un consuelo que ha ahogado la tristeza. No quieren renunciar a una gracia que Dios quiere darles, sino que desean otro hijo. En Medjugorje, donde han estado en verano para dar gracias por el nacimiento de Maria, han pedido a Dios la gracia de otro hijo.

Cuando volvieron de ese viaje estaban más felices aún. A Chiara le impresionó especialmente el testimonio de una de las videntes, Mirjana, que decía que, a pesar de lo mucho que quería a su marido y a sus hijos, le costaba continuar en esta tierra y no irse ya con la Virgen. Esto había dado a Chiara una gran paz y todavía más certeza de que su hija no habría podido pedir nada mejor.

El amor no puede esperar. Davide Giovanni llega enseguida.

Cuando descubre que está otra vez embarazada, Chiara ya sabe qué hacer.

La primera ecografía no presenta problemas. Los Petrillo acuden a cada cita con un poco de temor, pero con una confianza increíble.

La segunda ecografía, a finales de diciembre, también va bien. En ella, Daniela, muy nerviosa, consigue ver completamente la cabeza del niño.

Parece que todo marcha sin problemas, la anencefalia no se ha repetido. Todos están felices y aliviados. Algunos están tan contentos que empiezan a hablar de Davide como del hijo del consuelo: «Veréis cómo este hijo será una gran alegría», escuchan con frecuencia Enrico y Chiara. Es una frase que les hace sufrir especialmente en boca de las personas más cercanas. «Era como decir que Maria era una hija que debiéramos olvidar», explica Enrico.

Para la tercera ecografía Daniela les da la cita en el Fatebenefratelli con otro compañero. Chiara ha entrado con fuerza en su vida y teme sentirse demasiado implicada; esto es un riesgo para un médico que quiere hacer bien su trabajo.

El 19 de enero de 2010 es el día de la prueba. Daniela se queda

en casa, pero está muy nerviosa. Espera una llamada que parece no llegar nunca. ¿Cómo habrá ido? Al final, decide llamar ella misma, pero en el hospital nadie contesta. Pasan algunas horas y, al final, un compañero, el que había hecho la ecografía, le devuelve la llamada. «A Davide le falta una pierna y parte de la otra». Aquellas palabras la dejan helada.

En la iglesia de Santa Francesca Romana en el Ardeatino, la que Enrico y Chiara han elegido como su parroquia, la noticia se difunde rápidamente. Don Fabio Rosini, el párroco, pide oraciones para un joven matrimonio llamado a afrontar una dura prueba por segunda vez en pocos meses. Dice que está ocurriendo algo grande a través de estos dos muchachos y sus hijos. Que Dios está hablando a través de ellos. Muchos conocidos, muy tristes, experimentarán una apertura a la gracia.

Esta vez el diagnóstico es de discapacidad. «¿Dónde nos estás llevando?», preguntan a Dios Chiara y Enrico cuando descubren que también Davide está mal. «La primera vez, con Maria», cuenta Chiara, «el Señor nos preguntó: "¿Estáis dispuestos a acompañar a un hijo hasta donde yo os pida?"». Nosotros lo hicimos y fue precioso. La segunda vez, con Davide, nos preguntó: «"¿Estáis dispuestos a acoger en vuestra familia a un hijo discapacitado aunque tenga serios problemas?". También esa vez dijimos que sí».

Para ver si hay algún problema genético que pueda explicar el desarrollo de patologías en el vientre de Chiara, ella y Enrico aceptan someterse a pruebas específicas. No quieren que sea la probabilidad la que les diga qué hacer, pero ceden, para que los que presionan alrededor se queden contentos. Para estar más tranquilos, dicen los otros. Para hacerles cerrarse a la vida, dicen ellos. Si se descubrieran problemas genéticos, serían solamente más conscientes del riesgo, no significaría que fueran a tomar otras decisiones.

La respuesta es clara: no hay nada que pueda explicar la patología, la malformación es del todo casual. No hay ninguna relación entre los dos embarazos. «Ha llovido dos veces sobre mojado», dice el genetista. Los resultados les sacan definitivamente del aprieto en que los habían metido los que, de modo más o menos velado, les aconsejaban cerrarse a la vida. ¿Cuál habría sido la solución? Todavía hoy Enrico se pregunta: «¿Dios crea la vida para la eternidad y yo le digo que no?».

Chiara y Enrico se preparan para acoger a Davide Giovanni. Enfrentándose al mundo de la discapacidad, en poco tiempo, Enrico se convierte en un experto en prótesis para las piernas. Le ayuda mucho la historia de Nick Vujicic, un muchacho extraordinario que nació sin brazos ni piernas. La película de la que es protagonista, *El Circo de las mariposas,* les conmueve a ellos y a todos sus amigos.

En febrero, Chiara se hace la cuarta ecografía. Enrico está con ella. Él y Daniela tienen los ojos fijos en el monitor. Es otro médico el que se ocupa de la prueba, pero Daniela los acompaña, como médico y como amiga. La sonda muestra claramente el problema: no hay líquido.

Esto cambia todo otra vez. A Davide Giovanni, además de las piernas, le faltan los riñones, y, por lo tanto, los pulmones no se pueden desarrollar. El diagnóstico es de malformación visceral múltiple en la pelvis (vejiga y riñones) con ausencia de los miembros inferiores. Él, al igual que su hermana, no podrá vivir.

Chiara está sobre la camilla, con la barriga descubierta. Acoge la noticia sin desmoronarse, mientras dos lágrimas dan más valor a su sonrisa. Acabada la visita, Chiara y Enrico salen y se detienen en la cercana iglesia de Santa Anastasia, justo al lado del Circo Máximo, donde hay adoración perpetua. Y entregan de nuevo a su propio hijo delante del Santísimo.

A Chiara le gusta repetir que no ha hecho nada especial donde todos ven algo extraordinario. Es como un campo parecido a tantos otros; pero la tierra de este es acogedora. Su sonrisa significa: «No lo entiendo pero lo acepto». Ella misma dirá, junto con Enrico, que renunciar también a Davide Giovanni le cuesta mucho. Se encuentra de nuevo delante de algo muy grande y diferente de lo que ha deseado. Para ella es un duro golpe.

Chiara siempre ha tenido una relación sincera con Dios. Lo que vive la lleva delante del Padre sin muchas dificultades. Pero lo increíble es su capacidad de respuesta. Durante esos años se abren camino en ella las preguntas, los cansancios y las esperanzas de cualquier otra mujer. La diferencia está en su dejarse cambiar los planes y acoger aquella novedad, segura de que el Padre solo da cosas buenas a sus hijos.

Las sonrisas de Chiara van siempre seguidas de la lucha entre su deseo de una vida normal y la voluntad de Dios, en quien ha

encontrado su alegría. Y son unas conversaciones tan intensas y directas que se resuelven en un tiempo tan breve que a la mayoría de nosotros nos sorprendería. Esta vez se trata de apenas una noche.

La malformación de Davide Giovanni lo limitaba mucho. Y si después de Maria Grazia Letizia tanto Enrico como Chiara se sentían dispuestos a acoger un hijo con problemas, por amor a él, habían pedido a Dios que los hiciese capaces de llevar su cruz. O que se la quitara.

«Nosotros no debíamos poseer», dijo Enrico. «Simplemente no teníamos derecho a la vida de otro. Si el Señor me da una cruz, la debo llevar. Porque en esa cruz descubriré lo que Él me quiere decir».

Apenas recibida la noticia van con Daniela a Gubbio, a ver a sor Chiara –de las monjas de Belén– que había rezado por ellos. Después, de vuelta a Roma, quedamos en un restaurante y hablamos mucho.

De sus palabras se desprendía que tenían curiosidad por saber lo que Dios tenía pensado para ellos. Evidentemente estaban disgustados, pero en ningún momento se habían planteado rechazarlo. Se querían preparar para acoger a este niño.

Simone les dijo que Maria Grazia Letizia se había ido con Jesús recomendándole a los Petrillo como padres de este pequeño Davide, diciéndole que lo acogerían y le darían todo aquello que necesitaba para esta tierra y para el Cielo.

Los Petrillo se miraron como quien recibe una buena noticia. Chiara sonrió y se le iluminó la cara.

Dios acompaña a Chiara en este recorrido, sobre todo en aquello que puede parecer absurdo. Por eso Enrico y Chiara pueden llevar esta cruz con paz. La patología de Davide es mucho más rara que la de Maria. Es un síndrome para el que ni siquiera existe un nombre. Pero viene acogido con la misma gratitud y serenidad que su hermana. A quien le pregunta qué planes tienen para el verano, Chiara le responde con una sonrisa que Davide tiene una cita en el Cielo.

Para hablar de su serenidad basta recordar que de ningún modo quieren pasar el tiempo solos para llorar, continúan mostrando una apertura y amabilidad desconcertantes, dándose siempre a los otros. En los días que siguen al diagnóstico, los que van a casa a verlos experimentan la paz de quien ha dejado entrar a Dios dentro de sí. La sonrisa, la dulzura y la belleza de Chiara están muy lejos de quien se centra en el propio dolor.

En los primeros días después de la noticia viene a verlos desde Asís el padre Vito. Chiara lo saluda con alegría. Para ella es una persona que sabe facilitar y hacer las cosas más sencillas. Pasa el día con ellos compartiendo el modo de afrontar este nuevo nacimiento al Cielo.

Como contrapunto a esta actitud hay una acusación por parte de algunas personas, algo que se percibe de modo más claro después de descubrir que Davide no vivirá. Es la vieja acusación de que el pecado de los padres recae sobre los hijos, que la enfermedad es culpa de Enrico y Chiara. Insinúan que, si Dios no da la curación, es porque quien la pide en el fondo no cree.

«Quien nos acusaba no lo hacía con mala intención, por desgracia lo creía de verdad», recuerda Enrico. «Una fe que tú manipulas para que Dios haga lo que tú quieres es una fe mágica, difícil de detectar; piensas que Dios realmente se presta a esto».

Enrico y Chiara tienen claro el porqué de esta actitud: «En el fondo se trata de aceptar la cruz, querer encontrar una solución a la cruz». Y el remedio siempre es el mismo: la curación del cuerpo. Pero Dios no quiere que olvidemos que somos creados para la eternidad.

«Quien busca obsesivamente la curación de los males físicos ha perdido el norte», continúa Enrico. «Entonces es el diablo quien te está hablando de Dios, pero no puede hablarte (verdaderamente) de Él. Intenta que olvides lo que realmente eres: un hijo de Dios. Y de esto te habla el hecho de que Jesucristo esté en el Cielo. Todo lo que no te hace ver la eternidad que viene después, lo que te cierra la perspectiva a este mundo, no te habla de Dios, sino de un semi dios. Es un timo».

La cruz es inexorable. Por eso Cristo la ha hecho suya. «Estar delante de la cruz es sin duda difícil. Pero sufres mucho más si no la quieres, y al final te verás obligado a llevarla a la fuerza».

… ha sido bonito acompañarte, aunque a veces

nos ha parecido que eras tú quien nos mostraba

el camino. Nos has hablado de Él

y de su amor de Madre, del grano de trigo

y del amor que encierra.

Nos has enseñado que el amor no crea

nada imperfecto, eres un prodigio

único, irrepetible y maravilloso.

¡Cuánto amor nos ha dado!

Soy feliz de ser tu hermano,

aunque he descubierto que soy

un poco tu padre, y por lo tanto tú eres también un poco

mi hijo. Pero es un misterio demasiado grande

para poder entenderlo del todo.

De una cosa estoy seguro: estás destinado

a una gloria más grande que la nuestra.

Quién sabe lo que harás, quién sabe lo que harás,

pequeño Davide.

No sé por qué Jesús ha querido permanecer

todavía un poco con nosotros.

Has sido bueno, al no decirnos

hasta el final que Él estaba en ti.

Pero ahora que lo sabemos

ya no tenemos miedo de dejar

que te vayas, te acompañaremos

con la mirada. Vete, amor mío…

Vas a ver qué hay detrás de la montaña.

Te espera una bonita sorpresa.

Son las palabras que escribió Enrico para el recordatorio de Davide Giovanni. Cuentan cómo al principio él y Chiara pensaban acoger a un niño discapacitado en su familia para descubrir más tarde que Davide no viviría.

Pero sobre todo se ve cómo Dios está con ellos, lo sienten cercano. «Es algo que ha ido creciendo dentro de nosotros, una semilla que Dios ha ido regando». «Vivir la experiencia de Maria Grazia Letizia, esta hija que se va al Cielo después de media hora y de nueve maravillosos meses… estos años todo se ha salido de la lógica humana. Y esto ha hecho que nos uniéramos más a Dios. Mientras todo quema, tú por dentro te sientes fresco. Mientras bailas con Dios esta danza, este sufrimiento, te preguntas: "Pero tengo paz, ¿cómo es posible?"».

Cuando Dios les hace ver que Davide no vivirá y que también él está preparado para el Cielo, ya han tenido esta experiencia. Se han fiado y no se han visto defraudados. Y así ocurre de nuevo.

Esa primavera se podía ir a visitar la Santa Síndone. No nos lo pensamos dos veces y nos organizamos para ir los cuatro a Turín (cinco con Davide). El viaje comenzó con una oración que nunca habíamos escuchado hasta ahora: la había escrito sor Chiara para la ordenación del padre Vito y él se la había dado a Chiara y Enrico. Casi dos años después contamos por teléfono a Enrico lo que ese episodio había significado para nosotros.

La oración era un acto de consagración a María. Chiara estaba muy serena. *Totus tuus*. Los Petrillo comenzaban así cada jornada, entregándose completamente a Dios en las manos de María. Estábamos muy impresionados. En aquella ocasión habíamos hablado de la viudez. Chiara le preguntaba a Cristiana si pensaba que un hombre que se quedaba viudo siendo joven debía permanecer así. Le parecía que era mucho pedir.

Hablamos de muchas otras cosas, cantamos y planeamos viajes para hacer juntos y conciertos a los que asistir. Cuando llegamos a Turín, todos nuestros amigos, a los que Chiara y Enrico no conocían, nos acogieron muy bien. Todos habían oído hablar de los Petrillo. Chiara y Enrico estaban asombrados del afecto que les mostraron.

El día de la visita a la Síndone fue importantísimo. Había una larga cola. El embarazo de Chiara estaba avanzado y tenía algunos dolores. Conseguimos pasar hacia adelante, aunque ella se oponía, porque decía que los demás también estaban haciendo cola.

Como punto para meditar teníamos un consejo del padre Vito: «Más que sobre la Pasión es ocasión de meditar sobre la Resurrección. Esas heridas lo han llevado a la Vida».

Cuando llegamos allí nos quedamos sin palabras. Nos recogimos en oración.

A la salida de la iglesia hablamos de lo que habíamos visto y experimentado. Los Petrillo nos decían que habían pedido la curación del pequeño, pero sobre todo la gracia de acoger este gran don. «Los Hechos de los Apóstoles dicen que bastaba la sombra de Pedro para curar, ¡aquí tenemos la de Jesús!». Ver aquellas heridas les daba ánimos en su sufrimiento, les recordaba lo que ya habían vivido. Les preparaba para el siguiente paso.

En este embarazo la barriga de Chiara era muy pequeña. Las ecografías el niño no se veían muy bien por el poco líquido amniótico. También esta vez hace falta programar el parto. Es necesario que Davide nazca y no se puede esperar mucho. Se temen complicaciones. Para ella existe el riesgo de infección, para Davide, el de la muerte en el útero o de un parto difícil por el hecho de que no tiene piernas. Daniela quiere asistir a toda costa. Piensa que se tratará de nuevo de algo grande y bello.

Chiara piensa que en el último año y medio los ha acompañado de un modo extraordinario. No puede dejar de estar agradecida por todo esto.

Los médicos, incluida Daniela, quieren anticipar el nacimiento. Hablan con ellos el 23 de junio. Daniela les habla aparte. Quiere intentar convencerlos de que es mejor así, buscando argumentos que puedan aceptar. Razonable y convincente. Pero la mirada de Chiara es elocuente y persuasiva. Quiere esperar, no quiere decidir el día. Si lo hiciese, podría privar a su hijo de un tramo de su camino, el que Dios les ha pedido a ella y su marido que lo acompañen.

Se marcharon sin haber decidido nada. Daniela vuelve a casa inquieta. Esa tarde encuentra un poco de paz cuando manda un mensaje a Chiara para decirle que la ha convencido, que harán lo que ella quiere. Esperarán algo que indique que ha llegado el momento de Davide, como ocurrió con Maria. Si Dios no les defraudó en esa ocasión, ¿por qué lo iba a hacer ahora?

Chiara le responde con otro mensaje: «Gracias, Dani, estamos seguros de que también esta vez nos hará entender qué debemos hacer. Si tiene que ser antes del miércoles, no se hará esperar. Estamos tranquilos, es su hijo antes que nuestro :-) Buenas noches y muchas gracias». Después de pocas horas comienzan las contracciones.

A las 5 de la mañana suena el teléfono de Daniela. Es Enrico, dice que ha llegado el momento. Van al Fatebenefratelli. Cuando Chiara llega, está a cuatro centímetros, las contracciones son todavía irregulares. Entran a rezar en la iglesia del hospital. Mientras, Daniela reúne a todo el equipo. Increíblemente son los mismos que un año antes han asistido al parto de Maria Grazia Letizia. Esta vez hacen lo que dice sin oponerse.

Cuando entran en el paritorio las contracciones son más fuertes. Daniela la convence de que se deje poner la epidural. Quiere agilizar el parto todo lo posible.

También a nosotros nos llamó Enrico: a las 6 de la mañana Chiara ya estaba dando a luz. Recogimos a Vito y llegamos a Roma enseguida. Enrico nos iba informando de lo que pasaba. Estas carreras matutinas con Vito se convirtieron en un ritual.

A pocos cientos de metros del hospital encontramos un atasco tremendo. Enrico acababa de llamar para decir que Davide estaba a punto de nacer. Momento de pánico. El padre Vito tenía que llegar para el bautizo.

Simone, con su habitual calma, le dice: «Suba a una moto y dígale a alguno que le lleve». Y Cristiana: «¿Pero qué dices?». El padre Vito ya había abierto la puerta para subirse a la primera moto que pasara. Una escena absurda. El tipo de la moto lo mira con aire de sospecha. «Hola, hay una mujer en el hospital que está a punto de dar a luz. El niño no vivirá mucho tiempo y tengo que bautizarlo. ¿Me llevas a la isla tiberina?». El tipo murmuró un sí poco convencido. «¿Cómo te llamas?». «Francesco…». «¡Perfecto!», le contestó sonriendo el padre Vito. Lo vimos alejarse con el hábito ondeando entre las caras incrédulas de los otros conductores.

Esta vez el pediatra ya está al corriente de la situación, sabe que los padres quieren que se bautice al niño. Davide Giovanni está listo. Chiara no se siente preparada, pero el padre Vito le habla y la bendice. En aquel momento se llena de paz.

Cuando nace, Davide es acogido en silencio. Daniela dice que se lo den a su madre y ella, todavía con el cordón sin cortar, lo abraza con ternura. «Hijo mío, amor mío», le susurra.

Es un niño que se está muriendo. Todo sucede en silencio y con una ternura conmovedora.

Entre Chiara y sus hijos hay una relación especial. Le han abierto

el camino al Cielo. ¿Qué secretos habrán intercambiado?

Están solo Chiara, Enrico y Davide. El corazón se encoge y se dilata con una respiración cada vez más profunda que poco a poco ahuyenta el miedo a la muerte y la angustia de la vida.

El padre Vito entra y lo bautiza. También lo conocen los abuelos, algunos parientes, nosotros y otros amigos. Davide, como su hermana un año antes, nace al Cielo: su vida en esta tierra dura treinta y ocho minutos. También en esta ocasión no ha sido poco tiempo, ha estado lleno.

Davide era un niño con un rostro sereno que te infundía paz. Era muy tierno, con rasgos delicados, con rizos y manos regordetas. Se lo dijimos a Enrico y él, feliz de que nos hubiésemos dado cuenta, nos dijo: «¿Habéis visto qué guapo es? ¡Es perfecto!».

Enrico y Chiara estaban bien, aunque con los ojos llorosos, transformados por ese amor.

El pequeño es vestido y lavado. Enrico le pone una tao en el cuello, como había hecho con su hermana, después baja las escaleras del hospital y lo lleva a la cámara mortuoria.

Como no hay riesgo de complicación, esta vez Chiara puede volver a su casa enseguida. Apenas han pasado dos horas del parto y Chiara está fuera con una botella de *Gatorade*, bromea y sonríe serena, alegre por haber podido conocer a su hijo.

Antes del nacimiento, Chiara y Enrico se habían preguntado cómo sería este tiempo, si sería igual al que ya habían experimentado. Descubren que es distinto, como diferente es el amor por cada hijo.

«Fuera del hospital caminábamos y nos decíamos: “¿Realmente acabamos de despedir a nuestro hijo?”. Cada momento con ellos nos ha llenado de su amor».

«Estábamos llenos de alegría», contaba Chiara, que cuando hablaba de sus embarazos y partos lo hacía siempre como si los dos los hubieran experimentado físicamente.

Quien los vio ese día, el 24 de junio, puede decir lo contentos que estaban y lo que agradecían a Dios la belleza que habían experimentado de nuevo.

Es el 26 de junio. El mismo mes y la misma iglesia. La de

Sant'Angelo in Pescheria.

En el funeral de Davide hay todavía menos gente. Se ha hecho «limpieza» de viejos amigos y conocidos; los presentes son casi todos nuevos amigos que han conocido después de la intervención de Chiara en la iglesia de Santa Francesca Romana. A algunos parece como si los conocieran de toda la vida. Son un gran apoyo. No solo se comunican el cariño, sino también la gracia.

Es la experiencia de otro funeral que muestra la vida eterna. Si hasta ahora el camino ha estado lleno de incertidumbre, por eso mismo se ha podido manifestar una gracia especial, sorprendente: «Era imposible no pensar en el nacimiento de Davide y Maria como si fueran dos grandes milagros», dijo Chiara, «no sabría decir cuál de los dos fue más bonito».

Chiara y Enrico vuelven a cantar y a tocar en el coro. El padre Vito habla del «absurdo» en que habla Dios, al encontrarse un año después en la misma situación, y de lo afortunados que son los presentes de estar implicados. Este matrimonio es como la Síndone en la que se puede ver solo el rastro de la Pasión o también el de la Resurrección.

El de los cristianos es un Dios que sorprende y a veces atemoriza: lo ven caminando sobre el mar o les invita a entrar en la tempestad; lo ven humillar con dos embarazos que, como está comprobado, son absolutamente independientes el uno del otro; lo ven ilustrar a los mayores con la figura de un niño que solo pesa un kilo y setecientos gramos. Revelarse a los adultos con una vida que apenas dura media hora.

Esto hace un niño que viene a rescatar todo lo que es despreciado como inútil. Eso es nuestra propia vida cuando la miramos con los ojos del mundo. A Davide, como a nosotros, no le falta nada. No hay ningún despiste por parte de Dios.

Durante la oración de los fieles, Chiara se levanta y va al ambón. Reza por las madres allí presentes, por las que lo son y las que lo serán. Reza para que el Señor las ayude en su misión.

Agradecimiento, lágrimas, alegría, consuelo. Otra vez un funeral se convierte en una prueba de la existencia del paraíso.

Cuando acabó la Misa, Chiara se acercó a Cristiana y le preguntó: «¿Estás contenta?». Cristiana le dijo que sí. Ella le contestó: «También yo. ¡Casi más que el día de mi boda!». Ella era la primera sorprendida.

Los padres de Davide recorren la nave principal llevando el pequeño ataúd y acompañándolo fuera de la iglesia. Pasan por delante de un cartel que al lado de la foto de Davide Giovanni cuenta lo que Dios ha hecho en sus padres: «El objetivo más importante de la vida es ser amado. Lo más importante no es lo que hagamos, sino nacer y dejarse amar».

«¡La paz esté con vosotros!», dice el Papa Francisco. «No es un saludo ni mucho menos una simple felicitación; es un don, el don maravilloso que Cristo ofrece a sus discípulos después de haber pasado por la muerte y descender a los infiernos» (Regina Coeli, 7 de abril de 2013). Eso es lo que experimenta quien se deja amar por Dios.

Chiara escribió el 12 de marzo de 2010:

¿Quién es Davide?

Un niño que ha recibido de Dios una gran misión… la de vencer a los Goliats que hay dentro de nosotros:

Vencer nuestro poder de decidir por él y por encima de él, que ha demostrado que era así porque Dios lo necesitaba así.

Ha derrotado nuestro «derecho» de desear un hijo que fuera para nosotros, porque era solo para Dios.

Ha vencido el deseo de los que querían que fuera el hijo del consuelo, el que nos habría hecho olvidar el dolor de Maria Grazia Letizia.

Ha vencido la fe en la estadística de los que decían que teníamos las mismas posibilidades que otros de tener un hijo sano.

Ha desenmascarado la fe mágica de quien cree conocer a Dios y le pide que sea un repartidor de caramelos.

Ha demostrado que Dios hace milagros pero no con nuestra lógica limitada, porque Dios es algo más que nuestros deseos.

(Ha derrotado la idea de los que no buscan en Dios la salvación del alma, sino solo la del cuerpo; todos los que piden a Dios una vida feliz y fácil, que no se parece a la de Jesús).

Siendo así de pequeño, Davide se ha lanzado con fuerza contra nuestros ídolos y ha gritado a la cara de quien no quería ver, ha obligado a muchos a correr a los refugios para no ser derrotados.

Yo, en cambio, le doy gracias a Dios por haber sido derrotada por el pequeño David, porque el Goliat que había dentro de mí finalmente ha muerto gracias a David; ninguno ha conseguido convencerme de que lo que estaba ocurriendo era una desgracia, derivada del hecho de que nos habíamos alejado de Dios, quizá inconscientemente. Doy gracias a Dios porque finalmente ha muerto mi Goliat y mis ojos son libres de mirar y seguir a Dios sin miedo de ser la que soy.

Chiara, como el paralítico de la piscina de Betzatá, experimenta la curación de la voluntad (cfr. *Jn* 5, 1-18). El pequeño Davide la lleva a la maduración de la fe. Dios sabe lo que hace, no hay ningún error. El cuerpo de Davide Giovanni tiene la forma de su amor, indica el modo particular en que solo Él puede amar.

Nos has hablado de Él

y de su amor de Madre, del grano de trigo

y del amor que encierra.

Nos has enseñado que el amor no crea nada imperfecto…

Davide Giovanni ha encarnado la parábola del grano de trigo, que debe morir para dar fruto. De alguna manera ha anunciado lo que le ocurrirá a Chiara: ha sido un verdadero profeta. No por casualidad nace el 24 de junio, día de san Juan Bautista.

También escribe Chiara: «Si Davide pudiera hablar, diría: “Yo soy Magnífico”».

Capítulo 4 Francesco y el dragón

En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto. Jn 4, 24 *Para escuchar a Dios hace falta: aceptar no entender, estar dispuesto a sufrir, renunciar al mal, es decir, elegir (el bien).* De los apuntes de Chiara

Hay algo que demuestra por encima de todo lo demás que no hay relación entre las patologías de los dos niños: Maria Grazia Letizia y Davide Giovanni. Además de su escasa probabilidad –si con la primera se habla de un caso entre dos mil, la segunda ni siquiera tiene un nombre– nos encontramos con que Chiara se queda otra vez embarazada y esta vez el niño viene sano.

Han pasado pocos meses desde el nacimiento de Davide. Si los que les aconsejaban investigar las causas de las malformaciones se han calmado después de la respuesta de los genetistas, no pasa lo mismo con los que les hacen recomendaciones «desinteresadas». El deseo de un nuevo hijo es tan grande como los ataques externos: «Muchos nos aconsejaron que abandonáramos la idea de tener nuestros propios hijos», escribió Chiara, «otros nos dijeron que esperáramos un año. Pero cada vez que pensábamos en esperar, para complacer a los que teníamos alrededor, nos sentíamos vacíos y tristes».

Chiara y Enrico se miran y se dicen: «¿Por qué tenemos que esperar?». Deciden confiar este sueño a quien sabe custodiarlo y defenderlo mejor que nadie: a la Virgen María. Si este deseo viene de Dios, piensan, nadie podrá impedir que se realice. Las palabras que a Chiara le gustaba repetir brillan con más fuerza que nunca: si Dios abre, nadie cierra. «Hicimos la visita de las Siete Iglesias confiando a Dios este deseo», continúa Chiara, «para que Él nos guiara con su sabiduría… y… la respuesta no se hizo esperar… ¡pronto íbamos a ser de nuevo tres!».

Las «Siete Iglesias» es una de las peregrinaciones más típicas de Roma. Se llama así porque los peregrinos, caminando de noche, visitan las siete basílicas jubilares de la ciudad (entre las que se encuentran San Pedro, Santa María La Mayor y San Pablo Extramuros). Es un recorrido de veinte kilómetros que se hace dos veces al año: en mayo y en septiembre. A menudo se relaciona con san Felipe Neri, pero no fue idea suya. En realidad lo que él hizo fue difundir una antiquísima tradición. Chiara y Enrico decidieron hacer esta peregrinación en septiembre.

En Santa María la Mayor, al lado de la cuna de Jesús, Enrico pide el don de otro hijo, que llega pocos días después.

Cuando debe decir cosas importantes, Chiara coge papel y pluma y escribe a su médico, que siempre la ha apoyado. Está segura de que también esta vez lo hará. Daniela ya es una amiga. Les ha acompañado en el nacimiento de Davide después de estar en el de Maria, ha asumido el papel de médico responsable (Chiara ha dicho públicamente que para ella ha sido mucho más que un médico). Le cuenta el asombro de una respuesta «así de inmediata» por parte de Dios. Se hace la prueba del embarazo el 13 de octubre y escribe a Daniela una semana después, cuando apenas ha transcurrido un mes desde la peregrinación. «Sin saber si era niño o niña», cuenta Chiara, «dijo Enrico: “A este lo llamamos Francesco”».

Los Petrillo son conscientes de la posibilidad de malformaciones. Pero están tranquilos. Enrico no desaprovecha la ocasión de romper con una broma los incómodos silencios de los que no saben qué decir, el malestar ante un sufrimiento ya experimentado tantas veces. En una ocasión, en casa de unos amigos dice: «A Maria le faltaba la cabeza, a Davide, las piernas… al tercero ya veremos…». Es una risa liberadora para los que están al lado, pero totalmente natural para ellos, que siempre han sido capaces de llamar a las cosas por su nombre.

Poco antes de saber que está otra vez embarazada, Chiara se da cuenta de que tiene un afta en la lengua. Al principio no le da importancia, pero, conforme van pasando las semanas, no se le quita, empeora.

Empieza a hacer distintas visitas médicas para ver de qué se trata. Primero va al dentista, después al dermatólogo, al final al otorrino, que le aconseja hacer una biopsia.

Mientras, Francesco crece dentro de ella y está bien. Daniela dice que nunca ha visto una ecografía tan nítida como la del pequeño Petrillo a las ocho semanas.

Chiara está feliz, y Enrico bromea: «¡Si lo único que hacía falta era llamarlo Francesco, el Señor nos lo podía haber dicho antes!».

Normalmente, los resultados de una biopsia son bastante precisos. Pero en el caso de Chiara, cuando llegan, no son diagnosticados. Chiara tiene que ir a una revisión periódica. Durante las sucesivas visitas al otorrino, el médico ve que la lesión se ha extendido y que tiene todas las características para ser eliminada urgentemente. Decide

no esperar.

Chiara llama a Daniela y le dice que le tienen que operar dos días después, el 16 de marzo de 2011, con el pequeño Francesco dentro de ella. Es la primera de las dos fases de las que se compone la intervención. Para la segunda, será necesario esperar a que nazca el pequeño Francesco. Afectada por la noticia, la médico se arma de valor y, aunque no lo conoce, llama al cirujano encargado de la operación.

Si observamos ese momento, es evidente que Chiara estaba preparada. No para lo que vendría dentro de poco. No, pero todo servirá para irla preparando. «Cree que es una inflamación, ¿verdad?», pregunta Daniela de médico a médico. «Es un carcinoma», escucha como respuesta.

Los días antes de la intervención, Chiara hace todo lo que puede por no preocupar a los que están alrededor. No se queja nunca y afronta las dificultades con una sonrisa. Es desarmante. Ninguno de los que tiene cerca ha entendido exactamente de qué se trata. Los que durante esa época se encuentran con Enrico y Chiara continúan experimentando el bien de su compañía. Chiara podría desahogar todo su disgusto; en cambio, cada persona con la que se encuentra puede apoyar en ella toda su fragilidad y recibe palabras de consuelo: no les echa las cosas en cara, tiene en cuenta sus miserias. Como san Francisco, recibe un discernimiento exquisito: «tenía en cuenta prudentemente la condición de cada uno»[6]. Quien está con los Petrillo siempre vuelve a casa consolado y agradecido.

Roberto, el padre de Chiara, recuerda cómo su hija había conseguido que él y su mujer vivieran todas las situaciones atípicas con naturalidad. Su capacidad de entrar en el corazón de las personas desde pequeña, de sacar lo mejor de ellas, su constante servicio por los demás y su alegría permanecen también ahora. Incluso con más fuerza.

El 16 de marzo Daniela está allí con Chiara. Ha conseguido que la sustituyan en su turno del hospital. Aunque Chiara y Enrico le han dicho que no se preocupe, que ya ha hecho mucho por ellos, ella no está tranquila si no está allí. Piensa que por lo menos podrá hacer un poco de compañía a Enrico, que espera y reza fuera del quirófano.

Cuando llega al hospital se encuentra a Chiara y Enrico solos. Se saludan, después empiezan a rezar juntos la liturgia de las horas. Después charlan, esperando que vengan a llamar a Chiara. Ríen y

bromean como si fuese una situación normal. Daniela le dice que no se preocupe, que ella hará compañía a Enrico. Después llaman a Chiara. Ha llegado el momento.

Inesperadamente, fuera del quirófano, el cirujano pregunta a Daniela si también ella quiere entrar. Daniela no se lo espera, pero reflexiona rápido y responde que sí: «No se me había pasado por la mente», cuenta, «normalmente cuando me ven joven y mujer ni siquiera me consideran una verdadera médico, por lo que me conmovió este ofrecimiento». Su presencia podría ser importante para Francesco. Podía quedarse al lado de Chiara para controlar los latidos del pequeño.

Daniela coge una camisa y entra. Lo primero que hace es advertir al equipo médico: habla con los enfermeros y el anestesista. Les cuenta la historia de Chiara y la de sus hijos. Les dice que es una paciente pero también una amiga. Les confía a Chiara como un tesoro precioso que custodiar con el que deben tener el máximo cuidado. En el frío del quirófano se acerca a ella, le pone su rosario en la palma de la mano y se la aprieta. Es la pulsera que Chiara le ha traído de Medjugorje. «Todas las operaciones han sido así», cuenta Daniela. Para ella, que quería estar cerca pero sentía la impotencia, «aquello era un signo de que estaba yo como amiga, pero sobre todo que estaba su Madre. Juntas (Chiara y yo) nos ayudábamos a no dudar y a fiarnos».

En el silencio de aquella habitación lo único que Chiara advierte es la oración. Está consciente, porque la operación se realiza con anestesia local, pero no puede cruzarse con ninguna mirada. Tiene los ojos vendados, para protegerla de la fuerte luz que tiene que enfocar directamente sobre su rostro.

Combatiendo el miedo con la fe, Daniela está a la derecha de Chiara y asiste a toda la intervención. Desde su posición ve al cirujano operando pero no consigue ver la lesión. Sin embargo las expresiones de los presentes son muy elocuentes, la del anestesista en particular. Daniela lo escucha murmurar: «No hay duda, es un carcinoma».

Lo que se ha extraído se analiza rápidamente. Según el examen histológico provisional se trata de un carcinoma, pero para estar seguros es necesario esperar un examen definitivo. El cirujano decide entonces hacer un segundo corte para coger otras muestras de tejido al margen de la lesión. Estas partes están limpias.

Mientras, Daniela intenta controlar si Francesco continúa moviéndose y está bien. No percibe nada y por un momento siente

miedo de que le haya sucedido algo. Intenta tranquilizar a Chiara diciéndole que todo va bien y que Francesco también. Chiara interpreta el silencio de su hijo como una delicada colaboración con su madre. Después de un rato, Francesco vuelve a moverse. La anestesia había tenido un leve efecto también en él, pero nada grave.

Después de la intervención Daniela continúa con Chiara y le coge de la mano. «Hablaba algo, pero muy poco», cuenta Daniela, «no hacían falta palabras. Solo tenía muchas ganas de llorar, estaba allí e intentaba rezar en silencio». Lo que la intervención ha extraído no es una masa de dimensiones reducidas. Mientras tanto, al lado de Enrico están esperando los padres de Chiara. Cuando sale, Daniela los ve y, forzando una sonrisa, dice que la operación se ha realizado sin complicaciones y que Chiara irá pronto a su habitación. Les avisa de que hay que esperar el histológico definitivo, y después repite esto también a Enrico, hasta que al final de aquella larga jornada la acompaña a casa en coche. «¿Es un tumor?», pregunta Enrico. «No dije ni que sí ni que no», cuenta Daniela, «porque no podía mentirle».

Después de la operación Chiara no puede hablar y tiene muchas dificultades para tragar. Por lo tanto no puede comer. Expresándose con los ojos y escribiendo en un papel trata de convencer a los enfermeros para que le den algo más fuerte que el paracetamol que le han prescrito. Los dolores de la lengua son muy intensos. Al estar embarazada, el personal del hospital se niega a darle analgésicos más potentes. Chiara está muy mal. Solo pide ayuda a Dios. Esa es para ella una noche terrible.

Al recordar aquellas horas escribirá: «Así, sin poder hablar ni tan siquiera tragar saliva pasé la noche más larga de mi vida. Por dentro gritaba a Dios: "¿Por qué no me quitas el dolor? Sé que puedes hacerlo". En cierto momento, delirando, me dije: "Dios no existe, de lo contrario no me haría esto". Pero en ese momento experimenté un gran dolor en el corazón y me sentí sola como nunca me había sentido. Me dolió haber pensado eso».

Después de haber dicho esas palabras Chiara experimenta otro sufrimiento, un dolor más profundo, el de sentirse abandonado en la cruz. El dolor de Jesús. Y la prueba de la fe. Casi un año después, cuando sienta que el Esposo está a punto de llegar, será esta noche la que le provoque miedo en su interior. Temerá el dolor no por el sufrimiento en sí, sino por la duda que ha sido capaz de insinuarle, por haberla hecho dudar de Dios. Su Dios es un Padre bueno que ha enviado a su hijo a morir por Amor, y ella no puede creer lo contrario. (Para Chiara será la única prueba de este tipo).

Por la mañana, cuando llega Enrico, apenas se acababa de dormir. «Cuando me desperté», continúa, «Enrico leía a mi lado las *Fuentes Franciscanas*». Se le abren los ojos cuando su marido proclama las extraordinarias palabras de san Francisco sobre la alegría perfecta: el descubrimiento de la voluntad de Dios en la adversidad, de un amor que afronta el dolor y que sabe transformar el mal en bien. A Chiara no le parece verdad. Piensa que de esa noche no ha entendido nada y ha renegado de Él y, sin embargo, Dios no la ha abandonado. Para ella es maravilloso ver cómo continúa amándola a través de la persona que le ha puesto al lado. Su dolorosa «experiencia de la oscuridad de la fe»[7], la aridez espiritual que ha vivido en las horas precedentes, ha terminado.

Una de las primeras cosas que quiere hacer entender a su marido es que quiere que le den el alta. Permanecer en el hospital le parce inútil. Una vez fuera, Daniela le prescribe un analgésico más eficaz que los que ha tomado. Eso la ayuda muchísimo. Chiara está muy agradecida a Daniela por este gesto de compasión sin aparente importancia.

Cuando llegan a casa, es difícil comunicarse. Chiara sufre mucho y no puede hablar. El domingo siguiente a la operación, ella y Enrico van a Misa a la parroquia de Santa Francesca Romana. Va del brazo de su marido, que habla en su lugar, interpretando sus gestos e intenciones. Chiara sonríe, aunque con la boca cerrada.

Por primera vez tiene la moral por los suelos. Pero saca fuerza de flaqueza y sigue adelante. Todo esto tiene sentido «porque lo hago por Francesco», escribe en su diario, que, siendo tan pequeño e indefenso, ha «tenido que afrontar grandes miedos y emociones».

Llega el resultado definitivo del examen histológico: «Carcinoma escamoso escasamente diferenciado (G3), infiltrado en el cuerpo lingual, con frente de invasión cohesiva. Se encuentra infiltración perineural y angioinvasión, en fase pT1, espesor máximo de la lesión ocho milímetros».

Es el carnet de identidad de un monstruo, uno de los tumores más agresivos: es un carcinoma en la lengua, que sobre todo afecta a hombres, fumadores de más de sesenta años. Chiara tiene 27 años y nunca ha fumado. No hay ninguna relación lógica. Primero Maria, después Davide y ahora ella misma. «Dios humilla a los sabios», recuerda a menudo Enrico en sus testimonios.

Chiara llamará a su tumor «el dragón», como había hecho don

Tonino Bello durante su enfermedad. La batalla final de Chiara será la batalla contra el dragón, librada cuando, como en un cuento, en su vida y la de Enrico llega el pequeño Francesco como recompensa después de una larga fatiga.

Después de algún tiempo le vuelve la voz y Chiara se encuentra mejor. El pequeño Francesco sigue creciendo.

Un noche estábamos en su casa cenando y Cristiana aprovechó un momento en que estaban solas para poder hablar con ella después de tanto tiempo. Chiara le habló sobre la operación y cuánto le preocupaba la vida que llevaba dentro. Tenía miedo de que la anestesia o cualquier otra cosa pudiera hacerle daño. Le contaba que Daniela apretaba en sus manos el rosario que le había regalado. Repetía: «Pero me molestaba que tuviera que verme en carne viva… no debía de ser muy agradable». También en aquella circunstancia se preocupaba por los otros. Después le contó que en un momento dado no sintió moverse al niño… también mientras la operaban pensaba en Francesco.

Acabaron hablando de nuestras bodas, de los preparativos, de los vestidos de novia. Chiara dijo que el día de la boda encontró la verdadera felicidad. Se había entregado totalmente y lo que importaba era que juntos abrazaran día a día lo que Dios les proponía.

¿Cómo era vivir la enfermedad? «La enfermedad te postra, te hunde físicamente. Pero el discernimiento durante el noviazgo, el miedo de perder a Enrico… esa fue una verdadera angustia que no he vuelto a vivir. No volvería atrás. Prefiero la enfermedad». Ser finalmente una sola cosa con Enrico hacía todo soportable. Nada que ver con la angustia que experimentó antes de casarse.

Ahora era feliz de hacer todo lo que podía por su hijo. Quería que fuera su prioridad, hacer todo lo que una madre debe hacer en sus nueve meses de gestación para darle la posibilidad de nacer. Eso era lo que le interesaba.

En este momento inician, paralelamente a los controles mensuales postoperatorios, una serie de visitas médicas, consultas con los especialistas y encuentros con los oncólogos para ver qué es lo mejor que se puede hacer. La operación llevada a cabo era solo la primera fase de las intervenciones. También se tienen que vaciar los ganglios linfáticos del cuello, que pueden contener células tumorales.

Los dos, sonriendo, afrontan con serenidad un día tras otro. De

pronto, después de pocas horas del diagnóstico definitivo del cirujano que la ha operado, Chiara invita a Daniela a comer. «¡Hoy comemos pescado!», le dice ella, que solo puede comer papilla.

Al poco tiempo Daniela consigue una cita en el Istituto Tumori de Milán. Enrico y Chiara salen el 28 de marzo acompañados por Angelo, un amigo geriatra. Lo conocieron a él y a su familia después del funeral de Davide. Chiara resalta lo providenciales que han sido los amigos que Dios les ha dado en el desarrollo de esta historia. La amistad con Angelo y su mujer Elisa, que hará de niñera del pequeño Francesco cuando esta no pueda amamantarlo, es una de estas.

En Milán, los especialistas dan su opinión. Conocen la historia de Chiara, saben que se ha negado a abortar dos veces. La interrupción del embarazo, normalmente considerada en casos como este, se descarta inmediatamente.

Por lo tanto, se podrá llevar a cabo la segunda fase de la intervención solo después del nacimiento de Francesco. Pero esperar a la fecha natural comprometería mucho la eficacia de la recuperación. Según los médicos sería preferible inducir el parto, anticiparlo algunas semanas. El tiempo necesario para que el niño alcance la madurez pulmonar.

Esta propuesta es la óptima para la madre pero la más agresiva para el niño. Chiara debería hacerse la revisión de la herida de la lengua y el vaciamiento de los ganglios linfáticos en los tiempos establecidos, es decir, antes de que transcurran cuarenta y cinco días desde la primera intervención, en la semana treinta y dos de gestación. Después de inducir el parto, en caso de que hubiera células tumorales, a la madre se le podría dar quimioterapia y radioterapia y el neonato tendría que vivir sus primeras semanas en la incubadora. La cirugía oncológica concluiría su trayectoria, pero la supervivencia del niño estaría en riesgo. Chiara excluye esta posibilidad.

Entonces los médicos aconsejan esperar hasta sesenta días después de la intervención, quince más de lo establecido, pero en ningún caso más tiempo, y hacer que Francesco nazca a las treinta y cuatro semanas. También en este caso el niño iría a la incubadora. Los médicos proponen que nazca lo antes posible. Enrico tiene tanta ansiedad: quiere que su hijo tenga una madre y quiere tener a su hijo. Chiara quiere curarse (de hecho ya se ha sometido a la primera operación solo con anestesia local) pero no a costa de él; quiere posponer la segunda parte del tratamiento para no poner en riesgo al niño. Después del nacimiento de Francesco aceptará cualquier tipo de

tratamiento, aunque sea de los más invasivos.

«Para la mayor parte de los médicos», escribe Chiara, «Francesco era solo un feto de siete meses. Y la que debía salvarse era yo. Pero yo no tenía ninguna intención de poner en riesgo la vida de Francesco por mucho que las estadísticas nada ciertas me quisieran demostrar que debía hacer nacer a mi hijo prematuro para poderme operar».

La difícil decisión, continúa, «se trataba de atacar el tumor lo antes posible sin poner en riesgo la vida de Francesco». A Chiara no le basta que se reduzcan los peligros para el pequeño, no quiere que los haya en absoluto. Quiere estar segura de que recibe todo lo que ella, como madre, puede darle en ese momento. Francesco debe nacer sano y en el momento oportuno, de otro modo ella no estará de acuerdo.

Por desgracia, algunos médicos parecen no entender la gravedad de su preocupación ni compartir sus razones. A Chiara le irrita que solo tratan de salvarla a ella, sin tener en cuenta que hay otra vida en juego. Chiara no cree que esa criatura la esté privando de algo que le pertenezca, que venga a matarla, que sea un enemigo. Más bien piensa que tiene algo que ya le pertenece a Francesco y quiere estar segura de que, en los últimos meses dentro de ella, tan valiosos, se lo pueda dar todo. «Todavía un día más, todavía 38 gramos más antes del parto», repetía a los médicos para asegurarse la completa formación del niño.

Chiara quiere esperar. Esperar a que Francesco pueda vivir sin la incubadora. Se trata solo de 5 o 6 días más del tiempo máximo, para que se cumplan las treinta y cuatro semanas, el 15 de mayo. Si el niño debe asumir algún riesgo, solo deben ser los riesgos naturales que conlleva el parto.

Chiara sabe que Francesco crece dentro de ella, y junto a él crece el dragón. Pero como madre quiere asumir los posibles riesgos, descargándolo a él. Esperar lo más posible para, conforme avanzan las semanas, los riesgos para él se reduzcan. Solo es amor. Esto es lo que quiere hacer Chiara: llegar hasta donde pueda. Para ella –a pesar de la disponibilidad de los médicos– la visita es una decepción: su único pensamiento es el de dar a Francesco todo lo que necesita.

Lo más bonito de aquel día, nos dirá Chiara, será ver la catedral de Milán. Está enfadada porque no consiguen no llamarlo feto, a pesar de que les ha repetido que se llama Francesco. De lo único que está segura es de que debe dejarlo crecer para que se haga lo más fuerte posible.

«No estoy tranquila. He experimentado una horrible sensación. No entendía quién estaba de mi parte y quién estaba tratando de convencerme. Me ha pasado incluso con Enrico.

Me siento como una leona que quiere defender a su cachorro. Siento una agresividad que nunca antes había experimentado. Como si estuviese dispuesta a todo por defenderlo. Cuando llegamos a casa pregunté a Enrico: "¿Tú de parte de quién estás? Porque yo no voy a cambiar mi decisión"».

Nunca habíamos oído a Chiara hablar así. Esa belleza y fuerza pavorosa, como se dice en la Biblia, era terrible. Después Chiara comprende que su marido solo quiere cuidarla. También él está dispuesto a jugarse todo. Así explica Enrico su dificultad: «una cosa es que te roben los muebles, otra que te desmonten la casa». Por primera vez no era un hijo, sino uno de los dos el que podía morir.

Desde ese momento, Chiara, ayudada por los acontecimientos y las personas que tiene al lado, sigue otra estrategia: empieza a escuchar los consejos de los médicos que valoran las necesidades de Francesco. Parece –como Cristo– sufrir los acontecimientos que preceden a su pasión y en los que se ven envueltos el Sanedrín, Herodes y Pilato; pero en realidad los conduce. Chiara empieza a hacerse controles clínicos mensuales, en los ganglios linfáticos del cuello y en la lesión de la lengua. Como a finales de marzo las ecografías no parecen revelar nuevos daños, después de algunas negociaciones, se llega a un acuerdo con los especialistas: esperar un poco más de lo previsto para permitir a Francesco llegar a la trigésimo quinta o sexta semana.

«Esta decisión me angustiaba, de ningún modo quería dejar al niño en la incubadora sin poder ir a buscarlo retenida en otro sitio para ser operada. Pero Daniela me aseguraba que haría todo lo posible para llevármelo a la habitación y que muchos niños en la trigésimo quinta semana no necesitaban incubadora». Al final, Chiara acepta.

Continúan las visitas y las oraciones. Da gracias a Dios por esas dos últimas semanas que concede a Francesco para poder formarse. Reza para que en ese tiempo, en que cada día es para ella y Francesco una victoria, se haga la voluntad del Padre. Reza para que se pueda conseguir algún otro día y alejar la operación por el bien de Francesco. El padre Vito, contando estos episodios, dice que «Chiara no ha muerto por Francesco: ha dado la vida por Francesco».

Esos días los dos vuelven a Asís. Quieren agradecer a Dios cómo

los está ayudando. Mientras, a su alrededor, se desencadena la enésima batalla por entender que la fe en Dios es el único consuelo. «Maria Grazia Letizia era una hija de Dios», explica Enrico. «Para nosotros estaba claro. Eran los que estaban a nuestro alrededor quienes no lo entendían. Con Davide y Chiara, Dios ha usado una pedagogía realmente extraordinaria».

Porque Dios ha elegido para sus hijos y su mujer enfermedades que no tienen nada que ver la una con la otra, raras e independientes. Primero, la anencefalia de Maria, que llevó a pensar que el siguiente hijo tendría el mismo problema; después, la malformación de Davide, totalmente distinta.

Al final, el tumor de Chiara, muy raro en una mujer joven. «Dios nos estaba dando una señal», continúa Enrico, cuya interpretación, con la salud de Francesco, incomoda la fe de muchos que se llaman creyentes: «"Mantengo mi promesa", nos ha dicho Dios. "Lo que habéis entendido de que en Maria y Davide estaba yo, es verdad. Porque Francesco, tu hijo, está sano. No hay una relación. Soy yo quien ha creado a Maria, a Davide y a Francesco como son. Y también he creado el tumor de Chiara. Sí, lo he hecho yo". A veces nos enfadamos con Dios simplemente porque sabemos que Él está detrás de todo esto. Pero entender que detrás de todo está Dios es maravilloso».

Si se quisiera buscar una anomalía en la serie, habría que señalar a Francesco, el hijo sano. Como en la multiplicación de los panes, también este es un hecho que permite el acceso a una comprensión nueva y más profunda de Dios (cfr. *Jn* 6, 1-15). Revela que Dios es realmente el Señor de la Vida, una fuente inagotable de plenitud que brota de lo alto.

La relación de los Petrillo con Dios nunca ha sido tan auténtica. Enrico y Chiara demuestran estar totalmente en sintonía con Él. Dios les está pidiendo que sean sus discípulos. Chiara acoge la invitación, pero todavía le falta dar algunos pasos.

Mientras, los Petrillo continúan fiándose de Él. Saben que quiere su bien y, aunque no lo entienden, permanecen serenos. En casa de los Petrillo hay una pequeña tradición: recogerse en oración antes de cada parto. Esta vez escogen el monasterio de clarisas de San Girolamo, en Gubbio. Las hermanas están muy conmovidas. Cuando los oyen cantar, interrumpen lo que están haciendo para escucharlos.

Chiara escribe: «Yo continuaba pidiéndole a Dios poder

desempeñar mi papel de madre del mejor modo posible, sabía que lo que podía hacer por mi hijo era protegerlo mientras estuviera en mi vientre y amamantarlo nada más naciera para darle amor y anticuerpos. Estas eran las cosas en que nadie me podía sustituir y que yo debía dar a mi hijo».

En cada uno de sus pequeños pasos, Chiara acoge y custodia la Palabra de Dios: sabe que la fuerza que necesita no puede salir solo de ella y permanece abierta a una Palabra que puede transformar su vida y la de Enrico. A menudo le basta con que Dios le sugiera un solo versículo.

Cuando descubrieron que sus hijos estaban preparados para el Cielo, esta Palabra fue la que permitió a los esposos ver la vida en la muerte. Se fían completamente. Solo necesitan una palabra, como la del arcángel Gabriel a María.

Chiara escribe en sus apuntes lo que Dios les dice durante la gestación de Francesco. Esta vez los dos episodios son dos, pero tienen una gran similitud. El primero es el de la fiesta hebrea de las tiendas: al pueblo reunido en la tierra prometida, Dios le pide recordar el origen, tener muy metido en la mente y en el corazón que todo les ha sido dado y que su patria es el Cielo. Chiara escribe: «El Señor no quiere que echemos raíces».

El otro episodio es el de los discípulos de Emaús, que después de la resurrección reconocen a Jesús al partir el pan. «Al principio», escribe Chiara, «no lo habíamos reconocido en el tumor».

La fecha del parto se cambia del 15 al 23 de mayo, gracias a un providencial congreso que requiere la presencia del cirujano que se iba a ocupar de la operación. Para la alegría de Chiara, todo se pospone una semana. Su oración ha sido escuchada. Ha esperado todo lo que ha podido para defender a Francesco. «Y quizá, si hoy tengo a Francesco», reflexiona Enrico, «es porque esa fue su elección, porque nadie me podría asegurar, si hubiésemos elegido de otra manera, que nuestro hijo viviría».

Esos días Chiara solo habla del niño: lo abraza acariciándose el vientre. Una tarde que estábamos juntos, Chiara cogió aparte a Cristiana y le dijo que querría hacer memoria de su historia escribiendo y dibujando un cuento para Francesco. Quería que sus dos hermanos no fueran olvidados después de su llegada. «Tiene estos dos grandes regalos al lado y quiero que los conozca bien. ¿Y quién mejor que vosotros para contárselo?».

Tampoco esta vez quería ser ella la que decidiera el día del nacimiento. Bromeábamos sobre el hecho de que no llegaran a comprar nada para él, no nos hacíamos a la idea de que esta vez se quedaría con ellos. Enrico decía: «Espera, Chiara, ¿nos gastamos estos diez euros?». Siempre nos hacían reír. Eran tan felices que no nos lo podíamos creer.

Les regalaron muchos vestidos para Francesco y, los días anteriores al parto, Chiara estaba muy emocionada; doblarlos uno a uno era un pasatiempo que le daba la impresión de prepararse mejor para el acontecimiento. Mientras, Enrico hizo grandes obras en la casa para acoger al pequeño.

El 30 de mayo a las 6.30 de la mañana, Chiara y Enrico están esperando a Daniela en la puerta de su casa. Han venido a recogerla para ir juntos al Fatebenefratelli. Es el día del parto. Cuando llegan a la Isla Tiberina, los dos jóvenes esposos van a Misa en la iglesia del hospital. Daniela les dice: «Yo pienso en las cosas de aquí, vosotros, en las de allá. Vemos cuál es la sala del parto y después haced lo que tengáis que hacer».

Después de una hora Daniela vuelve a llamarles. Cuando están arriba, Enrico y Chiara rezan laudes y Daniela se une a ellos. Qué extraño, piensa mirando alrededor. Es el sitio donde va todos los días a trabajar y ahora está ahí rezando. Pero, con ellos, muchas cosas que no lo parecían se volvían naturales.

Francesco nace en la semana trigésimo séptima, apenas un par de semanas antes del final de la gestación. Es un parto sin complicaciones. El niño es guapísimo. Enrico y Chiara están felices. Cuando no lo tienen en brazos, lo contemplan embobados durmiendo en la cuna. Chiara se despierta y ve allí a Francesco, a su lado, y casi no se lo cree.

El parto fue lento y dulce. En la sala había un ambiente tranquilo. Estábamos Enrico, Daniela, la obstetricia y yo (…). Después de algún empujón vino al mundo un pequeño morenito y chillón que se agarró a mí y empezó a chupar. Fue un gran regalo al que tuve que renunciar con Maria y Davide. Era muy feliz de darle lo que todas las madres de manera natural les dan a sus propios hijos para hacerlos fuertes.

Sabía que mi papel en aquel momento era ese, no debía hacer nada más ni nada menos. Solo tranquilizarlo y prepararlo para el encuentro con el mundo exterior (…). Tenía miedo de no tener fuerza después de la intervención para tener en brazos a Francesco y que se

sintiera abandonado. El niño era ahora muy sensible y necesitaba contacto físico. Aquella tarde Enrico y yo lloramos juntos en silencio. No nos habríamos querido separar nunca (...). No sabíamos qué nos íbamos a encontrar.

Chiara debe someterse a otra operación para limpiar los ganglios linfáticos: la intervención comenzada en marzo se debe terminar lo antes posible. Quizá pueda amamantar a Francesco pronto después de la operación.

De todas maneras ya ha pedido a Elisa, la mujer de Angelo, y a Lucia, que han dado a luz hace poco, que la sustituyan en esa tarea. Les ha dicho que le gustaría que lo hiciesen si fuese necesario. Por su parte, decide no tomar antes de tiempo la píldora para eliminar la leche.

A Elisa y Lucia les conmueve este encargo. El desprendimiento de Chiara es conmovedor: ¿Cuántas madres harían lo mismo? Significa elegir no poseer en una situación más que legítima. Acepta por el bien de su propio hijo que sea otra la que alimente a su hijo «para asegurar la espontaneidad y la naturalidad que ella sabía que no iba a poder garantizar por sí misma en los días sucesivos al nacimiento», recuerda Lucia. Chiara llega hasta donde puede por el bien de Francesco.

Para las dos mujeres es una situación un poco extraña. Amamantar a un hijo que no es tuyo da un poco de vergüenza. Pero, cuando Chiara al día siguiente del parto pide que la ayuden para que Francesco, hambriento, duerma tranquilo, la vergüenza desparece pronto. La felicidad en su rostro cuando lo ve comer satisfecho, la sencillez con que las llama las «nodrizas» de Francesco, eliminan enseguida cualquier ansiedad.

Chiara ha aceptado los límites de su cuerpo, que la han puesto frente a una encrucijada; si hubiese antepuesto la elección de curarse a la de que su hijo naciera en el tiempo oportuno, su cuerpo le habría impedido darse en vez de ayudarla a hacerlo. Chiara ha entendido que el único modo de amar es ser ella misma. Acepta su cuerpo también ahora, con la incapacidad de alimentar a Francesco.

Dos tardes antes de la operación, la tarde del 1 de junio, Chiara está en silencio. La preocupa –la asusta– el discurso del cirujano sobre los riesgos y los posibles resultados y evolución de la operación. La atmósfera está tensa. Cuando Lucia llega al hospital la encuentra sentada en la cama, con la luz apagada, con Francesco en brazos. El médico ha hablado de espasmos en la espalda y de una posible

traqueotomía. Mientras Enrico está fuera, Chiara solo abre la boca para pedirle a Lucia que le dé de mamar a Francesco. Le da al pequeño y se acuesta, pero no consigue dormir ni descansar. Solo el hambre del pequeño rompe el silencio.

La operación de Chiara es el 3 de junio. Han pasado setenta y nueve días desde la primera intervención. Hace falta, además de limpiar los ganglios linfáticos, revisar la herida de la lengua. Por la mañana temprano, acompañada por Enrico, sale del departamento de ginecología: lleva en brazos a Francesco. Poco después la obstetricia coge delicadamente al niño para llevarlo a pediatría. Chiara llora. Le duele separarse de su niño. Ella y Enrico se miran. También Daniela asiste a este momento conmovedor; después va al quirófano. Preparan a Chiara para la operación.

Su amiga Elisa, que ha asistido a la escena, la acompaña a la planta de cirugía. Chiara, debajo de la sábana, sonríe de vez en cuando. Elisa se queda con ella hasta el momento de entrar en el quirófano, sustituyendo a su hermana. Después de despedir a Chiara, no deja de rezar y esperar.

Salen a la orilla del Tíber, donde Enrico y Elisa leen el evangelio del día. Parece hablar de Chiara:

En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y en cambio el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.

La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque ha llegado su hora, pero, una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del sufrimiento por la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo. Así pues, también ahora vosotros os entristecéis, pero os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada (*Jn* 16, 20-23).

Es un evangelio que consuela, que infunde fuerza. A Enrico se le viene a la cabeza la lectura de las laudes de esa semana: «Cambiaré su duelo en gozo, los consolaré y alegraré su pena» (*Jr* 31, 13). Instintivamente piensa que su mujer se curará, que después de la operación todo acabará lo mejor que se pueda humanamente imaginar. Pero la palabra «duelo» sugiere en su corazón una verdad más profunda que ahora no puede reconocer, pero que permanece dentro de él.

Un poco más tarde llegan los padres de Chiara. Todos juntos

vuelven a entrar en el hospital y van a rezar a la capilla. La espera es difícil. Los mensajes de Daniela –que también esta vez está al lado de su amiga en el quirófano, con el rosario en la mano– les ayudan a afrontar la situación. Sus palabras infunden esperanza. Primero les da la buena noticia de que la lengua de Chiara está limpia.

Más tarde se unen otras personas, entre ellas, Elisa, la hermana de Chiara. Continúan rezando, esta vez fuera del hospital, en un banco. Pasan algunas horas antes de que Daniela anuncie los resultados provisionales de la biopsia: los ganglios linfáticos no presentan restos de la enfermedad. Son exámenes realizados solo sobre una parte de los ganglios; pero ya es mucho. Todos se conmueven (si se confirmaran los resultados, la perspectiva realmente cambiaría, Chiara podría incluso evitar la quimio y la radio). Cuando acaba la operación, Daniela se queda al lado de su amiga y espera a que se despierte.

El grupo se desplaza y llega rápidamente a cirugía. Todos quieren ver a Chiara y escuchar qué tiene que decir el cirujano que la ha operado. La noticia de los ganglios linfáticos alegra a todos, pero, cuando sale Chiara, ninguno de los presentes está preparado para verla así.

«Semiconsciente y con una venda que le cubría el cuello, Chiara tenía el rostro hinchado por el nuevo corte de la lengua y no había una sola parte de su cuerpo que no le doliera», cuenta su amiga Elisa. Está tumbada, el corte del cuello le impide moverse y hablar. Tiene el pecho hinchado, endurecido por la leche que ha aparecido ese día y que Francesco no ha tomado en las últimas horas. Además, en el parto, del que apenas han transcurrido dos días, ha perdido sangre.

A todos: Enrico, sus padres, su hermana y sus amigos, les parece tener delante el cuerpo maltratado de Jesús la tarde del Viernes Santo.

Ninguno era consciente de lo que significaría la operación, de lo difícil y delicada que sería la convalecencia. Ni siquiera Chiara, que cuando se despierta se da cuenta de que le han tocado la lengua más de lo que había pensado. «Controlar los márgenes se traduce en una eliminación que impide a la lengua llegar a tocar los dientes de delante. Chiara está muy mal».

El cirujano está contento de cómo ha ido la operación, pero dice que hace falta esperar a los exámenes histológicos definitivos. De esto dependerá la trayectoria. Sin embargo, que el examen provisional sea negativo da esperanzas.

En ese mediodía tan doloroso, Chiara no consigue sonreír ni tiene ganas de hablar. No pregunta por nadie.

La mañana siguiente fuimos al hospital. Chiara estaba melancólica. Lloraba. Estaba sobre un lado, vendada, hinchada y conectada al gotero. A través de Enrico nos decía que estaba muy enfadada y desanimada. No sabía que con la operación le tocarían otra vez la lengua. Todo le hacía daño y daba pena verla así. Cristiana le acariciaba la pierna y ella lloraba. No soportaba rostros alegres alrededor. Nos mirábamos en silencio.

Enrico estaba afectado por lo de su mujer, pero muy contento por Francesco. Nos llevó a verlo. Era guapísimo. Un día después Chiara estaba un poco mejor. Le llevamos batido. El sabor lo sugería Enrico. Solo él la conocía tan bien como para interpretar sus gemidos y muecas. Para nosotros era una imagen bellísima de un matrimonio unido en esta prueba. Su amor había aumentado, estaba a otro nivel.

Los días que siguieron a la operación fueron muy duros. Ayudar a Chiara era difícil. Ninguno estaba preparado para hacerlo bien. El que mejor lo consigue es Francesco. Ese domingo, Chiara, en la silla de ruedas, consigue ir a buscarlo a la sección de pediatría: no ha tomado una gran dosis de morfina y le dan permiso para amamantarlo. Chiara está muy feliz. Esto hace más soportable el dolor.

El padre Vito dijo que un cuerpo como el de Chiara, como el de Cristo, herido, perforado, sangrante, nos hace ver que no se vive porque se respira, sino porque se ama. La vida solo tiene sentido si te gastas por el otro. La fecundidad de Chiara es maravillosa, para ella, morir ha sido vivir de verdad.

El 7 de junio Chiara deja el hospital junto a Enrico y Francesco. Está contenta y emocionada. Dice que ahora ella y su marido podrán ejercer como padres a tiempo completo. Es la primera vez que dejan el hospital con un hijo en brazos.

En esta época viven algo que se parece mucho a la cotidianidad de una familia normal. Chiara tiene por primera vez en casa un niño pequeño. Poder discutir como todos los padres de los pequeños trastornos que causa el niño es estupendo: ella y Enrico viven las primeras noches de insomnio, los primeros paseos de tres. Durante uno de ellos llevan a Francesco a encontrarse con sus hermanos en el cementerio.

Después llegan los resultados definitivos del examen histológico.

Es el 15 de junio. Dos de los seis ganglios linfáticos analizados están afectados por la enfermedad y no solo muestran signos de malignidad, sino de fuerte agresividad del tumor.

Se lo dicen a Chiara Daniela y Massimiliano. Es un jueves por la tarde. Todos juntos toman té y después sus amigos piden a Enrico que toque la guitarra: elige una canción dedicada a la Virgen María. Después les dan la noticia. Chiara debe empezar quimio y radio, por lo que, obviamente, deberá dejar de amamantar al niño. Los Petrillo se quedan sonrientes, serenos.

Es un verano muy duro, pero lo afrontan confiando en Dios y en sus planes.

Chiara amamanta a Francesco casi hasta el final del mes, y el 29 de junio va a Foligno a hacerse un PET-TAC, un examen que completa el cuadro clínico. Aquel día, por la radioactividad, no puede ver al niño. Parece que no hay metástasis, pero antes de empezar los tratamientos deberá ponerse una sonda gástrica para alimentarse, porque la inflamación de la lengua le impedirá tragar y comer con normalidad. En realidad, a partir de cierto momento, las úlceras de la boca también le impedirán beber; de hecho, el agua pasará del esófago a la tráquea y llegará a los pulmones provocándole una grave neumonía.

El día de la cita para la sonda, el 13 de julio, Chiara no puede acudir. Dos días antes, Francesco coge una fiebre muy alta. Pero no es nada grave, pronto se recupera.

Esos días estábamos en Roma. Los Petrillo nos habían contado lo de la fiebre y la recuperación. Chiara nos invitó a ir a su casa. Estaba un poco «de bajón». No le gustaba ese desapego y que el niño tuviera que vivir esta experiencia: estaba triste y no veía la hora de poder amamantarlo. Todavía llevaba la venda. Fuimos al hospital. Chiara dio de comer a Francesco con los ojos llorosos. Estaba disgustada porque el niño lloraba y la enfermera se lo había quitado de los brazos para mandarla fuera. Durante la cena nos decía que tenía tantas ganas de normalidad, de dar una vuelta por el mercado… las cosas de siempre. Pero para ellos, evidentemente, eso no era posible.

Chiara se pone la sonda en la segunda mitad de julio. Tiene que inyectarse la comida directamente con una jeringa gruesa. Para ella es algo casi automático: en la mesa se bendice la comida y después empiezan a comer Enrico y sus frecuentes invitados, ella inyectándoselo. Después de un tiempo renuncia a este sistema y elige

aplicarse la bolsa con la nutrición por la noche. Todos los días renueva la aceptación de sus circunstancias delante de Dios.

Los primeros días tiene muchas náuseas: bromea diciendo que ahora sabe lo que experimentan las otras mujeres cuando están embarazadas, porque ella nunca ha vomitado durante los tres embarazos.

Chiara y Enrico deciden mudarse temporalmente con los padres de ella a su casa del campo. Dicen que están mucho mejor, porque tienen más intimidad, los espacios son más amplios y favorecen la convivencia. Los abuelos ayudan mucho con Francesco. Allí habían pasado Chiara y Enrico las primeras semanas de su matrimonio.

El tratamiento dura todo el verano, hasta mediados de septiembre. En esta época Chiara adelgaza mucho y los oncólogos se lo reprochan. Tiene mucha sequedad, en especial en la nariz, lo que la obliga a humedecer todo el ambiente, no solo el lugar donde duerme. Su voz se va debilitando hasta que se le hace muy difícil hablar. Como después de la primera operación, se queda afónica por un tiempo. Cuando pueda hablar de nuevo, preferirá quedarse callada. Es como si esa experiencia vivida con tanta serenidad, recuerda Roberto, le hubiese ayudado a superar la aparente necesidad de intervenir en una discusión.

Son curas dolorosas. Una dura prueba con muchos efectos secundarios (entre ellos, el vómito y la piel que sangra) que la agotan. Y sin embargo, durante este tratamiento, Chiara tiene su mp3 con canciones escritas y tocadas por su marido. Hasta la vigilia del nacimiento de Francesco ella misma las acompaña en directo con su violín. Tocaba en un grupo con algunos amigos. Se llamaba «House on the Rock». Bella y sonriente, escucha su historia y la de Enrico con música. En el hospital todos la conocen, personal y pacientes. La consuela mucho, además de su marido, su hijo, al que, a pesar del cansancio, coge en brazos y acaricia siempre que puede.

Aunque en septiembre acaben las pesadas terapias, Chiara no reanuda enseguida la vida cotidiana. Antes debe recuperar parte de sus defensas, todavía muy bajas. Para ella continúa el aislamiento. Todavía no ha recuperado la voz. A pesar de esto, es muy cariñosa con todos: la sorprende la cantidad de amigos y personas que en los últimos tiempos ha encontrado.

A partir de octubre las cosas empiezan a ir mejor y Chiara puede hacer una vida casi normal. Poco a poco recupera la voz; y vuelve a

comer y a beber. En enero había empezado a colaborar en Acli, pero había tenido que dejarlo por el embarazo. Ahora que está mejor quiere volver a hacerlo, acabar lo que ha comenzado. Tiene miedo de dejar las cosas a mitad. Piensa qué debe hacer una madre y decide que lo mejor es que elija un trabajo que le permita estar el mayor tiempo posible con sus hijos.

Cuando después de las primeras revisiones dicen que todo está bien, Chiara comienza a trabajar, como su marido, media jornada. Los dos consiguen pasar mucho tiempo con Francesco. Es una buena época y están tranquilos, aunque las terapias han dejado a Chiara débil y magullada.

Cuando se libera de la sonda –de la que han intentado librarse por todos los medios–, no puede, sin embrago, comer como antes. La radioterapia del cuello le ha hecho perder casi completamente la salivación, lo que le hace beber mucho: para tragar un pequeño bocado necesitará un vaso y medio de agua. Por no hablar de las noches en que se despierta con la sensación de no poder respirar.

La Providencia quiso que desde septiembre fuéramos a Roma todas las semanas. Estábamos felices de vernos tan a menudo y Cristiana veía a Chiara casi todos los días. Fue una época estupenda, con una sencilla y profunda cotidianidad, con momentos duros, aligerados por una alegría que transformaba todo.

La confianza con Chiara iba en aumento. Consideraba un don que Francesco estuviera tan bien con Cristiana, a él que le costaba estar con otra persona que no fuese su padre o su madre.

Ella y Francesco estaban asistiendo a un curso de catequesis que dirigía don Fabio Rosini. Estaban entusiasmados y como aligerados. Chiara hablaba cómo aquel curso le había ayudado a centrar la situación. Las tardes transcurrían tranquilas y Francesco estaba sereno. Mientras Cristiana se lo llevaba a dar un paseo, Chiara aprovechaba para ducharse y dormir. Decía bromeando que era feliz de ver el primer amor de su hijo, que con Cristiana jugaba y reía embobado.

Francesco necesitaba normalidad. Chiara lo repetía a menudo. Ya había vivido demasiadas emociones, y lo que necesitaba era un poco de calma, aunque no estuviera con su madre. Una vez contó que le había dicho a Dios: «Los primeros nueve meses la madre es indispensable, los primeros meses es fundamental, los diez primeros años es importante. Espero estar hasta entonces, pero, mientras, ayúdame a hacerlo lo mejor que pueda hoy». Nos quedábamos sin

palabras por su franqueza, lucidez y entrega. Se olvidaba fácilmente de sí misma.

Poco antes de que acabe el tratamiento, los médicos controlan los efectos de la terapia. El primer TAC, el 8 de noviembre, pone en evidencia lesiones en los pulmones, que son muy difusas y precoces. Es un cuadro que sorprende, porque, desde el último PET, han pasado casi cuatro meses y medio durante los cuales Chiara ha sido bombardeada con las curas. Se piensa que sean estas las que han producido las lesiones, que sean consecuencia de la quimioterapia, una neumonía intersticial. Nadie sospecha que debajo de la inflamación se esconda el dragón, pavorosamente avanzado. Para despejar dudas, hace falta hacer pronto una nueva prueba. En enero.

El 16 de diciembre bautizan a Francesco. El padrino y la madrina son Daniela y su marido Massimiliano, que añaden al nombre del niño el de Juan Diego. La celebración tiene lugar en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, la parroquia cerca de la cual viven Francesco y Chiara, en la vía Aurelia. Ese día Francesco tiene un poco de fiebre, y, no pudiendo quedarse en la celebración con sus padres y amigos, se queda con los abuelos. Chiara está contentísima de que su hijo haya recibido esta gracia. También ellos, como Juan Diego, han descubierto que pueden fiarse de una Madre que siempre está dispuesta a apoyarlos con su presencia.

Durante la homilía, el padre Vito habla del evangelio que cuenta la matanza de los inocentes: como en la historia de la salvación, los inocentes habían colaborado con la misión de Jesús permitiéndole que naciera y creciera, así como Maria Grazia Letizia y Davide habían preparado el camino a su hermano más pequeño, llamado a cumplir una maravillosa misión.

Mientras tanto, Chiara ha preparado gradualmente a Francesco para el desapego. Renunciando a su posesión, a la idea de que le pertenezca, lo está amando de verdad. Sabe dejarlo ir. En efecto, el Señor tenía preparado para ella un don más grande.

Por eso deja que su marido lo tenga en brazos más que ella, trata de contenerse; así como también había dejado de amamantarlo para que Francesco aprendiese pronto a no echarla de menos.

El bautizo es muy bonito. Al final Chiara está muy cansada pero feliz y dice: «… hace falta ir a saludar a todas las personas, como en la boda… ¡no me lo esperaba!». Al final de enero de 2012 hay que hacer una nueva prueba. Esta vez se trata de un PET- TAC. El resultado

parece bueno, como si no hubiera metástasis en los pulmones. El tipo de lesión hace pensar otra vez en una infección.

En una consulta posterior, el neumólogo dice a Angelo que sería aconsejable hacer una broncoscopia. Sin embargo, Chiara no puede afrontar un examen de este tipo. Está muy cansada. Se decide hacerle solo una prueba para la neumonía, para elegir los antibióticos basándose en los resultados. Se hacen todo tipo de revisiones: se descarta la posibilidad de hongos y de tuberculosis a causa del descenso de las defensas inmunitarias que siguen al tratamiento. Después Chiara comienza con los antibióticos.

En los meses siguientes, a partir de la mitad de febrero, sigue adelgazando y empieza a tener dolores de espalda, mientras que empieza a sangrarle la boca. Pero no está muy preocupada por su espalda. Bromea diciendo que ya está vieja y que las cosas mejorarán con el tiempo.

La verdad es que los dolores son tan fuertes que a veces le impiden tener en brazos a Francesco o la obligan a guardar cama. Cristiana y otras amigas la ayudan con el niño. Una vez que no podía moverse de la cama se desahogó con Cristiana en el teléfono: «Quiero una vida normal. Es mi ídolo. Vito me ha dicho que debo inmolarlo, pero me cuesta. Quizá nos hemos atascado aquí, llevamos meses atragantados porque queremos esa bendita normalidad. Querría ser autosuficiente como todas, y en cambio no consigo tener a mi hijo en brazos. ¿Por qué me cuesta este camino? Vito me ha dicho que ahora estoy en la fase en que Job se rasca con un trozo de teja. No me estoy enfadando de verdad con Dios, pero le estoy diciendo: ¿qué más tengo que hacer?».

Una mañana que Cristiana estaba en casa de los Petrillo, vio que Enrico salía del baño preocupado. Se había dado cuenta de que su mujer tosía sangre, y había descubierto que ocurría desde hacía poco tiempo. La noticia de que se trataba de una neumonía era consoladora, pero no eliminaba las dificultades y dudas. Chiara estaba cada vez más delgada. Su tos podía estar provocada por un reflujo o por el hecho de que no consiguiera tragar con normalidad.

Además Francesco tenía crisis nocturnas. A veces Cristiana acompañaba a Chiara al pediatra. Chiara la llamaba su «niñera polaca».

En una ocasión sucedió algo gracioso… Chiara entró sola, después entró Cristiana llevando en brazos a Francesco, que tenía en la mano

un rosario (el de Cristiana, con el que se divertía jugando). El pediatra, conociendo la situación de Chiara y viendo a un niño tan pequeño pasar las cuentas de un rosario, se quedó pálido. Aclarada la confusión, se rió mucho.

El 21 de marzo había que hacerse otra revisión, un nuevo TAC en los pulmones. Sin embargo, Chiara está mejor y siente la necesidad de tomarse unos días de vacaciones con su marido y con Francesco. Son días maravillosos. En el teléfono se la escucha muy feliz y animada: dice que no estaba así de bien desde hacía un montón de tiempo. Son sus primeras vacaciones: van a Loreto y a Porto Recanati, después a la vuelta, paran en Asís, donde se encuentran con algunos de sus amigos que han ido desde Roma y donde también estábamos nosotros.

Era 25 de marzo, día de la Anunciación. Chiara y Enrico confían su pequeño a María en Porziuncola. Ese día el evangelio invitaba a estar dispuesto a perder la propia vida para encontrar la vida eterna.

Comimos todos juntos, era una reunión despreocupada y alegre. Cuando acabamos, Chiara estaba cansada; le costaba caminar. El dolor de espalda parecía haber aumentado y no respiraba bien. La tos se hacía cada vez más frecuente.

A la mañana siguiente la encontramos en Porziuncola, sola, abrazada a Francesco. Dijo a Cristiana que debía hacer algo. A pesar de haber dormido tanto estaba muy cansada.

Cuando vuelve a casa, la situación no mejora, y al día siguiente la espera el resultado del TAC.

Durante la visita oncológica del 27 de marzo («una hora en la sala de espera, ambiente tranquilo. Enrico decía a menudo: la hacemos gracias a vosotros, amigos», cuenta Daniela) le dicen que ha empeorado la lesión de los pulmones. El hecho de que también haya algo a la altura del hígado contribuye a hacer el informe más desconsolador. Se trata de una lesión de algunos centímetros de diámetro.

Apenas una semana después del último TAC, el 28 de marzo, Chiara se somete a un TAC de todo el cuerpo. El oncólogo ha pedido un examen exhaustivo para comprobar qué son exactamente esas lesiones en el hígado. El resultado le deja sin palabras.

El TAC muestra lesiones hepáticas compatibles con metástasis y recaída en el cuello. Chiara había notado hacía poco algo en el pecho, y durante el TAC dijo al radiólogo que le dolía la sien. Sus sensaciones

se ven corroboradas por la prueba, que muestra un nódulo mamario sospechoso y un espesamiento del músculo recto lateral del ojo derecho. No son solo los pulmones, sino también el hígado, el ojo y el pecho. La hipótesis de la metástasis se ha convertido en una realidad. La agresividad del tumor que ha empeorado la situación en tan poco tiempo es sorprendente. Increíblemente, Chiara se muestra más disponible que los demás para aceptarlo.

Cuando ve la prueba de su mujer, Enrico rompe a llorar instintivamente. Se arrepentirá de no haberse podido contener –lo dirá después–. Al ver el resultado, le resultó evidente que Chiara no viviría por mucho tiempo.

Chiara es hospitalizada al día siguiente: el 29 de marzo. En el hospital Fatebenefratelli le suministran una dosis de antibióticos muy fuertes que esperan que le sean de utilidad. Falta una última prueba: la biopsia hepática, que confirma el cuadro clínico.

Chiara está muy irritada. Está harta de hospitales y la separación de Enrico es muy dura, sobre todo después de esos maravillosos días que han pasado juntos. Verla así es muy doloroso para Cristiana. Le cuesta mucho aceptar que la va a perder; esta fue la fase más dura para ella.

Después de algunos días, Chiara recupera la serenidad. Cristiana va al hospital y encuentra pronto la habitación de su amiga porque es de donde provienen las risas. Dentro están también Daniela y Lucia. Chiara estaba escribiendo sus memorias, como le había pedido el padre Vito. «Sé que son mis memorias y pongo el número de Daniela, así cuando lo publiquen todos podrán acudir a ella. ¡Le hago publicidad!», decía sonriendo. Esa habitación con ella dentro era una maravilla. Salíamos renovados.

A Chiara le cuesta mucho estar separada de Enrico. Cuenta lo bien que ejerce de padre con Francesco. Cuando puede, va con él a la terraza del hospital. Quiere estar a su lado, pero no encerrada en el hospital. Juntos dan a las palomas el pan de la comida que ella no puede comerse. También sonríe allí, en el hospital, donde lleva una camiseta azul con un pasaje del evangelio de san Juan que habla del Hijo de Dios.

De una habitación individual la pasan a una triple, done ella está en medio, al lado de una monja. Esto la hace feliz. Chiara cubre de atenciones a la hermana.

Mientras Enrico, que siempre ha tenido miedo de ser abandonado, vive angustiado. Está en casa solo con Francesco, y, también para él, esta semana en que Chiara está lejos es dura, la más terrible de su vida. Vivir este momento a la fuerza será una preparación. Una separación que hace todavía más fuerte su amor.

«Esta separación fue violenta», cuenta. «No poder consolarnos el uno al otro, ni siquiera con una mirada o un abrazo… quizá precisamente porque cada uno llevaba un poco al otro a Dios, no poder hacerlo porque estábamos tan lejos (nos hacía sufrir)».

El 31 de marzo, junto a otras familias, Enrico y Francesco van a rezar a la tumba de Juan Pablo II. Una peregrinación que ya antes habían hecho Enrico y Chiara algunos días antes.

El domingo 1 de abril Chiara quiere ir a Misa con su marido. La enfermera le recuerda que, en ese momento, su único compromiso es tomar los antibióticos. Cuando la buscan, descubren que se ha ido a casa. Se ha duchado y se ha ido a Misa con Enrico. La enfermera había querido decir que podía alejarse un poco de la sección en que estaba, ¡no irse del hospital! Por este malentendido Chiara se lleva una buena reprimenda.

De su habitación en la sección de oncología salen risas y alegría, como si estuviera en otro sitio diferente. Chiara nunca habla de sí, sino de los otros, en particular de Francesco y sus necesidades. Sufre, pero lo soporta.

La biopsia hepática se hace el 2 de abril.

Daniela ha visto ya muchas veces el cuerpo magullado de Chiara, con su belleza y serenidad intactas durante las pruebas. En la sala de espera está acostada en la camilla. Daniela está a su lado, de pie, en silencio.

Cuando bajan, las máquinas les obligan a separarse un poco, pero se siguen dando la mano, apretando el rosario. Chiara le pide perdón por la incomodidad y el malestar que le supone la postura.

Daniela ve lo delgada que está Chiara. La prueba se hace un poco más abajo del esternón: está tan flaca que la aguja entra poquísimo. El tubo que se usa para la prueba está fuera casi por entero. En veinticinco años que lleva allí trabajando, la enfermera nunca ha visto una chica que afronte todo esto con semejante sonrisa.

Por la tarde, Chiara manda un mensaje a Daniela dándole las

gracias por haberle cogido la mano: es un gesto que supone una gran diferencia.

Antes de entrar a hacer la prueba, Daniela, armándose de valor, le pregunta por qué quiere que rece, imaginando que le pedirá algo para sí, para afrontar el miedo de lo que iba a venir. Chiara le dice: «Reza por Gaia, que todavía no ha aceptado su enfermedad». Gaia es una chica que tiene cáncer desde hace años y Chiara reza por ella desde que conoce su historia. Daniela todavía tiene esta respuesta en la cabeza mientras ve a su amiga respirar con dificultad durante la biopsia. Con ese tubo en el pecho, parece Cristo en la cruz.

[6] A.A.VV., 2004, *Fonti Francescane*, Padua, Editrice Francescane, n. 421, p. 288.

[7] Semen Yves, 2011*, La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II,* Desdée De Brouwer.

Capítulo 5 21 de septiembre

Si este libro fuera una película, ahora sería el momento de un *flashback*. La imagen se alejaría de donde está Chiara haciéndose la prueba recorriendo el pasillo del hospital, saldría a la plaza y subiría cada vez más hasta enfocar los tejados, la ciudad de Roma, los Apeninos, el mar, Italia, las nubes. Después bajaría de pronto hasta el suelo, enfocando caminos y colinas.

Vemos una iglesia cada vez más cerca. Nos paramos delante de la fachada. Entramos. En la nave central está Chiara vestida de novia al lado de su padre. Recorren el corto espacio que hay desde la puerta hasta el altar, donde está Enrico esperando. Ya no nos encontramos en Roma en un día de abril, sino en Asís en una mañana de septiembre, en la catedral románica de San Pedro, llena de invitados. No encontramos en el año 2008…

Es la boda de Chiara y Enrico. Tiene lugar en Asís, un lugar verdaderamente importante para los dos. De aquí brota el agua que ha calmado la sed de su tierra árida. Aquí han escuchado por primera vez las palabras que les acompañarían en todas las circunstancias de su vida: el amor es lo contrario de la posesión. Una máxima que te lleva muy lejos si permanece en el corazón.

Canto de entrada

Amor mío

Aquí estás finalmente

a la puerta de mi casa.

Tanto tiempo he esperado

nuestro día.

Me he despertado temprano y serena por ti.

Hoy serás mío, amor mío.

Hoy serás mío, amor mío.

Ven rápido, te espero aquí,

todavía no me creo

que me darás tu mano,

no sabes cuánto te amo,

yo también sabía que tú eras mía.

Hoy serás mía, amor mío.

Hoy serás mía, amor mío.

Y el cielo se abrirá encima de nosotros,

nacerá el amor para nosotros

y un ángel cantará el amor

que Dios tiene para nosotros.

Ahora somos una sola cosa en Ti,

defiende el Sí que te decimos.

Te tendré por siempre en Su corazón,

me verás por siempre al lado de ella,

hasta que Tú lo quieras.

Hoy seré tuyo, amor mío.

Hoy seré tuya, amor mío.

Y el cielo se abrirá encima de nosotros,

nacerá el amor para nosotros

y un ángel cantará el amor

que Dios tiene para nosotros.

Repican las campanas,

Cantan los ángeles del cielo.

Primera lectura

***Is* 55, 6-9**

Buscad al Señor mientras se le pueda encontrar,

Invocadle mientras está cerca.

Que el impío deje su camino,

y el hombre inicuo, sus pensamientos;

que se convierta al Señor y se compadecerá de él,

a nuestro Dios, que es pródigo en perdonar.

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,

ni vuestros caminos, mis caminos –oráculo del Señor–.

Tan elevados como son los cielos sobre la tierra,

así son mis caminos sobre vuestros caminos,

y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos.

Salmo responsorial

Salmo 128

Canto de las subidas

Dichoso el hombre que teme al Señor

y anda por sus caminos.

Del trabajo de tus manos comerás;

serás dichoso y te irá bien.

Tu mujer será como viña fecunda

dentro de las paredes de tu casa.

Tus hijos como brotes de olivo,

en torno a tu mesa.

Pues así es bendecido

el hombre que teme al Señor.

Que el Señor te bendiga desde Sión.

Que veas el bienestar de Jerusalén

todos los días de tu vida.

Que veas los hijos de tus hijos.

¡Paz a Israel!

Segunda lectura

***Ap* 3, 7-13**

Al ángel de la iglesia de Filadelfia escríbele:

«Esto dice el Santo, el Veraz,

el que tiene la llave de David;

el que abre y nadie puede cerrar,

y cierra y nadie puede abrir:

"Conozco tus obras –mira que he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar–, porque aunque tienes poca fuerza guardaste mi palabra y no negaste mi nombre. Mira, te daré a algunos de la sinagoga de Satanás, que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; haré que ellos vengan a postrarse ante tus pies y conocerán que yo te he amado. Porque has guardado mi mandato de perseverar, yo también te guardaré a la hora de la tentación que va a venir sobre todo el mundo, para probar a los habitantes de la tierra. Voy enseguida. Conserva lo que tienes, para que nadie arrebate tu corona. Al que venza le haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá fuera nunca más, escribiré sobre él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén que desciende del cielo desde mi Dios, y mi nombre nuevo"».

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Evangelio

***Mc* 10, 17-31**

Cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?». Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que

tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios». Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «En verdad os digo que nadie que deje casa, hermanos o hermanas, madre o padre, hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, dejará de recibir, ya en esta vida, cien veces más en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y, en la edad futura, la vida eterna. Pues muchos primeros serán últimos, y muchos últimos, primeros».

La celebración fue bonita. Los esposos estaban deslumbrantes y con ganas de fiesta. Se notaba la gracia. Verlos allí tenía el sabor de la conquista del tesoro.

Chiara a menudo nos decía: «¡Os fuisteis todos enseguida!». Se quejaba con una sonrisa de que los invitados se marcharan del restaurante antes de lo que los novios esperaban. Ellos todavía querían seguir de fiesta.

Capítulo 6 La gracia de vivir la gracia

Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se gozará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. Jn 16, 20

El 4 de abril, Miércoles Santo, llega el resultado de la biopsia del hígado. Es la última prueba, la que da la sentencia definitiva. En la habitación de Chiara, además de Enrico está también Verónica, una amiga que acaba de llegar. Cuando la ve llegar, Chiara le sonríe y le dice: «¡Por fin ha llegado la Verónica! ¿Has traído el velo?». Verónica sabe que se encuentra en un momento delicado, pero no se imagina hasta qué punto. También ella, como la que limpia el rostro de Jesús en el camino del Calvario, después de este día, se llevará impreso un icono del amor. «Vero, estamos esperando los resultados», le dice Enrico.

Más tarde, la enfermera lleva la comida a Chiara y, con la excusa de hacerle firmar unos papeles, le pide a Enrico que la siga. Chiara y Verónica se quedan allí hablando. Después de un rato, cuando ven que Enrico no vuelve, Chiara dice: «Acompáñame, vamos a buscar a Enrico. Estaban hablando, me lo encontraré desmayado en alguna parte». Pero en el pasillo no hay nadie.

El médico se ha llevado aparte a Enrico y le comunica los resultados del examen: Chiara es una enferma terminal. Lo que era una sospecha es ahora una certeza: hay metástasis en muchas partes. El médico querría ayudar a Enrico a decírselo a su mujer, pero está llorando, y no le sale la voz.

Mientras, Chiara y Verónica han vuelto a la habitación. Apenas se han sentado, llega Enrico con los ojos llorosos y llama a su mujer. Salen juntos de la habitación y van a la capilla del hospital, donde le dice todo sin decirle nada. Se abrazan delante del Señor y se repiten las promesas matrimoniales. Por miedo a que el diablo la tiente, Chiara pide expresamente: «No me digáis cuánto me queda, porque quiero vivir el presente».

Algunos momentos después, caminan de la mano por el pasillo. Enrico está trastornado, Chiara sonríe a las enfermeras que se paran a hablar con ella. Se despide de todos, es el momento de coger sus cosas y volver a casa.

La tarde anterior, Chiara, en una conversación que tiene lugar en su habitación, describe el matrimonio como lo que es: un camino para

llegar al Cielo. Para ella, un viudo tiene todo el derecho del mundo de volver a casarse, porque lo importante es llegar al Cielo.

Algún tiempo antes se había interesado por la posibilidad de abrir un hospicio pediátrico para ayudar a niños con cáncer y a sus familias, a afrontar la muerte. Siempre tiene a los otros en la cabeza, su sufrimiento la acerca todavía más a los enfermos, a los necesitados. Sostenida por la gracia, está preparada para caminar hasta el final.

Los dos acompañan a Verónica a la salida, donde su amiga ve llorar a Chiara por primera vez. Cuando se despiden no se dicen nada. Lo único que le dice Chiara es: «¡Feliz Pascua!».

Después, Enrico deja solo el hospital y va a casa de sus suegros a darles la noticia y a recoger al pequeño Francesco. Cuando vuelve, Chiara está en la capilla: ve al niño y lo coge en brazos. Le enseña un cuadro de la Virgen María y le hace encender una vela. Chiara se encuentra de nuevo ante una imagen de la Virgen, como al principio, con Maria Grazia Letizia. Si es verdad que somos lo que amamos, Chiara amaba de verdad a Cristo. En estas últimas tribulaciones se identifica cada vez más con Él.

Con ella todo parecía «casual», pero siempre nos encontrábamos en los momentos más importantes. Aquella tarde Cristiana fue a verla al hospital. No sabía nada. Cuando entró en su habitación no encontró a nadie. Estaban todos en la capilla: Chiara, Enrico, Francesco, Daniela y el radiólogo. Todos lloraban menos Chiara, que la miró sonriendo. «¡Cristiana!… Sabía que llegarías: tú siempre llegas en el momento oportuno. Dios quiere que estés aquí cada vez. ¿Has visto salir a Verónica?». Cristiana no entendía muy bien qué estaba pasando. Después de hablar un poco con Daniela, cogió a Francesco y se lo llevó a jugar para dejar solos a los Petrillo.

Al cabo de un rato entra otra vez en la capilla, también ella tiene esa necesidad. Se le acerca Enrico y lloran juntos. Enrico se queda sin palabras ante la fortaleza de su mujer y su reacción ante la noticia. Cristiana le dice que estaremos con él, que no lo dejaremos «tirado». Enrico reconoció que necesitaba ayuda en las cosas prácticas de la vida de Francesco: la ropa, el colegio y todo lo demás. Una cotidianidad del todo nueva que le daba miedo afrontar solo. Únicamente era posible viviendo el hoy, Enrico lo sabía. Es doloroso pero no insoportable, hay una belleza que le alivia.

Daniela pide a Cristiana que acompañe a Chiara a tomar el último antibiótico antes del alta. En un momento tan impresionante, Cristiana

y Chiara estaban las dos solas, codo a codo.

«¿Estás preocupada?».

«Sabes, Cri, dejé de querer entender, si no, me habría vuelto loca. Y estoy mejor. Ahora estoy en paz y asumo lo que viene. Él sabe lo que hace. Hasta ahora no me ha decepcionado. Ya lo entenderé. Si hubiese ocurrido hace un mes, no habría podido afrontarlo. Ahora puedo, si miro al hoy. Después, cada día viene con su propia gracia. Solo tengo que dejarle espacio». Añade que la vuelta al hospital fue dura, pero ahora era distinto. Hablaron del primer día de convalecencia, de lo difícil que fue para las dos: pero precisamente esos momentos la habían preparado a recibir la noticia. Ahora no experimentaba ninguna desesperación, solo una misteriosa alegría que la hacía sonreír.

Aquellos minutos fueron de una paz increíble, ardientes como un horno que quema lo superfluo y deja solo la sustancia: el amor que has dado y recibido. Estamos hechos para el Cielo y eso tampoco se olvida en la amistad.

«Pobre Petrisco», dice Chiara, llamando a su marido con uno de sus apodos, «ahora se me va a descomponer». Estaba preocupada por él. Cristiana le dijo que Enrico estaba bien, le recordó que también él había sido preparado para vivir todo eso y que tendría la gracia necesaria. Sus amigos no lo dejarían solo. «Gracias», dijo Chiara sonriendo.

Después de la respuesta, los médicos intentaron retener a Chiara y Enrico para hacer más indagaciones, pero no lo consiguieron: piensan que no tiene sentido permanecer en el hospital, robando tiempo al tiempo que pueden pasar juntos, con la familia, con Francesco. Tampoco tiene sentido retomar otro ciclo de curas (que podrían prolongar su vida solo algunos meses al precio de mucho sufrimiento). Chiara ni siquiera se lo piensa y Enrico está de acuerdo. Renuncian a las terapias y piden firmar el alta y marcharse. Para Chiara el único tratamiento serán los cuidados paliativos que disminuirán su sufrimiento. Ahora tiene que consolar a su familia.

Esa misma tarde se encuentran con Anna Chiara, la mujer de Gigi. Está embarazada y ha ido al hospital a una revisión. Aunque no parezca oportuno en aquel momento hablar de algunas cosas, Chiara le pregunta qué piensa sobre la educación de los hijos cuando crecen y acaricia al que viene de camino. Anna Chiara y su marido ya tienen tres hijos. Cuando sale de la visita se encuentra a los Petrillo en el

pasillo de vuelta de la capilla. Chiara le parece más radiante que nunca, como si aquella situación dolorosa hiciera resplandecer toda su belleza.

Como siempre, Chiara piensa en los demás antes que en sí misma, y, sabiendo que su amiga está embarazada, intenta no alterarla: se abrazan, se miran a los ojos y se despiden. Inesperadamente, Anna Chiara dará a luz por medio de una cesárea cuatro horas después. Esto será una gracia particular. El niño nace prematuro, pero los médicos descubren un nudo en el cordón umbilical: si hubiese continuado con el embarazo, el riesgo de asfixia habría sido muy alto, especialmente con un parto natural.

Las caricias de Chiara fueron un bonito gesto para el pequeño Gabriel. Chiara, por su parte, teme que haya sido la noticia de su gravedad la que haya hecho a su amiga dar a luz antes de lo previsto, y, por eso, le pedirá perdón.

Mientras esperan los documentos, Cristiana acompaña a Chiara a coger sus cosas, después Chiara se despide de sus compañeras de habitación. Para no disgustar a ninguna, no dio explicaciones, solo dijo: «Continuad rezando como hemos hecho por las noches y recordad que estamos aquí para hacer mejores a los demás». La enfermera la observaba sorprendida, preguntándose: «¿Qué harán por las noches?».

A pesar de haberle dicho a Cristiana que las despedidas le costaban más que cualquier otra cosa, Chiara va a ver a todas las enfermeras y médicos, todos visiblemente conmovidos, pero confundidos por su paz y su sonrisa.

Poco después estábamos juntos los cuatro. Simone había venido del trabajo y Enrico y Chiara se alegraron de verlo. Cuando salimos, llevábamos a Francesco en el portabebés y las maletas en la mano. Los Petrillo iban delante de nosotros, abrazados, y con una extraña alegría en su rostro.

En el momento de despedirnos Chiara nos abrazó muy fuerte. Le dijimos que la queríamos mucho y ella respondió: «¡Os quiero tanto!». Llorábamos, cuando salíamos en el coche se giró para no vernos. Enrico nos pidió que no nos fuéramos muy lejos para rezar juntos por la tarde.

La tarde del 4 de abril todos los amigos se vuelven a encontrar al lado del matrimonio para rezar el rosario en casa de los padres de

Chiara, cerca del Coliseo. Ella se alegra de poder abrir la puerta a sus amigos y de acogerlos para compartir esas horas. Cuando llegan todos, las sillas ya están en círculo, preparadas para la oración que, desde hace más de un año, acompañaba los acontecimientos de los dos esposos.

Todo empezó en marzo de 2011, cuando operaron a Chiara por primera vez y descubrieron que tenía un tumor. Pensando cómo estar cerca de ellos, de Enrico y Francesco, las familias de algunos amigos empezaron a reunirse espontáneamente para rezar el rosario: era un modo sencillo y eficaz de acompañarles: un verdadero consuelo. Una vez a la semana quedaban en casa de alguno y rezaban juntos. Al principio solo pedían por la curación de Chiara, después se fueron añadiendo otras intenciones.

Chiara y Enrico participan a menudo, y las oraciones de Chiara son siempre por intenciones muy concretas. Está encantada de encontrar tanto amor alrededor de ella y de su marido, y es raro que pida algo para sí. Reza por los niños, por los enfermos, por las personas que lo necesitan, las conozca o no.

Las palabras de Chiara son las de una persona que está acostumbrada a hablar a Dios y a la Virgen con confianza. Da gracias partiendo de las cosas pequeñas: un encuentro, una palabra, una noche transcurrida con serenidad, la cercanía de sus amigos. Después pide con la seguridad de quien sabe que es escuchado. Al principio y al final de la oración ella y Enrico cantan con alegría. Aquella tarde, la del 4 de abril, Chiara está en el sillón. Las luces son tenues para que no le molesten en el ojo.

A la mañana siguiente Chiara nos llamó para preguntar si Cristiana podía ir a su casa del Coliseo donde se quedarían algún tiempo. Su hermana Elisa volvía de Milán, donde vivía ahora, y quería hablar con ella con tranquilidad. Por eso necesitaba que alguien se quedara con Francesco.

Cuando llegó Cristiana, Chiara estaba somnolienta y melancólica. Decía que no había dormido. Para Enrico y ella había sido una noche difícil.

Se sentaron en el sofá a esperar a Elisa; sus padres estaban comprensiblemente afectados. Para Chiara, la tristeza que la rodeaba era un peso añadido: decía que así sería más difícil afrontar todo. Hacía falta una gracia que les ayudara a vivir este momento.

Chiara y Enrico han estado mucha veces en Medjugorje para dar gracias por cada pequeño paso hacia la paz; y también en esta ocasión querían volver junto a la Virgen. Esa misma tarde empiezan a hablarlo: se podría alquilar un pequeño avión –se excluye el viaje en barco en las condiciones de Chiara– para que vayan los dos con Francesco y sus familias además de Daniela y Angelo, los amigos médicos. A Chiara no le gusta la idea. Querría llevar en este viaje cuantos más amigos, mejor.

Al día siguiente (6 de abril), Viernes Santo, los amigos se reúnen de nuevo en casa de los Corbella. Don Fabio Rosini propone hacer el Vía Crucis con ellos. Llega con una de las mayores reliquias de Juan Pablo II: un mechón de sus cabellos, cortado en su lecho de muerte. Se la deja a Chiara. Todos juntos, rezamos por su curación, usando para el Vía Crucis las reflexiones que escribió Juan Pablo II en 1984, año del nacimiento de Chiara. Don Fabio también le administra el sacramento de la unción de enfermos.

Chiara está seria y concentrada, con los ojos cerrados. Descansa cerca de las personas más queridas para ella: su marido, sus padres, su hermana, sus amigos más íntimos. Enrico la mira más enamorado que nunca, con una dulzura impresionante. Es un momento muy intenso y bonito.

Enrico no está enfadado con Dios. Tampoco Chiara. De Él llegan la paz y la fortaleza. Dios, dice Enrico, «tiene en su carne los agujeros de la cruz, se encuentra en un hombre que cuelga de una cruz. Dios es la experiencia de un encuentro, con un hombre vivo y resucitado. A menudo hemos comparado el sufrimiento a un baile. Es Dios quien te invita a bailar con Él, y, si dices que sí, descubres que junto al dolor también hay paz y alegría».

En este momento Chiara y Enrico están bailando con Jesús. Ahora empiezan, más que nunca, a pedir a Dios vivir el presente cada día, para no volverse locos. Si piensan en el pasado, la melancolía los puede destrozar; si piensan en el futuro, les puede asaltar el miedo, porque no saben qué ocurrirá. «El pasado a la misericordia, el presente a la gracia, el futuro a la providencia», dice Enrico. «Pedimos la gracia…». El Señor escucha esta oración y la cruz no los aplasta: cada mañana la gracia les permite llevarla de nuevo hasta la noche. Como Pedro, caminan sobre las aguas agitadas por el viento, con la mirada fija en Jesús.

Cristiana, que les ayudaba con Francesco, estaba impresionada del modo en que Chiara se comportaba con su hijo. Lo preparaba a

una separación gradual. Explicaba a Cristiana que, si ahora hubiese seguido su instinto de madre que busca estar unida a su hijo hasta el último minuto disponible, se destruiría a sí misma y al niño, que de pronto se habría encontrado sin su madre.

Una tarde en que Elisa y Cristiana querían ayudarla a bañar a Francesco, ella, mirándolas, les dijo: «Ahora debéis aprender vosotras».

Enrico y Chiara siempre estaban cerca el uno del otro: cada mirada, cada palabra y cada gesto tenían un sabor de eternidad, suspendido en el tiempo. Chiara explicaba a Cristiana que lo que debía hacer por Francesco ya lo había hecho. «Evidentemente habrá alguna mejor que yo. Yo quiero a Enrico. Me duele tener que despedirme ahora de él. Yo lo he elegido y le he prometido mi amor durante todos los días de mi vida. ¡Me habría gustado envejecer a su lado!».

«Queridísimos amigos, como muchos de vosotros habéis sabido, durante la SEMANA SANTA me han hecho pruebas en el hospital y los resultados no han sido buenos.

El tumor del que me operaron hace menos de un año se ha extendido a otras partes del cuerpo y humanamente no podemos hacer nada más, aparte de rezar mucho y pedir a Dios la fuerza para vivir santamente esta prueba.

Así que hemos decidido ir a Medjugorje, el lugar donde Dios hizo que nos encontráramos Enrico y yo, ¡y pedirle a Él la Gracia! ¡Seguro que no volvemos con las manos vacías!

Si alguno de vosotros quiere acompañarnos no solo con la oración sino también físicamente, estamos intentando organizar un vuelo para el próximo martes 17 de abril por la mañana y volver el jueves al mediodía.

(…) No queda mucho tiempo, pero, como muchos de vosotros nos habéis pedido expresamente poder venir, nos gustaría compartir este momento de eternidad con vosotros.

Os queremos mucho

Enrico, Chiara y Francesco».

El *email* con el que Chiara y Enrico anuncian el viaje a Medjugorje e invitan a sus amigos a acompañarlos es un pequeño tesoro. Chiara escribe que los resultados de los exámenes médicos no han sido

buenos, pero subraya que se han hecho durante la Semana Santa, como diciendo que Dios está detrás, que tiene todo bajo control. Porque está claro que, si amamos, no podemos excluir la posibilidad de la cruz.

Habla de su tumor sin miedo: «… humanamente no podemos hacer nada más», escribe, «aparte de rezar mucho y pedir a Dios la fuerza para vivir santamente esta prueba». Santamente. ¿Hay un modo de vivir santamente una prueba? Sí, ante todo, con la fe de que Dios responderá, que hará que no falte su ayuda, que vendrá en su auxilio. Chiara tiene esta fe. Se apoya en Dios, se fía de Él.

En medio de tantos bautizados que actúan como si Dios no existiese, otra vez hace a Dios presente. Estando cerca de ella y de su marido se hace posible creer en la vida eterna. Pero esto no significa eliminar la prueba, sobre todo quiere decir pasar a través de ella. O por encima, como Jesús sobre las aguas (cfr. *Jn* 6, 16-21). «Quizá», como ha escrito Antonio Socci, «es la verdadera felicidad la que obedece a esta ley»[8].

Chiara quería llevarnos a todos al lugar donde había conocido a Enrico, segura de que no volveríamos con las manos vacías. También nosotros estábamos seguros de que nos llevaríamos algo a casa. Pensábamos en su curación, pero estábamos dispuestos a aceptar que Dios tuviera otros planes. Nos había admirado cómo por dos veces había llevado la vida en medio de la muerte. Primero con Maria Grazia Letizia y después con Davide Giovanni, un funeral se transformó en una ventana a la eternidad.

La mañana del 17 de abril de 2012, en el aeropuerto, todos ven por primera vez la venda en el ojo de Chiara. La necesita para no ver doble. Esos días también se preocupará de comprobar las habitaciones de sus amigos, para ver si las familias con niños tienen suficiente espacio, renunciando a la propia habitación por este motivo.

De los pocos peregrinos que íbamos a ser al principio, al final había en el avión más de ciento sesenta personas, aunque querían venir casi trescientas. Chiara quiere que todos vayan a Medjugorje, pero tiene que hacer una selección (en el avión solo caben poco más de la mitad). Ella y Enrico deciden dar preferencia a las familias que vienen completas sin dejar a ninguno en casa. Es un viaje realizado gracias a la generosidad de la familia de Chiara, pero también de los médicos, Daniela y Ángela, que le permiten que se vaya a pesar de tantas dudas y preocupaciones.

Chiara va como verdadera peregrina, sin saber si volverá. En el avión hay una bombona de oxígeno, por si hiciera falta, pero también para llegar a toda costa a la cima del Podbrdo.

Muchos asientos del avión son ocupados por niños de todas las edades. A alguno que le pregunta por qué lleva una venda, Chiara le responde que está disfrazada de pirata, haciéndole luego reír con una expresión cómica. Es un viaje festivo, alegre, ninguno parece sentir el cansancio, aunque se percibe una atmósfera solemne, casi litúrgica.

¿Qué debíamos pedir? ¿Qué milagro? No lo sabíamos. Solo queríamos acompañar a Enrico y Chiara. Estar con ellos. No sabíamos qué veríamos o haríamos, pero tampoco preguntábamos; nos fiábamos, en una espera hecha de presente, momento tras momento. Lo único que sabíamos es que era importante estar ahí, para acompañarlos en su camino espiritual de oración y también físicamente en una peregrinación.

Chiara está feliz. Durante su testimonio en casa de Mirjana cuenta su historia y la de Enrico, su noviazgo y los años de matrimonio. Habla también de Maria Grazia Letizia y de Davide Giovanni, del amor que han recibido, del consuelo que han experimentado, de la serenidad que han vivido.

Ella y Enrico han vuelto a Medjugorje, donde todo comenzó, para saber qué hacer, cómo vivir ese tiempo. En cada dificultad Dios les ha dado una respuesta, la fuerza para afrontarla y la fe en que una nueva gracia llegará también esta vez.

Chiara ha visto con sus ojos el milagro más bello: la serenidad en los ojos de su marido, de su familia y de sus amigos en una prueba tan grande. Ahora quiere que sea Dios quien le diga si es mejor para ella quedarse o ir a reunirse con sus otros hijos. Y, si tuviera que partir, añade, es un privilegio saberlo antes de morir, para poder decir a todos que les quiero.

Quiere pedir para ella, su marido y todos los presentes, la gracia de vivir la gracia, el don de saborear la Esperanza: «Estoy segura de que ninguno de vosotros volverá con las manos vacías, porque todo el que acoja la gracia volverá lleno de gracia».

Cuando a mediodía sube al Podbrdo, el monte de las apariciones, Chiara está serena. Reza. Sonríe y parece como si no se cansara. De rodillas en la parte superior, está enfrente de la estatua de la Virgen, con una mano apoyada en la reja. Pide y espera. Después sonríe y se

levanta. Todos juntos rezamos el rosario.

Ella, que tantas veces ni si quiera tiene fuerzas para dar el biberón a Francesco y tenerlo en brazos, sube hasta la cima. Y antes ha contado su historia durante una hora sin la más mínima vacilación. Para lo que el Padre le pide hacer le da también la fuerza. En su debilidad se manifiesta la gracia. A pesar del cansancio y las preocupaciones, también por Francesco, que es todavía muy pequeño, ella y Enrico viven estupendos momentos de paz.

Chiara consigue encontrarse con Ivan, el vidente encargado de rezar por los enfermos. La madre de Chiara le ha organizado este encuentro, en el que ella no sabe ni cómo presentarse. Sin embargo, su sencillez triunfa, como de costumbre: «Si tuvieses la posibilidad de irte pronto con la Virgen», le pregunta Chiara, «¿te irías?». «Sí», dice él. «Gracias», responde Chiara sin preguntar nada más. Le basta el pensamiento de que el lugar donde ya viven Maria Grazia Letizia y Davide Giovanni es un lugar bellísimo, donde se está mejor. No hay nada más que añadir.

El 18 de abril descubren por qué Chiara había insistido tanto en llevarles a Medjugorje. Al final de la Misa celebrada en la capilla de la Comunidad del Cenáculo, y durante la cual los presentes renuevan las promesas matrimoniales, ella y Enrico entregan personalmente a todos los participantes un rosario y una imagen de la Virgen.

Sonriendo, repiten las palabras de Jesús: «Hijo, aquí está tu madre». Estamos aquí para conocer su secreto. «Por eso queríamos que vinieseis. Para entregaros nuestro secreto», les dicen. Para darnos la misma ayuda que Jesús ha ofrecido al mundo desde la cruz: su madre, la estrella que hay que seguir y mirar en la tempestad.

«Sin María, nada de lo que hacemos sería posible». Es María, nos lo ha dicho hace poco Enrico, la que nos dice la verdad: no hay ni pasado ni futuro, lo único cierto es el presente y el hecho de que moriremos. Ella es el modelo que enseña a fundar la propia vida sobre la palabra de Dios. Es a ella a la que Enrico y Chiara han seguido.

Contra la predisposición a creer más fácilmente en el mal que en el bien, María nos trae la salvación: la verdad de que Dios es un padre bueno de quien nos podemos fiar. Chiara y Enrico la han acogido como madre, se fían de su comprensión, de su amor. Y ha funcionado. También ellos, como María, nos dicen en Medjugorje: «Haced lo que Él os diga».

Un santuario es un lugar que te dice: mira lo que le pasa a quien se fía de Dios, cómo Dios le cambia la vida a él y a los que están alrededor.

Estamos todos llamados a hacer lo que ha hecho Chiara. También nosotros debemos afrontar la muerte y su espera y, mirando al miedo, elegir decir sí al Padre. Todos somos enfermos terminales, solo es cuestión de tiempo: Chiara solo nos ha precedido, como una madre. Ahora para muchos es más fácil rendirse, dejarse amar.

Aquellos tres días –apenas dos, en realidad– son para muchos tierra sagrada; y aquel avión, una especie de Tierra Prometida. Volando, sin tocar el suelo, somos realmente lo que somos: peregrinos que caminan hacia el Cielo, con una guía al lado que nos revela el rostro de Dios.

El mes de mayo, mes de María, comienza con la posibilidad para Enrico y Chiara de encontrarse con el papa Benedicto XVI. Durante la audiencia del miércoles 2 de mayo en la Plaza de San Pedro están cerca del *sagrato*. Esperan debajo de un sol abrasador el final del encuentro, el momento en que algunos de los presentes puedan acercarse y saludar al sucesor de Pedro. Hace mucho calor, pero, cuando Enrico abre el paraguas para proteger a su mujer, un hombre del servicio de seguridad se lo impide. Enrico no tiene tiempo de darle ninguna explicación: «Para ir al Paraíso hace falta sufrir», le dice. «No sabe lo que ha dicho», murmura Enrico para sí.

Increíblemente, Chiara resiste, con una fuerza que en teoría no debería tener. Siempre es así, piensa Enrico: ella sufre, pero su dolor está como aligerado. Algunas cosas de entidad, como la pérdida de la vista, le causan mucho menos respeto del que se podría imaginar, y, al verla, parece como si no le diera importancia. El Señor le da la fuerza para lo que debe hacer. Si Chiara debe encontrarse con el papa, lo verá y tendrá la gracia para resistir durante horas bajo el sol. Y así ocurre.

La tarde anterior, después de haber estado buscando en su armario un vestido que todavía le quedase bien, Chiara no esconde su admiración por el encuentro que tenían al día siguiente: «¡Cuántas gracias estamos recibiendo!», le dijo a Lucia.

Cuando llega el momento, Enrico y Chiara, que lleva a Francesco en brazos, se acercan a Benedicto XVI. Apenas empieza el papa a impartir la bendición a Chiara y Francesco, Enrico habla: «Santo Padre, ya tenemos dos hijos en el cielo». Él se para, lo mira y repite:

«¿Dos hijos en el Cielo ya?». Es un instante, el protocolo prohíbe detenerse más de 30 segundos delante del papa. Enrico lo sabe, se lo han advertido. Tiene poco tiempo para hablar. «Te harán gestos para que te vayas», le ha advertido un amigo fotógrafo, que les ha ayudado a estar ahí, donde se encuentran. «Tú permanece tranquilo y no los mires. Si tienes que decir algo, dilo». Debe entregar al Santo Padre una carta que cuenta su historia y la de Chiara. Enrico ha sido práctico y la ha resumido en pocas líneas, para que el papa pueda leerla a pesar de todas sus ocupaciones. La escribió mientras Chiara se encontraba mal por el efecto de la morfina que acababa de empezar a tomar y que le provocaba tantas náuseas. La historia es breve, pero contiene todo lo importante.

Mientras Benedicto XVI se acerca a Chiara, Enrico insiste: «Santo Padre, también le tenemos que decir que Francesco ha nacido porque Chiara ha pospuesto el tratamiento… ahora es una enferma terminal…». Al Santo Padre se le ilumina la cara. Se conmueve y la abraza. Enrico mira al papa, que estrecha a Chiara y piensa que todo lo que se podía hacer se ha hecho. Agradecido a Dios, le entrega la carta mientras le hacen señas para que se vaya. Se aleja con su mujer y Francesco.

Después de algunos intentos de vivir en su propia casa, Enrico y Chiara deciden mudarse definitivamente con Francesco a la casa de campo de la familia Corbella, fuera de Roma. La zona, cerca de Manziana, se llama Pian della Carlotta; la casa está en la cima de una pequeña colina, rodeada de belleza. Al fondo, la pendiente se abre al mar de Roma: las puestas de sol vistas desde arriba son maravillosas e imponentes.

Es el refugio en el que Chiara pasa el último mes de su vida. Los espacios son muy grandes para ellos, que viven en la casa anexa y solos no consiguen gestionar todo con el pequeño Francesco. De esta manera mantienen su independencia pero estando muy cerca de los padres de ella en caso de necesidad. Chiara ya no volverá a la casa donde ha vivido sus tres primeros años de matrimonio. Es una época bellísima, «quizá el único momento de mi matrimonio en que he vivido una cierta cotidianidad», cuenta Enrico.

El padre Vito viene a menudo desde Cagliari –donde se ha trasladado– para reunirse con ellos. El 5 de mayo muchos amigos están en la Carlotta para celebrar una Misa juntos. En el evangelio de la Misa Jesús dice que «veréis al Hijo y veréis al Padre». El padre Vito comenta: «Nosotros, a través de Chiara, vemos a su Padre, vemos a Dios, y por eso es bonito estar cerca de ella».

Durante la oración de los fieles Chiara toma la palabra: «Y después, Señor, te pido también la curación, así no me dicen que no la pido…». Todavía hay alguno que piensa que Chiara está resignada, que no le gustaría seguir viviendo. No es así. Pero ante todo Chiara quiere hacer la voluntad del Padre.

Precisamente porque en ella brilla la belleza de una hija de Dios, hay una continua procesión de personas que quieren conocerla, verla, estar con ella. «¿Pero a qué vienen aquí? ¿Qué debo decirles? ¡No tengo nada que decir!», afirma. No se da cuenta de lo bonito que es estar con ella y Enrico. Para algunos es esencial. Chiara no es como la mayoría de los enfermos terminales, que se aferran a la vida con todas sus fuerzas: después de haberla escuchado o visto, la gente vuelve a casa reconfortada. No absorbe la vida de los que van a verla, se la da. Quien piensa en su situación desde lejos se angustia, en cambio quien está cerca de ellos vive el consuelo, fruto de una sabiduría diferente.

El rosario continúa los jueves y se traslada a este lugar. Además de las familias de siempre, el número de personas que quieren estar con Chiara aumenta cada vez más y la oración en común se revela como un modo de dirigir y gestionar esta creciente presencia. La familia Corbella abre las puertas de su propia casa y se llega incluso a setenta personas, tanto que de la casa contigua donde viven Enrico y Chiara, llamada «el cobertizo», hace falta trasladarse a la sala más amplia de la casa principal.

Acuden con intenciones personales, cantan, rezan. Chiara, a causa de los dolores, no puede estar siempre allí, pero, si está, también toca el violín. Siempre está tranquila, confiada, alegre. Sentada en el sofá (al lado de Lucía, que está esperando su cuarta hija, y de su abuela), cuando todos se levantan para rezar dice a su abuela: «Abuela, no te levantes, quédate sentada a mi lado: ¡nosotras estamos justificadas!».

Cuando está el padre Vito también hay adoración y se reza ante el Santísimo expuesto. Los amigos, los parientes y conocidos –y también muchos que han sabido de la historia de Chiara y Enrico y se han quedado impactados– se reúnen allí desde las nueve de la noche y a menudo, después de haber cenado, se quedan hasta muy tarde.

El padre Vito pide y obtiene de sus superiores el permiso para quedarse con Enrico y Chiara temporadas más largas, hasta de diez días, para acompañar a su hija espiritual en la última fase de su camino en la tierra. Su relación con los Petrillo es muy particular: reconoce en ellos al Esposo que ha hecho fecunda su vocación sacerdotal.

«Con Enrico y Chiara he vivido esto», explica el padre Vito, «porque cuanto más los conocía más me enamoraba de ellos. Ver a Chiara que se consumía –su cuerpo estaba consumido por la enfermedad, pero en realidad lo que la consumía era el amor por su hijo y su marido– me traía a la mente al Esposo, que da su cuerpo por amor, que se ha consumido por amor. Decía: "Pero mira cuánto se parecen a ti, mira qué hermosos son"».

La relación de Chiara y Enrico con el padre Vito es figura de una realidad más grande que los une por la vocación y los sacramentos. El sacerdote les muestra quién es Dios; ellos, cómo ama Dios.

Para Enrico y Chiara lo que más importa ahora es estar cerca de Dios, vivir esta prueba con el Señor. No van a buscar otros médicos o tratamientos alternativos, necesitan sentir la presencia de Dios, piden la Eucaristía. El padre Vito les ofrece la Misa diaria, la adoración, la confesión. Si va a venir el Esposo, es necesario prepararse bien, cada uno con su cruz. «Tener al Señor en casa», cuenta Enrico, «era un don increíble».

Después del diagnóstico de fase terminal, el miedo es una fuerte tentación. Enrico y Chiara piden al Señor la gracia de vivir el presente para no volverse locos. Sobre todo, Enrico. No sabe decir si es más difícil estar en la cruz o al pie de ella, como la Virgen María con su Hijo. Ama tanto a su mujer que quisiera poder sustituirla.

Para él, el tumor de Chiara ha llegado como la tercera pregunta de Jesús a Pedro después de la Resurrección. Después de haber acompañado al Cielo a Maria Grazia Letizia y a Davide Giovanni, Enrico escucha otra vez la pregunta: «¿Me amas más que a todo esto?». Pero su respuesta es otra vez la misma: «Entiendo a Pedro cuando responde: "Señor, Tú sabes que te amo"», cuenta Enrico. «En el sentido de: me lo puedes preguntar todas las veces que quieras, ya me he enamorado. Sabes que te amo. Me tienes, te he encontrado».

Cuando hay esta comunión, que no es para nada sumisión, Dios puede hacer cosas grandes. Después de que Pedro responda con todo el corazón a la tercera pregunta, Jesús le confía la misión de confirmar a sus hermanos en la fe. Pedro debía de ser consciente de cuánto amaba al Señor.

Hay otro personaje bíblico, Abraham, que debe sacrificar a su primogénito Isaac. «Dios sabe muy bien que Abraham habría matado a aquel hijo en el monte. Dios sabe que Abraham lo ama más que a su hijo. Es Abraham quien no lo sabe y viaja hasta el monte Moria

preguntándose qué ocurriría al llegar. Algunos comentadores subrayan que en los versículos no está claro si Dios da su hijo de nuevo a Abraham después de que este lo haya sacrificado o si lo había parado antes de que lo matase. Quizá Abraham llega a matar a su hijo y Dios lo resucita. Lo que está claro es que Abraham debía descubrir que en él había una intimidad con Dios más profunda de lo que pensaba», reflexiona Enrico.

Enrico, con la enfermedad de su mujer y después de la muerte de sus dos hijos, tiene la misma experiencia. Y, obviamente, también Chiara. Ella ha descubierto que ama a Dios sobre todas las cosas. Un episodio puede demostrarlo. La primera noche que pasaron en casa después de la sentencia médica, Chiara la pasa despierta. Llora por la angustia de pensar cómo se las arreglarán sin ella su marido y su hijo. Es su Getsemaní. Para avanzar solo puede abandonar su voluntad en las manos del Padre.

El día siguiente dirige a su marido una pregunta. «Enrico, si tú supieras que tu vida salvaría a diez personas, ¿te sacrificarías por ellos?». Enrico responde: «Sí, si Dios me diera la gracia». Llegada a este punto, Chiara dice: «Bien, también si pido mi curación (y la estoy pidiendo) Dios sabe lo que quiero realmente…». Como el ciego de nacimiento, Chiara se encuentra en ese estado para que se vean en ella las obras de Dios (cfr. *Jn* 9, 1-38).

«Con estas palabras», explica Enrico, «Chiara me estaba mostrando que había una intimidad entre ella y Dios que ella (misma) no conocía, pero Dios, sí. Porque es precisamente la intimidad el lugar en el que habita Dios». El corazón es una tierra de la que no conocemos los confines ni fronteras, miserias y grandezas. En su profundidad se alternan los días y las noches y algunos lugares solo podemos descubrirlos en el momento apropiado.

Chiara se comporta con Dios como una hija con su padre. Una tarde durante el rezo del rosario, el 24 de mayo, habla públicamente de sus miedos. Después de la Exposición con el Santísimo es el momento para que cada uno pida por sus intenciones. El sacerdote invita a los presentes a que alguno haga una petición de curación. Chiara toma la palabra: pide a Jesús que la cure del miedo de desperdiciar los segundos de su vida, del miedo de no tener tiempo suficiente de cumplir su Voluntad; y al final reza para que se le quite el temor de decir estupideces, de no saber responder a lo que le preguntan. Cada vez más débil y cansada, fatigada por la dificultad para respirar, Chiara da a conocer toda su humildad.

El 30 de mayo Francesco cumple un año y lo celebran al día siguiente en la casa de campo. Primero rezan el rosario, el último en el que Chiara participa. En lo sucesivo se quedará en «el cobertizo», velada por Enrico y María Anselma.

Los últimos días son muy intensos. Enrico sigue pidiendo la gracia de vivir el presente, de permanecer bajo la cruz al lado de su mujer. Todas las mañanas, a su lado, abandona el futuro en las manos de Dios, para dejarse todavía sorprender cada día y a cada paso.

Después del diagnóstico dan muchos pasos. En cada etapa se sienten más amados y, por lo tanto, más capaces de amar. En el amor no se puede ser mediocre ni mucho menos vivir de rentas. Las elecciones hechas en el pasado no bastan y todavía es necesario seguir eligiendo.

A Enrico le parece que Chiara encarna cada vez más el versículo de Isaías en el que el profeta dice que «endurece su rostro como el pedernal» (cfr. *Is* 50, 7), fragmento que prefigura a Jesús cuando se dirige a Jerusalén a cumplir su misión.

Acercándose al final de su vida, Chiara tiene la mirada fija, no se deja distraer por tonterías. Está cada vez más determinada a ir al Cielo, a reunirse con su Jesús. Parece que casi no se preocupa de lo que ocurre alrededor. Quiere «poseer más plenamente todo en el Señor»[9], estar vigilante para seguir fielmente la palabra de Jesús hasta la última respiración, con todo el esfuerzo y el fervor de que sea capaz. Con esta elección acoge la gracia de vivir el presente.

El tiempo del sufrimiento tendrá un final. La cruz es una «posición provisional», como escribió don Tonino Bello. Un día, durante el rezo del rosario con el grupo, Chiara y Enrico leen precisamente este pasaje que deshace la angustia del corazón de los que los escuchan. Daniela confecciona un cartelito rojo con esta expresión, que estará siempre al lado del crucifijo, en frente de la cama de Chiara y Enrico, para darles esperanza, para decirles que queda poco.

Chiara está de verdad en la cruz. En el mes de mayo sus dolores son los del Calvario y vive de fe, agarrándose a Jesús con todas sus fuerzas. Le duele el ojo: a la vuelta de Medjugorje comenzó una radioterapia sintomática para atenuar el sufrimiento. El tratamiento ha disminuido el dolor pero no ha podido eliminarlo ni resolver la diplopía. También le duele la boca, tanto que tiene problemas incluso para abrirla, a causa de la metástasis del cuello. Traga las medicinas

ayudándose de una oblea empapada en agua. También tiene dolores torácicos muy fuertes. En la espalda, arriba y abajo se siente perforada de dolor cada vez que tose: a causa del tumor, las pleuras, que normalmente se deslizan una sobre la otra, tienden a incrustarse entre ellas y a rasgarse.

La tos es provocada por el tumor en los bronquios y, cuando tose muchas veces seguidas, esto le provoca el vómito. La sensación de náusea es continua a causa de la morfina, que se intenta dosificar de manera que los dolores no sean fuertes al mismo tiempo que se evita el vómito.

Por si fuera poco, la disnea y la postración van en aumento, y casi todos los días aparece una nueva hinchazón en el cuerpo en el sitio donde el día anterior ha sentido un nuevo dolor. Chiara dice: «¡Mira, el dragón!…».

No hay desarmonía entre Chiara y su cuerpo: ella sufre, sí, pero el cuerpo le pertenece, por lo tanto, no lo desprecia. Para ella solo existe el momento presente, como debería ser para todos los que se dicen cristianos. Chiara obedece cada día, no hay mañana o ayer, solo hoy. A pesar de que sus fuerzas están al mínimo, vive lo más posible la caridad. Como durante una Misa en que se da cuenta de que a su abuela, que hace poco ha tenido un ictus, el temblor de la pierna le ha sacado el pie fuera de la silla de ruedas. Ella es la única que se da cuenta. Se levanta y se la pone en su sitio. En otra ocasión prepara un regalo para Gaia, su amiga enferma terminal con la que ha compartido la cruz. En la sudadera que hay dentro del envoltorio hace escribir: «*Ha da passa' 'a* » (la noche pasará).

Es amando como se posee más plenamente, en el único modo en que se puede poseer de verdad cualquier cosa, es decir, en el Señor. Mientras Chiara se consume y de hora en hora pierde fuerzas, en ella nace otra vida. Su espíritu se hace cada vez más fuerte.

También se va preparando el corazón de Enrico, hasta tal punto que se llega a preguntar: «Si mi mujer se va con el que la ama más que yo, ¿por qué estoy disgustado?». Y Chiara le pregunta qué es lo más impresionante, una mujer curada de un tumor o un padre contento con el niño y sin la madre.

En esta época, entre lágrimas, manteníamos con Enrico largas conversaciones telefónicas de increíble belleza y a veces nos reíamos a raíz de la aventura de Chiara con la morfina, por ejemplo. Nos contaba que después de tomar el analgésico veía a sus alrededor

flamencos rosa.

Fuimos a verla: sus movimientos estaban un poco ralentizados por los fármacos. Nos contaba lo que le preocupaba de Francesco. Nos hablaba de cómo la vida con su familia resultaba más práctica y en cierto modo más fácil. Cuando estaban en casa crecía la tensión porque no era fácil gestionar todo en aquella fase: «Francesco tiene mucha necesidad de rutina. Enrico es su padre y será él quien dicte el ritmo, como debe ser». Estaba muy determinada y totalmente lúcida.

Angelo estaba presente en esos momentos. No es fácil para un médico tratar a una paciente tan atípica, que no se queja y no quiere todas las atenciones para sí; es difícil incluso determinar su umbral del dolor. A él, que le asistía en esos momentos, Chiara le recordaba a Urías el hitita, el marido de Betsabé, que es fiel a su misión incluso durante la resaca. Del mismo modo, Chiara continuaba en el camino. El sufrimiento que la exprimía mostraba realmente cómo era. Chiara se podría haber desesperado, y, en cambio, permanecía firme. Debajo de la piedra de molino ha dado lo mejor de sí. Nos contaba que, a pesar de la enfermedad, quería estar guapa para Enrico, intentaba no descuidar el vestido y el aspecto. Estaban más enamorados que nunca. Chiara nos decía que teníamos razón cuando le decíamos, antes de casarse, que poniendo el matrimonio lo primero todo lo demás se ordena; y que eso era lo que estaba experimentando. Aquellos días juntos eran preciosos para ellos; decían que se sentían de vacaciones.

Una mañana que el padre Vito celebró la Misa estaban también las hermanas franciscanas de la Dolorosa, que desde el noviazgo siempre habían acompañado a Chiara. De su casa de Asís salió vestida de novia el día de su boda. Era bonito reencontrarse todos allí. Después del evangelio, Chiara dijo: «Algunas veces me parece que debo recordar a Dios que tengo mis límites. Él me empuja siempre más. Cuando le digo esto, Él me dice que puedo hacerlo. Pero, si ahora siento que no puedo, esperaré a hacerlo más adelante». Era impresionante verla cantar y tocar para Dios.

Un día, mientras comíamos un helado, Chiara aprovechó para bromear con Cristiana y burlarse de ella. Cristiana estaba indecisa sobre qué sabor escoger. Ella le dijo: «No hagas tantas preguntas, coge lo que llega y ya está. Has visto que era rojo, pensabas que era fresa y no lo has cogido. Si te hubieses fiado, verías que es sandía, el sabor que más te gusta. Así es como funciona: ¡coge lo que te viene dado sin más y te encontrarás en las manos precisamente lo que te gusta!». No perdía ni una ocasión de transfigurar la cotidianidad.

Chiara tiene miedo de tres cosas: del dolor, del vómito y del purgatorio. Nunca dice: «Me voy al Cielo», porque tiene miedo de tener que pasar primero por el purgatorio. Vuela alto, pero es consciente de sus pecados y de lo alto que está el Cielo.

Ya en los meses anteriores estaba inquieta y confiaba a Cristiana que quizá no había hecho un buen examen de conciencia. Esperaba en la Misericordia de Dios pero nada le garantizaba que estuviera preparada. Le contaba que, a menudo, cuando iba a confesarse, los sacerdotes la mandaban a casa solo con una bendición, porque no encontraban pecados que necesitaran la absolución. Para ella era un gran disgusto. No estaba de acuerdo y pensaba que no se había explicado bien. Solo el padre Vito, dice, la conocía bien y conseguía acompañarla en una buena confesión.

El 9 de junio es la Misa del Corpus Christi. El evangelio es aquel en el que se dan indicaciones a los apóstoles para que preparen la Pascua. En «el cobertizo» hay muchos niños. Obviamente, hacen mucho ruido, y en la situación de Chiara no es algo agradable. Pero durante la oración de los fieles Chiara da gracias por todos los niños presentes y por sus voces, porque nos muestran que somos como ellos cuando queremos hacer nuestro capricho, diciéndole a Dios lo que tiene que hacer. Después pide tener fe en lo que le pide el Señor. Cuando uno le sigue, nunca se decepciona. La ocasión de queja, Chiara la transforma en una alabanza al Padre.

A pesar de las protestas del padre Vito, Chiara lo convence para que vaya a Cagliari, donde lo espera su hermano con su familia. Dice que lo esperará.

La tarde del 11 Enrico nos llamó para contarnos cómo estaba Chiara, como hacía con frecuencia. Nos dijo que su mujer sufría y que querían pasar un poco de tiempo con nosotros. La mañana siguiente, el 12 de junio, volamos a donde estaban: Chiara todavía conseguía estar sentada. Estaba feliz de vernos.

Durante esas horas comenzó a empeorar y le empezaron a faltar las fuerzas.

Enrico sufría mucho, se sentía impotente; pero decía a Simone: «El amor no es poseer y el matrimonio es ayudar al otro a ser feliz. Por lo tanto, aquí estamos. Este es el momento».

Chiara pide ver a Daniela. Sabe que su amiga no la molestaría por algo sin importancia. Anula todas las citas de ese día y corre con ella.

Después de un primer momento de alarma la situación parece distenderse, pero en realidad empeora mucho: en algunos momentos se acelera para después estabilizarse, pero vuelve a acelerarse de nuevo.

El día transcurrió con serenidad, pasamos horas hablando. Chiara hacía reír a todos, quizá como nunca. La morfina la hacía más directa. Seguía siendo Chiara, pero con menos filtro.

Nos quedamos a cenar con otros amigos, ninguno sabía si podíamos alejarnos, ni cuánto tiempo quedaba todavía. Aquel día llevamos finalmente a Chiara el cuento para Francesco y la camiseta que decía: *Nacemos para no morir nunca*. Muchas noches se nos había hecho tardísimo escribiendo, dibujando y haciendo pruebas en el tipógrafo. Pero ahora estábamos allí con el cuento y las camisetas. Después de tanto miedo de no conseguir terminar a tiempo, fue como una oración que había sido escuchada.

Cuando acabamos de cenar, Enrico se alejó para leer el cuento, pero no lo conseguía, no paraba de llorar. Nos llamó para que lo leyésemos nosotros. Estábamos con Enrico alrededor de la cama de Chiara. Simone marcaba cada palabra: fue como cantar juntos el *Magnificat* por todo aquello que habíamos compartido y por lo que el Señor había hecho. Nos abrazamos. Cristiana contaba que, mientras lo escribíamos, tenía miedo de decir tonterías y transmitírselas a Francesco.

Chiara dijo que era estupendo. Después añadió algo. Nunca olvidaremos su sonrisa ni cómo contó todas las maravillas que el Señor había hecho. Estaba muy cansada y sufría mucho, pero su rostro era un trozo de Cielo. Recordaba con los ojos cerrados. Le gustaron los dibujos. Enrico lloraba y se abrazaba a ella. Hacer memoria de todo lo que el Señor había hecho en ella la preparaba para el encuentro. Y a nosotros, para la despedida. No podría haber sido mejor.

Muchas veces nos habíamos dicho que nuestra amistad nos llevaba a Dios de una manera sencilla. Esa tarde nuestra amistad alcanzó su plenitud. Incluso si al día siguiente hubiéramos podido volver a vernos, esa era la ocasión para decir «Te quiero».

El empeoramiento es evidente y Chiara pide ver al padre Vito. Está en Cagliari desde hace tres días. Chiara pregunta cuándo volverá. Quiere que esté allí.

A pesar de la dificultad de encontrar un vuelo con tan poco

tiempo, después de varias llamadas y dificultades, el padre Vito consigue un billete en el propio aeropuerto y a mediodía sale para Roma. El avión aterriza en Ciampino a las 11 de la noche.

Durante el viaje se pregunta si habrá llegado ya para Chiara la hora de su partida, y solo está esperando su bendición.

Cuando una hora después llega a Pian della Carlotta, en la casa encuentra a Daniela y Angelo, el otro médico, que mientras se ha unido a los otros amigos. Todos son conscientes de la situación (en pocas horas, Chiara entrará en agonía).

Cuando el padre Vito entra en la habitación es para ella un momento muy impactante. Es tanta la emoción de encontrárselo delante que por algunos segundos permanece muda y estupefacta. Reina un silencio total. Unos pocos segundos que parecen minutos, todos se miran. Chiara lleva todo el día esperando este momento. Al mismo tiempo, debe retener la náusea provocada por los fármacos y la tos: rodeada de almohadas, acostada en una cama de hospital que ha llegado aquel mismo día, respira con dificultad, pero intenta poner en práctica el procedimiento que le han enseñado para no vomitar.

El padre Vito es el único que puede quitarle el miedo que le provoca el dolor. Aquel día ha repetido que no se trata del dolor físico en sí mismo, sino de lo que este le puede llevar a pensar. No quiere dudar de nuevo de la bondad del Padre, no quiere perder de nuevo a su Señor y no quiere que el dolor le impida decir lo que tiene que decir.

«¿Has visto, Chiara? ¡He vuelto!», le dice el padre Vito. A su lado está Enrico, que presencia la escena con una mirada tierna, bañado en lágrimas. Vito la tranquiliza diciendo que también ella, como Cristo en la cruz, conseguirá decir sus siete palabras; tendrá todo el aliento para decir todo lo que debe decir y cumplir su misión. Y conseguirá decir a los que ama «os quiero». Chiara retoma la palabra. Y bromea. Controlando y midiendo las emociones, ahora dice todo lo que tiene que decir, expresa el afecto por las personas que tiene al lado con palabras y abrazos. Da las gracias a todos por su papel en esta historia. Es tarde y está muy cansada, pero el padre Vito, ante su invitación, prepara lo necesario para la Misa.

Enrico dirá que valdría la pena toda la vida para vivir solo esta Misa: «Era maravilloso ver a Chiara tan enamorada de Dios». Se celebra en la habitación donde ella duerme, que se transforma sí en una pequeña capilla.

En aquella liturgia nocturna se realiza la petición que Chiara dirigió al Padre al 4 de abril, apenas dos meses antes. Cuando le dijeron que la medicina no podía hacer nada más por ella, volvió a casa con su marido y se encontró las expresiones de dolor y desconsuelo de sus seres queridos. Así no se podía afrontar todo eso. Entonces pidió a Dios cambiar el sufrimiento en danza.

El 12 de junio, en un ambiente de llanto y de fiesta a la vez, las personas que están a su lado muestran efectivamente la acción de la gracia que ha transformado sus caras de funeral en rostros iluminados por la emoción.

Chiara está feliz, bella, luminosa. Habla y ríe con los presentes en una atmósfera de extraordinaria serenidad. El evangelio es aquel en el que Jesús dice a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo» (*Mt* 5, 13-16). Chiara está muy mal pero su rostro dice que el dolor está de nuevo «aligerado», como si Alguien estuviese llevando el peso junto a ella. Está atenta a cada palabra y la homilía es un diálogo con ella. El padre Vito le pregunta si esta luz del mundo que para no permanecer oculta se pone en el candelabro es Jesús. Chiara asiente. Después le pregunta cuál es el candelabro de Jesús. «Ella dijo: "El candelabro es la cruz". Y le dije: "Chiara, estás iluminada porque estás en el candelabro con Jesús. Y ella, que primero quizá se mofaba –cuenta el padre Vito–, en aquel momento, con una sonrisa maravillosa confirmó: "Sí, es así"». La expresión de Chiara lo dice: en aquellas horas todo se cumple.

Chiara participa de la más profunda intimidad con el Padre: se convierte en la amiga de Dios. Con sus sufrimientos participa en la cruz de Jesús y, como Lázaro, entra en la nueva vida (cfr. Jn 11, 1-44).

El 13 de junio Chiara se está muriendo. Ha pasado la noche hablando con su hermana Elisa, como solo había ocurrido una vez antes de entonces: la noche antes de su boda. En las horas que pasan juntas, Chiara cuenta a Elisa su admiración y su emoción por el amor que Enrico demuestra, por cómo le dice lo bella que es, aunque, con aquel sufrimiento, ella no se siente así. Enrico se lo repetía continuamente: «Qué bella eres, amor mío».

Chiara le dice a Elisa: «¿Sabes que Enrico me ama de verdad?». La mirada de ternura y de afecto de su marido en una situación tan delicada le devuelve todo el amor y la acogida del Esposo que la espera ardientemente, aquel Esposo que ama «los estigmas impresos en ella por el don de la vida»[10]. También Chiara tiene algo que

decir a Enrico: «Lo que más me duele dejar es a ti, Enrico». Y quizá esto, para una madre, es difícil de entender, porque tiende a amar al hijo más que al marido.

Ya queda poco. Por la mañana conectan a Chiara al oxígeno.

En aquellos momentos, mientras está en la silla de ruedas y, enamorada, mira a Jesús presente en el tabernáculo, Enrico encuentra el valor para hacerle una pregunta que tiene dentro desde hace un rato. Piensa en la frase de Jesús cuando dice: «Mi yugo es dulce y mi carga, ligera». «Chiara», le pregunta, «¿pero verdaderamente es dulce este yugo, esta cruz, como dice Jesús?». Y Chiara, sonriendo, con un hilo de voz, volviendo su mirada del tabernáculo a su marido, le responde: «Sí, Enrico, es muy dulce». De verdad Jesús no les ha engañado. No se han equivocado de dirección.

Enrico manda un mensaje a sus amigos: «Las lámparas están encendidas. Esperamos al Esposo». Es Roberto, el padre de Chiara, quien poco después se lo comunica a los médicos. Se ha vestido con el traje de gala. Precisamente hoy tendría que haber pronunciado su discurso antes de dejar la Asociación de la que es presidente, pero se queda aquí, al lado de su hija. Chiara jadea. Enrico y Angelo la llevan de la silla de ruedas a la cama. Se pelean con la cama, la silla y la bombona de oxígeno a la que está conectada Chiara, que, cuando nota que la cogen, empieza a decir: «¡Mamá! ¡Te quiero! ¡Os quiero a todos! ¡Papá, te quiero! ¡Elisa, te quiero! Os lo he dicho, ¿eh? Os lo he dicho. ¡Os quiero a todos!». También se lo dice a sus otros amigos presentes.

En esos momentos María Anselma se acerca y, volviéndose al tabernáculo, al pie de la cama, le pide a Jesús que haga finalmente el milagro de la curación física que tanto está esperando. Chiara la escucha, sonríe y mueve la cabeza como diciendo: «¿Pero todavía no has entendido, mamá?». Poco después se acerca Elisa: «Mamá, ¿todavía no te has despedido? ¿Le has dicho que puede irse?». Chiara ha esperado a que todos estuvieran preparados para verla partir, ha esperado hasta el último momento. Ha continuado amando a todos dejándose amar por cada uno. También María Anselma se rinde. Comienza la agonía. Chiara ya no hablará más.

Chiara, desde su cama, usa todas las fuerzas que le quedan. Enrico, Elisa y María Anselma comienzan a cantar. Después intentan rezar el rosario, pero Chiara mueve la cabeza porque el uso de la fórmula la cansa.

Entonces el padre Vito se pone a su lado y empieza a recitar los salmos de la subida, los que rezan los peregrinos que se acercan a Jerusalén. Escucharlos ahora, al lado de Chiara, que se está muriendo, los actualiza, revela su verdadero significado. El padre Vito los lee uno tras otro, y los presentes pueden testimoniar cómo las palabras pronunciadas captan la atención de Chiara. Le dan valor.

Mientras, avisados de la situación, amigos y parientes llegan a Pian della Carlotta. Cuando Chiara se adormece, ayudada por el último fármaco que es posible darle, respira con dificultad. Solo se puede esperar y rezar. Alrededor de las 11.30 cambia su ritmo respiratorio, que comienza a hacer pausas. Enrico está junto a ella; le coge la mano en estos últimos minutos, acompañándola hasta el final, y le susurra: «Me acuesto en paz y pronto me duermo. Solo Tú, Señor, me haces descansar». Su alma se disuelve en la carne como la sal que da sabor.

Chiara muere sin miedo en su habitación, a las 12. Tiene 28 años. Ha esperado a que todos estuvieran preparados para aceptar su partida, para dejarla irse. En la habitación de al lado, abarrotada, todos lloran conmovidos, sin desesperación. Al lado de su mujer, Enrico coge la guitarra y empieza a cantar. A su lado están los padres y la hermana de Chiara.

Visten a Chiara con el traje de novia. Su cuerpo magullado resplandece. En su rostro se puede ver una sonrisa.

Su marido ha escrito estas palabras para ella:

Hemos subido juntos a esta colina.

Nos habíamos prometido

amarnos durante todos nuestros días.

Esperábamos verlo llegar a lo lejos

con las lámparas siempre encendidas día y noche.

Soñábamos verlo juntos

pero él quería más para nosotros.

Ha llegado en silencio, como la primavera.

Debajo de nosotros ha hecho nacer las flores.

Debe de habernos acompañado,
solos no podíamos lograrlo.
Era su perfume la paz de las flores,
inolvidable.
Esa eternidad en tus ojos
ya la había encontrado, pero no me la podía creer.
Sus ojos en los tuyos y aquella paz.
Solo él es la paz,
lo he reconocido por el amor,
mis ojos están ahora fijos en los suyos
para no perderte y no tener miedo.
Y nuestros corazones enamorados en la cruz.
La maravilla de la primavera,
qué maravilla la primavera.
Cuántas veces te he mirado,
pero solo ahora se me revela tu belleza.
Tú eres la flor más bella
y yo, la abeja más feliz.
Lo intuía.
Él lo sabía desde siempre,
qué milagro la vida, ¡amor mío!
Siempre con las manos vacías delante de él,
siempre así por toda la eternidad,
siempre así de generoso con nosotros.

En él está la vida
y yo lo he visto en ti.
Entre miles me ha elegido para acompañarte,
me ha dado la valentía de despedirte.
Pensé que la alegría se había acabado
pero después Francesco me la ha recordado.
Él es la fidelidad de Dios
y el amor que no decepciona,
es la locura de la cruz del amor
entregada con sencillez.
Decía: «como el Padre me ha enviado
así os envío yo a vosotros»,
pero solo ahora he entendido el sentido,
solo Dios puede amar así.
Solos no era posible lograrlo,
nosotros somos la maravilla de la primavera
que da la vida al invierno
sabiendo que se morirá feliz,
porque muriendo vencerá la muerte.
Te amo como la primavera ama al invierno
con dulzura y en silencio.
Me has derretido la nieve
para volver a maravillarme todavía más.
Cuánto te querrían ver volver los incrédulos,

pero esta vez juntos

para siempre.

Los días que siguieron fueron bellísimos. El cuerpo de Chiara se depositó en el ataúd abierto, colocado en el amplio salón que tantas veces había acogido la oración del rosario y ahora se había convertido en una espléndida capilla.

Chiara, vestida de novia con un rosario en la mano y un pequeño ramo de lavanda, está en el centro de todas las oraciones y celebraciones. Su rostro está ungido con mirra, su perfume acoge a todos los que entran. Nos sentíamos como en el Tabor. Al lado de Jesús presente y vivo, no queríamos irnos, sino plantar tres tiendas y quedarnos.

El vaivén es continuo. Muchísima gente viene a despedirse de Chiara. Todos, desde sus padres hasta los conocidos, intercambian las experiencias vividas al lado de los Petrillo.

El funeral se celebra el 16 de junio en la iglesia de Santa Francesca Romana. Es el día del Inmaculado Corazón de María, una buena señal para Chiara, que tiene una relación especial con la Virgen.

Fue la consagración diaria a su Madre la que le purificó el corazón, limpiándolo de todo lo que lo ensuciaba.

Concelebraron más de veinte sacerdotes. La iglesia estaba abarrotada. Esto fue un signo abrumador, inesperado, dulcísimo. Para los padres de Chiara, que las últimas semanas han visto su casa convertida en una meta de peregrinación, es un verdadero consuelo. También está el cardenal Vallini, Vicario General de Su Santidad para la diócesis de Roma. Conoció a Enrico y Chiara algunas semanas antes de la audiencia con el papa. También estaba allí con ellos su amigo Gigi, y Chiara, que lo había retenido a pesar de que él había intentado impedirlo. Ese día el cardenal les tomó cariño. Sus palabras en el funeral fueron preciosas. Define a Chiara como una «segunda Gianna Beretta Molla» y dice que «la vida es como un bordado del que vemos el reverso, la parte de los hilos. Sin embargo, de vez en cuando la fe nos permite ver una tira de la parte del haz». Al final concluye: «lo que Dios ha preparado a través de ella no lo podemos perder».

Enrico está profundamente feliz. No es una alegría que elimine el dolor y las lágrimas, pero que las recoge. Saber que Chiara lleva una parte de él a Jesús –el Esposo de los dos, lo que han esperado con las

lámparas encendidas y por amor del cual se puede aceptar subir a la cruz– es un consuelo que no tiene parangón.

«No creo que haya un milagro más grande que la paz ante la muerte. Para mí esta es la perla preciosa que vale más que todo lo que tengo», dice Enrico.

El altar está lleno de las plantas que su mujer le ha pedido que compre. No quería que en su funeral la gente llevara flores, más bien quería que la gente volviese a casa con un símbolo que pudiera recordarles algo fundamental: que la vida está fuera de nosotros y se llama Jesús.

Para el primer cumpleaños de Francesco, pensando en un regalo que pudiera durar, Chiara había tenido la idea de escribirle una carta. Esta carta es su testamento:

Queridísimo Francy:

Hoy cumples un año y nos preguntábamos qué regalo te podíamos hacer que te durase años. Y hemos decidido escribirte una carta.

Has sido un gran regalo en nuestra vida, porque nos has ayudado a mirar por encima de nuestros límites humanos.

Cuando los médicos nos atemorizaban, tu vida tan frágil nos daba la fuerza para seguir adelante.

Por lo poco que he entendido en estos años solo puedo decirte que el Amor está en el centro de nuestra vida, porque nacemos de un acto de amor, vivimos para amar y ser amados, y morimos para conocer el verdadero amor de Dios.

El objetivo de nuestra vida es amar y estar siempre dispuestos a aprender a amar a Dios y a los demás como solo Dios puede enseñarnos.

El amor te desgasta, pero es bonito morir gastados como una vela que se apaga cuando ha cumplido su misión.

Cualquier cosa que hagas solo tendrá sentido si la miras cara a la eternidad.

Si estás amando de verdad, lo reconocerás en el hecho de que nada te pertenece porque todo es un don.

Como dice san Francisco: ¡lo contario del amor es la posesión!

Nosotros hemos amado a tus hermanos Maria y Davide y te hemos amado a ti sabiendo que no eras nuestro, que no eras para nosotros. Y así debe ser todo en la vida: lo que tienes no te pertenece nunca, porque es un regalo que Dios te hace para que tú puedas hacerlo fructificar.

No te desanimes nunca, hijo mío, Dios nunca te quita nada, si toma algo, es solo porque quiere darte más.

Gracias a Maria y a Davide nosotros nos hemos enamorado más de la vida eterna y hemos dejado de tener miedo a la muerte, porque Dios nos lo ha quitado, pero para darnos un corazón más grande y abierto que pueda acoger la eternidad ya en esta vida.

En Asís me enamoré de la alegría de los hermanos y hermanas que viven creyendo en la Providencia, y entonces pedí al Señor la Gracia de creer en esta Providencia de que me hablaban, de creer en este Padre que hace que nunca te falte nada y el padre Vito nos ha ayudado a caminar creyendo en esta promesa: nos casamos sin nada, poniendo a Dios en primer lugar y creyendo en el amor que nos pedía este gran paso.

Nunca nos hemos visto decepcionados, ¡siempre hemos tenido una casa y más de lo que necesitábamos!

Tú te llamas Francesco precisamente porque san Francisco nos ha cambiado la vida y esperamos que pueda ser un ejemplo también para ti… es bonito tener ejemplos de vida que te recuerden que se puede alcanzar el máximo de la felicidad ya en esta tierra, con Dios como guía.

Sabemos que eres especial y tienes una gran misión. El Señor te ha querido desde siempre y te mostrará el camino a seguir si le abres el corazón…

¡Fíate, vale la pena!

Mamá Chiara y papá Enrico

[8] Socci, Antonio, 2013, *Lettera a mia figlia. Sull'amore e la vita nel tempo del dolore*, Milán, Rizzoli, p. 18.

[9] A.A.VV., 2004, *Fonti Francescane*, Padua, Editrice Francescane, n. 398, p. 279.

[10] Semen Yves, 2011*, La espiritualidad conyugal según Juan Pablo II, Desdée De Brouwer.*

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a Enrico, al pequeño Francesco, al padre Vito, a la familia de Chiara y a la de Enrico, a los médicos, a los amigos del *Rosary Group*, al padre Francesco y a todas las personas que nos han apoyado antes y durante la redacción de este libro. No lo podríamos haber escrito sin la contribución de sus testimonios, de sus silencios y oraciones.

Chiara nos ha enseñado qué es una muerte santa y cómo vive un hijo de Dios. Siempre se ha fiado, sobre todo cuando los planes de Dios eran distintos de los suyos, cuando le hacían experimentar el dolor y el sufrimiento.

Sería equivocado decir que Chiara ha amado la cruz. Ha amado a la persona que estaba en la cruz, Jesús. Esto le ha permitido amar hasta el extremo, feliz de poder dar la vida a Francesco. Como escribió Enrico en una poesía que le gustaba mucho a Chiara: «esta muerte/ que atormenta nuestra existencia/solo es una puerta/a la Esperanza».

Para permanecer en contacto con la experiencia de Chiara y Enrico:

www.chiaracorbellapetrillo.it

Índice

Table of Contents